3 1761 08695675 2

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

UNIVERSITY OF CALIFORNIA

# LA HERMANA DE LA CARIDAD

Paris. — Tip. Garnier hermanos, 6, rue des Saints-Pères.

348h

# LA HERMANA

DE

# LA CARIDAD

POR

DON EMILIO CASTELAR

NUEVA EDICION

---

TOMO PRIMERO

PARIS
LIBRERIA DE GARNIER HERMANOS
CALLE DES SAINTS-PÈRES, 6

1888

10
11/3/90 20.
L 6

# A MAMIANI

ILLUSTRE POETA Y FILOSÓFO ITALIANO

DEDICA

ESTA DÉBIL MUESTRA DE ADMIRACION Y CARIÑO

EL AUTOR

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/lahermanadelacar01cast

# LA HERMANA DE LA CARIDAD

## I.

Amanecia, en hermoso campo meridional, bellísimo y oético dia de Abril. Una ligera niebla, que doraban los rayos de la naciente aurora, se desvanecia en la cima de las montañas, semejándose á blanca nube de incienso perdida en el templo de la naturaleza. El cielo, que al traves de esta ligera gasa se descubria, estaba azul, sereno, trasparente, ocultando entre sus arreboles las estrellas, que parecen volar, al nacer el dia, á Dios, para beber nueva luz. Los campos cubiertos de flores que ostentaban ufanas las gotas de rocío; sembrados de varios árboles, que parecian exhalar sávia de sus tiernas recien nacidas hojas; las aves, abriendo á los rayos de la primera luz sus alas, y dando sus tiernos gorjeos á las auras, que suenan blandamente, al deslizarse en la enramada acompañando en sus murmullos á los arroyos, que por mil pintados cauces

reparten en desórden los caudales de las fuentes; la vida latiendo en todos los séres como la sangre en el corazon apasionado de un jóven, dan á la creacion en primavera semejanzas con la mariposa, que se despierta de un sueño, y al romper su larva despliega las blancas alas matizadas de mil cambiantes colores. Y esa tímida luz, ese aroma embriagador, que despide al azahar, la rosa, el jazmin; esas camas de flores, que forman en sus ramas los árboles; esa música que conciertan todos los séres; esa vida, que palpita en el naciente capullo, en la hoja al brotar; esa alma ignorada, que como cautiva se esconde en todos los círculos de la escala de la vida, alma sin conciencia de sí misma, que gime en el ruido que hace la lluvia al caer en el celeste lago, en el rumor de las ondas, al estrellarse en la arena; esa alma, que parece aspirar á la libertad, al amor, y pedir redencion al hombre, es nuestra compañera en la soledad de los campos. Y cuando un corazon que ama, que sueña con la felicidad, que alimenta ilusiones, que desea, no lo pasajero y fugaz, sino un amor inmenso, infinito, divino, en una de esas mañanas, se entrega á convertir en pensamientos las várias sensaciones que naturaleza le ofrece, liba en ella la miel de su pasion.

En esta mañana de que venimos hablando, en el hermoso campo no se veia mas sér humano que una jóven. Vestia el traje de las aldeanas de Sorrento, traje que parece haber tomado su color á las gayas flores, sus bellos matices al Mediterráneo. La jóven era morena, de ojos rasgados y negros, que tenian indefinible dulzura, de ovalado rostro, cuyas gracias aumentaban dos trenzas que, negras y lustrosas como el azabache, bajaban en desórden de su cabeza parecida á esas griegas cabezas de las vírgenes de Rafael, sobre los lánguidos hombros, caidos como sus brazos, sin duda por uno de esos arrobamientos que suspenden hasta los latidos del corazon.

La jóven, en una colina, bajo un tilo que se inclinaba sobre su cabeza, al lado de una fuente, hollando con sus breves piés la menuda yerba, donde se escondian algunas violetas, embebecíase en mirar, ora las palomas, que comenzaban á cortar los aires, ora los lirios, que en torno crecian, ora la trémula luz, que penetraba entre el follaje deshaciendo los blanquecinos vapores, ora el mar que entre los árboles se columbraba mansamente agitado, reflejando en sus ligeras y argentadas olas el dulce alborear de la mañana.

¿Podríamos penetrar nosotros en el seno de sus pen-

samientos? ¿Qué se puede pensar cuando el corazon rebosa vida, ilusiones, fantasía? ¿Qué se puede imaginar en presencia de la naturaleza florida en una hermosa y tibia mañana de Abril? El canto de los pajarillos parece un cántico de amor. El arrullo de la paloma ó de la tórtola derrama dulce melancolía en el corazon, esa grata melancolía que es mas hermosa y placentera que la exaltada alegría. La leve niebla se asemeja al blanco velo de la vírgen naturaleza, que se engalana para recibir los primeros besos del amante sol. Las blancas flores de los limoneros, de los mirtos, son como las coronas de la desposada. Las gotas de rocío que tiemblan suspendidas de las hojas parecen lágrimas de amor, y las embalsamadas auras el aliento que exhalan unos labios queridos, pronunciando palabras de fe, de entusiasmo; esas palabras que nos llevan en sus alas á un mundo mejor y nos embriagan de felicidad. ¡Oh naturaleza! El espíritu, que se derrama por todos los espacios, es un espíritu de amor que produce tus místicas y divinas armonías, y que tiñe con su luz misteriosa tus deslumbradores cuadros.

Estos pensamientos de amor, que cruzaban por la mente de Ángela (tal era el nombre de la jóven) huyeron al sonar la campana de una próxima ermita como huyen los jilgue-

ros al oir una voz humana. La campana anunciaba que los pescadores volvian á las playas desde las próximas pequeñas islas. Inmensa muchedumbre de niños y mujeres salian de las cabañas, de las casas esparcidas en el campo. Todas rebosaban alegría. Era la hora en que veian reunidos los frutos de sus trabajos de la semana. Así es que el natural contento iluminaba aquel cuadro. ¡ Que encantos tiene el mar! Cuando la vista se sumerge en sus horizontes infinitos, parece que nuestro espíritu, desceñido del cuerpo, mora en las ondas, y se corona de algas, y riza con su mismo soplo la celeste superficie, y se rejuvenece y hermosea, como recordando que el agua, desde los primeros dias de la creacíon, es uno de los principios de la vida, y lo era mas cuando la tierra recien nacida recibia el océano sobre su candente y solitario seno, como un gigantesco bautismo. ¡Oh mar, delicioso para todos y mas aun para los que han nacido jugueteando en tus orillas, y tienen algo de tu acento en su voz, y de tus matices en su fantasía, y de tu inmensidad en su pensamiento! El cielo que se mira en tus aguas, lo infinito que reproduces en tus espacios, la luz que devuelves hermoseada en tus cristales al sol, la armonía que formas con el monótono ruido de tus vientos y el coro alterado de tus ondas,

la blanquecina y plateada estela que dibujas en tu seno como una ilusion de amor, los ástros que retratas, los bosques oscuros que guardas en tus profundidades, el sonoro eco de tus cavernas azotadas por tus contínuas palpitaciones, el húmedo beso que tus regaladas brisas depositan en la frente, son en la vida de la naturaleza lo que mas se acerca á la vida del espiritu, á los matices del sentimiento, á los sueños de la imaginacion, á la profundidad de las ideas, á nuestro infinito amor y á nuestras infinitas esperanzas. No es posible acercarse á tus orillas, contemplar tu contínuo oleaje, oir la voz que se levanta como unìsono acento de tus varios y diversísimos rumores, sin que se estremezca todo nuestro sér, abismado en lo infinito. Cuando la lona cruje, cuando las olas azotan los costados del barco, cuando la brisa murmura y cubre de espumas el mar, cuando la estela brilla, cuando el fósforo encerrado en las aguas finge el nacimiento de pálidos astros, en la callada noche, suspendido el hombre sobre los abismos de que tan solo débil leño le aparta, no puede ménos de creerse un sacerdote en el templo mas grande y mas digno de Dios que existe en todo el planeta. Pero si es hermoso siempre, lo es mucho mas cuando la alborada lo tiñe, y el disco del sol se levanta sobre las

ondas, suspendido entre dos abismos infinitos. Esta es la hora en que pasa la primera escena de nuestra historia.

El sol comenzaba á inflamar con su color de carmin, y con su rojo fuego los infinitos horizontes. Ángela bajaba á la playa tambien contenta, y uno de los mas gentiles jóvenes, vestido con el limpio traje de los marineros del Mediterráneo, se acercó y le dijo :

—¿Cómo tú aquí, tú que rara vez bajas á las playas?

— He venido porque gusto de oir el ruido de las olas, y la algazara de la gente y los gritos de alegría.

— Es verdad. Solo por eso puedes tú venir aquí ; todos saben que nadie, absolutamente nadie puede llamar tu atencion ni mover tus sentimientos.

Ángela contestó á estas palabras con una dulce sonrisa.

— Yo he recogido muchas veces las flores mas bellas del campo, las mas pintadas conchas del mar que en mis redes se prenden, para ofrecértelas, y no te han complacido estos recuerdos.... Así todos dicen que tú tienes pensamientos mas altos, que eres ambiciosa....

— ¡Ay querido Genaro! ¡Qué mal me juzgas! No es culpa mia no poder mandar en mi corazon. Á veces envidio la cabaña de donde sale bendecida por sus hijos la madre de familia á esperar la barca del pescador, su in-

quietud por vislumbrarla en el horizonte, sus gritos de alegría cuando la ve, sus trasportes cuando salta su esperado compañero á tierra, su gozo en mirar los pescados de mil colores, vivos aun en la arena, el afan con que recoge las conchas que trae el padre para sus hijuelos, la santa alegría que reina en la cabaña aderezada para recibir al dueño; y.... yo no puedo gozar de esos placeres.

— Mira, Ángela, mejor dijeras, no quiero.

— Es verdad, es verdad, no quiero : tienes razon, no quiero.

Y dos lágrimas muy gruesas rodaron por las mejillas de la jóven.

Esas lágrimas que, á despecho de la voluntad, rodaban por las mejillas de Ángela, eran un mar de dolores tal vez, cuya profundidad no es dado sondear al pensamiento. Genaro lo comprendió así, y calló. Despues de algunos instantes levantó Ángela su cabeza, sacudióla con orgullo, y desahogó con un prolongado suspiro su pecho, derramó en torno de sí una mirada como si quisiera recoger todo cuanto de grato y hermoso la cercaba, y llamando con ademan de benevolencia á las jóvenes que por aquellas orillas vagaban, se dió á correr con ellas, jugando descuidada á ver cómo desafiaban con su celeridad el manso

movimiento de las ondas que parecian querer besar sus blancos piés. En estos instantes nadie hubiera dicho que aquel corazon encerraba ni asomo de tristeza. Ver correr á la jóven, buscar el instante en que las olas se retiraban, pisar con ligero pié las mojadas arenas, y huir al mirarlas volver coronadas de blanca espuma á la dorada orilla, era un gozoso espectáculo; pues en las riberas del Mediterráneo la hermosura de los campos, la plácida tranquilidad de los cielos y la sin par belleza de sus divinas moradoras, hace que no hayan muerto aun los recuerdos del antiguo paganismo, de esa fiesta contínua, y que el corazon crea ver revivir las náyades y las nereidas vestidas de ligeras gasas, ornadas de perlas recien cuajadas en sus sedosos cabellos. Las jóvenes, cansadas pronto del juego, que es el alma, como la mariposa, várias sentáronse en la mullida alfombra de un verde prado; y como el silencio de la mañana, la cual comenzaba á tornarse calorosa, pidiera uno de esos cánticos meridionales de indefinible melancolía que parecen consagrados á arrullar el sueño de la naturaleza.

— Canta, canta, Ángela, dijo una voz, y todas las jóvenes la repitieron.

Ángela se levantó como inspirada, pasóse las manos

por la frente cual si quisiera alejar negra nube de tristeza, y dió su voz al viento. La cancion era melancólica, como el ruido de las ondas al quebrarse en la arena, pero llena de amor como los arpados gorjeos del ruiseñor en el follaje. Su voz trémula, pero límpida y clara, despedia notas que caian en los corazones como lágrimas. Aquel canto tan tierno, aquella voz tan argentina, pero tan triste, el dolor infinito que la acentuaba, las lágrimas que volvian á querer asomarse á los ojos de Ángela, todo indicaba que aquel canto era el quejido de un corazon enamorado y enfermo, de un corazon que no conocia el arte, pero poseia el sentimiento, esa fuente infinita de inspiracion y de vida. Mas un observador inteligente hubiera descubierto algo mas en aquellos cantares; sí, hubiera descubierto en sus notas vagas la chispa del alma de una gran artista.

Ángela cantaba como las aves del cielo, sin conciencia; pero Dios habia puesto en su corazon esa arpa celeste que se llama inspiracion, y que comenzaba á dar sus primeros sonidos. Oirla acompañada del murmullo de las ondas, del susurro de las hojas, era como oir la voz de la soledad. Sus cantares tenian secretos encantos, inexplicables armonías; eran dulces gorjeos, acentos llenos de tristeza, emanaciones de un alma encendida de amor. Ángela era

en efecto artista. Bajo las nacaradas alas de su alma se ocultaba el genio. Cantaba sin conocer que tenia en sí una fuente misteriosa de inspiracion y de vida. El genio suele no tener conciencia de su fuerza. Por eso los griegos, que sabian revestir tan admirablemente de formas humanas á las ideas, pintaron á Homero, el genio de su patria, desvalido y ciego.

## II.

Aun resonaban los acentos de aquella apasionada voz en los aires, cuando la corta reunion de jóvenes se fué poco á poco dispersando, y al irse todas repetian el cantar dulcísimo de Ángela. Esta se volvió á la fuente, y bajo los frondosos árboles que la cercaban, se asentó, resguardándose á su grata sombra de los calores del dia. Conforme el silencio de la naturaleza se aumentaba, conforme los rayos del sol hacian callar las hondas de los mares y el rumor de las brisas, Ángela sentia deseos de cantar, y entonaba una melancólica endecha. Bien pronto extraño ruido interrumpió sus cánticos. Eran los pasos de un hombre, que corria como sin aliento.

— ¡¡¡ Ah, Eduardo!!! gritó Ángela.

— Yo, yo soy, que vengo á verte, contestó el jóven, cuyo traje y modales acusaban alta alcurnia.

— ¡ Oh! no te esperaba.

— ¿ Dudabas de mí?

— Yo, yo dudar de ti. ¡Ves que vivo y me lo preguntas!

— Ángela...

— Calla, calla, me matarias. Yo me contento con que te acuerdes de mí, con que vengas de ocho en ocho dias á verme. Soy feliz cuando te veo; porque el inmenso dolor que siento me dice cuánto te amo.

— Ángela, te adoro.

— Mira, Eduardo. Por ti vivo, por ti canto. Tu recuerdo me alumbra mas que el sol. Cuando viene la noche, hay luz en mis ojos, luz en mi alma, porque habita en ella tu recuerdo. Y si me faltaras, tornaríase noche el dia.

— Amor mio.

— Mira. De este rosal he hecho una gruta. He enseñado á las palomas á que bajen á coger en su pico estos granos de trigo. Me contento con rociar, llevando el agua de la fuente en el hueco de la mano, estas albahacas. Y eso que dicen que la albahaca significa odio. ¡Oh! No, no. Aquí todo está bendecido por el amor.

— ¡Ángela!

— Sí, por el amor, por esa pasion infinita, inmensa, que me posee. Yo creo firmemente que es mi alma. Yo veo el mundo á traves de esa pasion, llena de ilusiones, como esas flores en cuyo aroma se bañan las mariposas.

— Sí, sí; decia Eduardo.

— Sí, Eduardo mio. ¿No es verdad que te ha llamado mi voz? ¿No es cierto que has oido mis cánticos?

— Lo he oido cuando venia.

— Era mi alma, que exhalaba sus quejidos de amor, era yo misma, que no cabiendo dentro de mí, necesito salir, volar por los espacios infinitos, cantar como la alondra, subir por la inspiracion al cielo.

— Amor mio...

— Tu amor. Repítelo, repítelo. Ya sé que soy tu amor, pero necesito volver á oirlo de tus labios. Á veces, cuando me acerco á la fuente, y oigo cómo sus gotas producen una grata armonía, me parece que repiten esa dulce y celestial palabra. Ámame, ámame mucho.

— Siempre, siempre...

— Si no me amaras... me moriria. No me lo digas. Engáñame... Perdona. Perdona. No me engañes.

— Por Dios, Ángela, dijo conmovido Eduardo.

— Tienes razon. ¡Desaprovechar así la felicidad! No me lo perdono á mí misma. ¿Qué duda puede hoy atormentarme? ¿Qué razon hay para que yo padezca? Soy feliz, completamente feliz. Eduardo, no veo una nube en el horizonte.

Eduardo suspiró, é hizo un ademan como de partirse.

— Te vas... te vas... tan pronto... Conozco mis exigencias. Las siento, pero te amo tanto...

Y la jóven cayó de rodillas anegada en llanto á los piés de su amante. Ángela amaba con todo su corazon. Sentia en su alma esa pasion que parece como el amanecer de la vida. Cuando amamos y volvemos los ojos al tiempo que fué, nos parece imposible que hayamos podido vivir sin amar. Padecemos mucho en estas tormentosas pasiones, y preferimos el padecimiento al hielo de la indiferencia. Así el amor llena como la atmósfera el espíritu, y sonríe como el sol en la inteligencia. Al traves de sus rayos, el alma ve el mundo, y adivina el cielo. Es el amor puro orígen de grandes virtudes. La vida corre como una fuente murmuradora, límpida, que hace brotar flores, y retrata en sus cristales el azul del cielo. ¿Cómo es posible enturbiar, ni empañar el claro espejo donde se mira el sér que amamos? El alma enamorada se hermosea para recibir en su seno como en un templo el sér misterioso que ama, ese idolatrado sér, en quien ponemos todas las perfecciones.

Hasta por egoísmo, el alma enamorada ama la virtud. Tiene en sí la virtud fuerza santificante. No solo hermosea el espíritu, sino tambien se trasparenta en el cuerpo. Es

como una luz que anima los ojos, que tiñe de eterna serenidad la frente. Y el alma enamorada ama la virtud como la vida. Despues el amor infinito imprime una tristeza inmensa en el alma. Parece imposible que sea dado encerrar tanto amor en la tierra, y el espíritu abre sus alas y vuela, surcando los espacios infinitos, al cielo. Desgraciados son en verdad los que no han amado nunca. Ellos no pueden comprender ni sentir la dulce poesía del dolor. Ellos no han nacido para ser felices. Lágrimas ardientes, suspiros ahogados, horas de tristeza, infinitas dudas, temores, todo de cuanto triste y lastimoso da de sí el amor, todo es santo y todo es bueno; porque el sentimiento como la idea nos testifican que vivimos. ¿Puede haber nada mas doloroso que vivir en la insensibilidad? ¡Oh! es el mas grande y mas temible de todos los castigos.

## III.

Ángela pasaba sus dias entregada á sus pensamientos de amor. Mirar el sereno Mediterráneo, el cielo, las estrellas, ir de dia á la fuente y la gruta, cantar en hermosas endechas sus sentimientos; hé aquí su vida. Cuando Eduardo iba á verla, todo para ella era contento. Entre el recuerdo de la pasada visita y el presentimiento de la próxima, compartia dulcemente el tiempo. Ningun dolor embargaba entónces su alma. Le veia en todas partes, su voz le acompañaba, y su mirar le parecia como estrella de su vida. Pero aquella única dicha se desvaneció bien pronto. Eduardo, despues de una tarde en que habia mostrado por Ángela mas interes que nunca, dejó de volver á las citas. La pobre jóven no hacía mas que mirar el horizonte. Todas las mañanas, al levantarse, abria la ventana para ver si asomaba por el mar la esperada barca de su amado. Pasaba todas las noches en perpétuo insomnio. El rumor de las hojas, el ruido de las olas, el paso del

campesino ó del marinero, el chirrido del insecto ó el grito del ave nocturna, todos los rumores de la creacion parecíanle funestos nuncios de tristes nuevas de su amado. Iba al amanecer á la fuente. Sus ojos secos interrogaban á todos los objetos la causa de la ausencia de su amor. Creia que aquellos séres inanimados, que habian visto á Eduardo á su lado, tomaban entónces parte en sus penas. Para Ángela, el arroyo no cantaba como ántes, no, gemia. Las gotas de rocío, parecíanle lágrimas de amargura. Y en toda la naturaleza encontraba almas compañeras de su dolor. Pero á medida que discurria el tiempo, su pena era mas profunda y estaba mas solitaria. En todos nuestros primeros padecimientos creemos que nos acompañan el hombre y la creacion. Mas cuando pasa un dia y otro dia, cuando se suceden tantas penas, y vemos al hombre pasar indiferente á nuestro lado, á la naturaleza continuar en su renovacion perpétua, en su contínua alegría, el dolor se ahonda, se amarga, y cae en la triste soledad de la desesperacion. Ángela vagaba por las orillas del mar como loca. Las campesinas contaban mil consejas sobre el orígen de su dolor. Su frente y sus mejillas se marchitaban. Sin embargo, por extraña y singular virtud, la desgracia habia dado mas encantos á su voz. Cuando en uno de esos

instantes en que el corazon se deshace en lágrimas y el dolor toma cierto tinte melancólico, Ángela cantaba, su voz tenia una dulzura infinita, como su tristeza parecia la tristeza de un ángel desterrado del cielo. Los padres de Ángela quisieron averiguar la causa de su dolor que los traia desasosegados, inquietos y profundamente amargados. La madre, sí, la madre, que es siempre mas idónea para llegar hasta el corazon de los hijos, la sorprendió un dia en la ventana llorando y exclamó:

— Ángela, ¿crees que no te quiere tu madre?

— ¡Oh! no, madre mia, no. ¡Creer que no me queréis, sería horrible!

— Pues mira, yo creo que tú no me quieres. ¿Eso no es horrible? Yo creo que no me quieres, sí, yo, que soy tu madre.

— Este nuevo tormento me preparaba el cielo, madre.

— Este nuevo tormento has dicho. Luego lo que siempre me has negado lo confiesas ahora. Padeces tormentos... Y no se los confías á tu madre.

— Soy muy culpada; castigadme, pero no me preguntéis por mis culpas.

— ¡Ángela! ¡Ángela! ¿Qué has dicho?

— No, madre, no penséis mal de mí. He seguido siem-

pre vuestro consejo y vuestro ejemplo. Pero soy muy desgraciada.

Cuéntame tus desgracias, hija mia, cuéntame tus desgracias. Las madres son amigas siempre de sus hijas.

— No puedo. Me faltan palabras.

— Te falta amor á tu madre.

— Por Dios, comprended cuánto padezco, dijo la jóven, dejándose caer en brazos de su madre.

Esta cubria de besos la pálida frente de Ángela.

— Mira, yo sé lo que es el corazon, Ángela. Sé todo lo que á cierta edad se puede padecer. Pero no puedo sufrir tu falta de confianza. ¿No soy buena para ti? ¿No soy tu madre?

— Es verdad, oidme; y Ángela comenzó la siguiente narracion :

— Sabéis, madre mia, las causas que nos trajeron de nuestra antigua opulencia al triste abatimiento en que hoy vivimos. Porque apénas recuerdo alguno de esos dias venturosos; he pasado aquí mis dias en dulce paz y santa calma. Pero ¡ay! un dia vi á un jóven, sí, á un jóven, que venia de Nápoles. Me miró, le miré, y no volví á verle. Pero su mirada me penetró en el corazon. Poco á poco le fuí olvidando, pero su imágen flotaba siempre á mis ojos

como una esperanza. Poco tiempo despues volví á ver á este hombre. Desde entónces sentí..... ¡oh madre! sentí esa pasion sin la cual la vida es como un estéril desierto. Me habló, me dijo que me amaba. Yo desde entónces le he amado. Mi pasion ha sido pura, pero inmensa. Mas el último dia que le vi, me pareció muy triste. Me habló con entrecortado acento algunas palabras. Yo quise penetrar la causa de su tristeza, pero callaba, nada me decia. Le pregunté si acaso ya no me amaba, y me miró enternecido, y miró al cielo. Mi vista se perdió en la inmensidad, donde se perdia tambien su vista. Mira, me dijo; el cielo está azul, y brilla el sol, sin embargo, muchas veces el cielo se oscurece, negras nubes lo empañan, y el sol brilla tambien tan puro, tan luciente como cuando no hay nubes en el horizonte. Y se levantó para partirse. ¿Volverás? le dije. Volveré, me contestó. Pero al decirme « á Dios » un agudo sollozo, profundamente triste y amargo, ahogó la voz en su garganta.

Yo desde aquel instante quedé como fuera de mí, entregada á dolorosos pensamientos. Pasó algun tiempo, y no venia. El corazon me saltaba en pedazos del pecho. Pasó algun tiempo mas, y siempre lo mismo, siempre la ausencia. ¡Oh! Yo interrogo á todos los séres que han

presenciado mi dicha, por la causa que ocasiona su ausencia. Yo no tengo ojos sino para llorar y para mirar al horizonte. Paso mis noches en horribles insomnios. Todo cuanto me rodea me entristece. La fuente, que era mi delicia, me parece que está seca. Las flores no tienen para mí aromas, ni colores el cielo, ni frescura el aire. Un dolor inmenso, infinito, desesperante, se anida en mi alma, donde ántes no habia espacio sino para la felicidad y el alegre contento. Hay momentos en que deseo morir. Ayer bajé al valle y entré en el cementerio. Vi el suelo removido aun en el lugar donde habian enterrado á mi amiga María. Estaba la tierra mojada de rocío, y algunas violetas crecian sobre ella, y los jilguerillos bajaban de los cipreses y los sauces á libar la gota de agua que trémula pendia de las hojas de las flores. ¡Oh! dije para mí, esas cenizas son mas fecundas que mi vida. Producen una flor, reciben una lágrima del cielo, y mi corazon está seco, y mi imaginacion árida y fria.

— Ángela, me matas, decia la pobre madre, amargamente llorando.

— Soy muy cruel, añadia Ángela, soy muy cruel. Lo conozco. Pero en mis sentimientos no mando yo.

— Te habrá olvidado. Créelo así, y resígnate

— ¡Olvidarme! ¡No me ha olvidado, no! Si me hubiera olvidado, yo no viviria.

— ¡Pobre niña! No conoces la fuerza de la vida, ni la impotencia del dolor. Crees que el primer sorbo del cáliz de la amargura va á concluir con tu existencia. ¡Oh! habrás apurado hasta las heces, y aun vivirás.

— ¿Es posible, madre mia? ¿Es posible? Con este dolor cruel, inmenso, infinito, ¿se puede vivir?

— El dolor fortifica la naturaleza, ó mejor dicho, miéntras la alegría, el placer, son idóneos para enflaquecernos, el dolor, la pena, nos alientan en la vida. Pero, mira, Ángela. Yo he seguido tus pasos, he conocido tus sentimientos. Yo he velado por tu virtud y por tu pureza. La madre es como la Providencia, y vela siempre por las prendas de su corazon. Quizás ese hombre, á quien amas, te haya olvidado. Quizás creyendo...

— No me asesinéis, madre, madre mia, por piedad, por piedad. Sois muy cruel. Ántes le quisiera muerto. Pero, ¡oh! no, que viva, que viva. Si me ha olvidado, si ha huido de mí voluntariamente, si ha arrojado la cruz que le di, las flores que le guardaba, si le dice á otra mujer lo que ántes me decia á mí, solo le deseo el castigo de que sea feliz, muy feliz. ¡Oh! Pero no, no: pensarlo, no mas pen-

sarlo me parte el alma, me quiebra el corazon. Soy muy desgraciada, sí, muy desgraciada. Pero mas desgraciado sería él si me hubiese olvidado. Y mas aun si olvidándome fuera feliz. No, Eduardo ha muerto. Y yo le decia que le amaba. Y yo le juraba eterno amor. Soy perjura, soy infiel. Eduardo ha muerto, y yo vivo. ¡Qué horror!

Y la pobre Ángela se deshacia en lágrimas.

— Díme, Ángela, ¿y si fuera ese hombre indigno de tu cariño? ¿Y si no hubiese muerto? ¿Y si en vez de ser el conjunto de perfecciones que tú admirabas fuese un miserable?

— Le amaria lo mismo. ¿Qué me importa? ¿Aparta Dios su aliento del hombre que á Dios falta? ¿Y el amor habia de ser interesado? Haria por darle la dignidad, por volverle á la virtud, por levantarle de su postracion; pero le amaria, sí, le amaria eternamente. Acaso en el fondo de mi corazon guardara mi amor; pero dejar de sentirlo, nunca. Vivo ó muerto, digno ó indigno, amante ó de su amor olvidado, á mis ojos apareceria siempre como el único sér que me ha dado á conocer las penas y las alegrías de la vida.

— ¡Ay! Ángela. Amar de esa suerte es desvarío, es locura. Hija mia, ningun dolor de los que asaltan el co-

razon, merecen ese tributo de lágrimas que tú le ofreces. Todos son igualmente despreciables. Cuando el cielo te haya hecho saber el orígen de los males que padeces, acaso te avergonzarás á tus mismos ojos. Resígnate. Ese aviso te da la Providencia para que no pongas los ojos en séres que están á mayor altura que tú.

— ¡Á mayor altura que yo! decís, madre. ¿Por ventura no es hombre? ¿Y se degrada el hombre amando á una mujer? ¿Por ventura, el amor puede conocer ni otra causa que la inspiracion del sentimiento, ni otro fin que la felicidad del sér amado?

— Ignoras lo que es mundo, Ángela. El velo de tu inocencia te oculta sus males. Yo debo revelártelos, yo, que he gustado todas las grandezas, y todas las desgracias de la tierra. En el mundo, el amor admite categorías. No se ama por inspiracion, se ama por conveniencia social. Esos grandes señores, á que tu amado pertenece, creen que una pobre campesina se debe tener por muy honrada en ser, no su esposa, su querida.

Creen que aun despues de haberles robado la virtud y el honor, deben estimarles que hayan descendido hasta confundirse en sus brazos.

— Callad, por Dios, madre mia.

— Tu madre conoce los peligros que te rodean. Sabe que es muy triste rasgar ciertos velos de oro, que ocultan los dolores del mundo. Pero un deber me obliga á ello, un deber sagrado. Dios ha puesto la vejez al lado de la juventud, como el libro de la experiencia abierto siempre á sus ojos.

— ¿ Y es posible que el mundo sea así?

— ¡ Ah, hija mia! por haber querido reformarlo, vives en esta choza; por eso hoy somos pobres.

— Pero tenemos, madre mia, buenos sentimientos en el corazon, que valen mas que la riqueza.

— Es cierto. Cuando oigo, al amanecer, el canto de los pajarillos, que se une á mi primer oracion, me regocijo de ofrecer á Dios mi alma pura como las armonías de la naturaleza. Cuando comienzo mi pobre trabajo, me regocijo tambien de haberme resignado á la virtud, y á las privaciones, porque, ¡cuántos peligros no nos han cercado, y cuán dulce es llegar á la edad madura habiendo vencido todas sus asechanzas! El brillo del cielo, los astros, las luciérnagas, las ondas quebrándose en la arena, la fuente que murmura, el aroma que embalsama las auras, todos estos varios espectáculos, que ofrece la naturaleza, dejan en el alma luz bastante para no recordar ningun placer.

— Pero, madre, vos comprenderéis que á mi edad es muy triste ver el mundo solo, la naturaleza sin voz y sin alma. Yo le veia en la primera estrella de la tarde. Yo le escuchaba en el rumor de las hojas mecidas por las auras. Yo respiraba su aliento en las brisas del mar. Yo, en todos los ecos de la naturaleza escuchaba su voz. Y hoy solitaria, abandonada á mi dolor, no tengo, ni mas deseo, ni mas esperanza, ni otra aspiracion que la muerte.

## IV.

En efecto, el dolor de la jóven crecia de punto, á medida que se prolongaba la ausencia de Eduardo. Su tez morena palidecia, sus brillantes y negros ojos se tornaban mustios y opacos. Aquella imaginacion tan brillante, que parecia tener mas luz y mas colores que la naturaleza, se deshojaba como flor roida por los gusanos. Con un ramo de violetas secas en la mano, los ojos puestos en el horizonte, sentada bajo un árbol, y sobre una roca que daba al mar, se la veia todas las tardes, mustia, llorosa, como agonizante, aterida por el frio dolor que producia la ausencia del sér que amaba. De todas sus brillantes facultades, solo le habia quedado la voz, donde aun resonaban los acentos de su alma virginal y purísima. Su voz tenia dulces encantos aun. El dolor le daba una vibracion sublime. Parecian sus acentos los últimos ecos de una lira que se rompe y exhala un gemido triste y dolorosísimo. Asi, cuando en una de estas tardes de estío, en

que las ondas apénas producen un pequeño rumor, levantaba su melancólico acento, el ruido de la naturaleza era el cadencioso acompañamiento de su dolor. Pero, poco á poco, su salud se iba quebrantando, poco á poco su ántes poderosa vida se iba extinguiendo como una lámpara moribunda.

Un dia, por fin, comprendieron sus padres que Ángela podria malograrse por el exceso de su dolor, y decidieron ocurrir á este mal. Sabian que deseaba ardientemente ir á Nápoles, donde ciertamente debia tener noticias de Eduardo. No habia mas remedio que emprender el viaje. Para subsistir en aquella capital no poseian otro recurso que las limosnas de las buenas almas, y la voz de Ángela; esa voz, que parecia descendida del cielo. Decidiéronse, por fin, al sacrificio, aunque con grave dolor de la pobre madre, que presentia grandes males para su hija.

Era una mañana de Setiembre. El crepúsculo doraba la cima de las montañas, las orlas lejanas del horizonte y las últimas líneas del mar. Los pescadores bajaban á la playa rezando el Ave-María, que tocaba la campana de la iglesia. La puerta de la pequeña casa de Ángela se abria y aparecia un interesante grupo. Ángela, vestida con un traje de color de tierra, recogidos sus sedosos cabellos

en una especie de blanca cofia, con un pequeño baston en una mano, y un lio de ropa en la otra, estaba de rodillas, recibiendo la bendicion de su madre, que, llenos los ojos de lágrimas y rebosando el corazon dolores, la bendecia, miéntras un anciano de noble apostura, gentil continente y venerable cabeza, cogia todos los enseres del viaje, y abrazaba tambien con gran dolor á su esposa. Ángela bajó por las rocas á la orilla del mar. Allí los aguardaba una barca con un solo marinero. Era Genaro, el pobre pescador que amaba mas que á sus ojos á la jóven. Arrodillóse esta, y juntas las manos rezó la Salve, repitiéndola hasta que perdió de vista á su madre. Al llegar á este trance dió un grito y se quedó sin sentido.

---

## V.

¡Nápoles! ¿Quién no conoce las riberas del mar Tirreno? Ese mar, en cuyas brisas Grecia arrojaba sus ideas para que cayeran sobre el suelo de Italia; ese mar, en cuyas ondas se bañaban los antiguos dioses italianos; ese mar, que traia á las rientes playas los ecos de la voz de los maestros y de los poetas de Alejandría; ese mar tan hermoso conserva aun su inalterable serenidad, su perpétua alegría; y aun sus costas, sembradas de laureles, y de sepulcros de grandes poetas, como Virgilio, el Tasso, Petrarca, celebran las fiestas contínuas del antiguo paganismo.

Abierto el golfo de Nápoles en anfiteatro, parece un templo antiguo, un gran coliseo, donde el arte y la naturaleza celebran á porfía sus fiestas. El mar azul, sereno, meciéndose ligero entre los cabos que parecen extenderse para formarle blando lecho, refleja en sus mansas tranquilas olas el riente cielo, inundado de perpétua alegría.

Extiéndense, descendiendo de la falda del Vesubio, á coronar las playas, todos los mas hermosos esfuerzos del reino vegetal; las viñas cargadas de sus dorados racimos, los naranjos y limoneros perfumando de balsámicos aromas las ligeras blandas auras, como orientales pebeteros; el sauce, el cipres, el mirto, el olivo, todos esos árboles, que recuerdan en su poética tristeza el cielo, los dolores del genio, y en medio de todas estas maravillas, rodeado de estos tesoros de la vida, como un sultan en su serrallo, el napolitano, muelle, débil, con la huella del placer en la frente, y la indiferencia en los ojos, especie de inalterable dios que, sintiéndose con fuerza creadora, se goza en su perdurable indolencia, y en desperdiciar la fuente de vida que corre limpia y abundosa á sus plantas. Y en esta hermosa ciudad, en esos campos cubiertos de lavas y ruinas, regados con la sangre de tantas generaciones; campos que han oido los cánticos de los Tibulos y Propercios, que han dado flores para que todos los poetas coronasen á sus amadas; en esos felices bienaventurados campos, á la sombra de un cipres ó de un mirto, oir una cancion de amor, es una dicha pura, indefinible, es como gustar la copa de la vida en que bebe su sér naturaleza. Y si esta voz es dulce como la voz de un ángel, enamorada

tierna, si sale de los labios de una mujer sobrehumana, si se levanta al cielo rociada de lágrimas, con el eco de una profunda, de una inmensa tristeza, esa voz parecerá el quejido del alma de aquella naturaleza, ó el recuerdo de los tiempos en que las diosas descendian del Olimpo al mundo, enamoradas de algun dichoso mortal, como Diana besaba con sus arroyos la hermosa frente de Endimion dormido, y anhelante, al traves de los bosques, le seguia para gozarse en ver sus huellas, y en protegerle en su carrera.

Pues bien, á las orillas del mar, bajo frondosos árboles, Ángela entonaba, llevando de la mano á su padre, medio ciego, una cancion. Los *lazzaroni* se agrupaban para oirla, y extasiados dejaban, al concluir la cancion, caer algunas monedas en la mano del pobre ciego.

Despues de haber recogido unas cuantas monedas, cayó la jóven en profundísimo silencio.

— Hija mia, le dijo su anciano padre, debemos volvernos. Nada hemos sabido. Debe haber muerto.

— No, no debemos volver. Un presentimiento ciego me dice que debe estar en Nápoles.

— ¡ Tan pronto olvidas nuestro pequeño y dichoso campo!

— Oidme, padre mio. Trabajáis allí mucho, y es hora de que ceséis en vuestros penosos trabajos. Así como mi madre y vos habéis buscado todos los medios de sustentar á vuestra hija, así yo debo ahora retribuiros con largueza. Mi corazon me dice que me quede en Nápoles.

— ¿Crees que le vamos á encontrar aquí? Si estuviera, ¿no hubiésemos ya dado con él? Nosotros hemos estado á la puerta de todos los teatros, en todos los paseos, hemos dado sus señas á todos los *lazzaroni* conocidos: nadie, absolutamente nadie ha sabido darnos de él noticia. Volvamos. ¿Á qué exponernos á mayores sufrimientos?

— Es verdad, es verdad. No sabemos su apellido. Es imposible saber de él nueva cierta. Si al ménos perteneciese á nuestra clase, le buscaríamos en las cabañas, en las barcas de los pescadores, en la playa, y le encontraríamos; pero siendo de alta alcurnia, encerrado tal vez por algun padecimiento en un palacio, ¿cómo es posible que de él sepamos? ¡Dios mio! ¡Dios mio!

— Mira, hija mia, olvida todas esas penas, convéncete de que no vale un hombre las muchas lágrimas que derramas. Acaso es un ingrato...

— Yo no puedo pensar así. Le ofenderia, y ofendiéndole me faltaria á mí misma. Yo he levantado á ese hombre

un templo en mi corazon. ¿Queréis que me persuada á creer tan fácilmente que es indigno de mi amor? ¡Oh! Eso no, nunca, nunca.

Apénas habia pronunciado Ángela estas palabras, que aun repetia el viento, cuando cruzó ante sus ojos como una exhalacion, un coche guiado por un apuesto jóven, que indudablemente era Eduardo.

Ángela dió un grito; lanzóse á la carretela con los brazos abiertos; pero el jóven no la echó de ver, y como si fuera conducido en las alas del viento, perdióse en una nube de polvo, y desapareció.

—Era él, dijo Ángela para sí. ¿Y me ha olvidado? ¿Cómo no va á verme? Santo cielo, santo cielo, ¿qué es de mí? Iba solo, creo que iba solo. No, iba con una mujer. No, solo, solo. ¿Por qué le habré visto? Era él. No me ha engañado el deseo. Era él, ha desaparecido. Y vive, y vive contento. No se acuerda de mí, ¡oh! no, no, me ama aun. Sí, me ama. Si no me amara, yo no viviria. Pero, ¿por qué no ha ido á verme? ¡Ah! Soy egoísta, muy egoísta. Vive, vive..... ¡Qué gozo! Vive, gracias, Dios mio, gracias. Y Ángela, prorumpiendo en un amarguísimo sollozo, dejó caer la cabeza sobre el pecho de su padre, el cual, anegado en llanto, la estrechaba fuertemente contra su pecho.

¡Alma para el amor nacida, pura como el soplo creador, esplendente como la luz increada; alma que recuerda el cielo, su patria, y viene á vivir á la tierra con su prístina pureza y con sus divinos afectos, á la tierra, á la sociedad, en cuyo lodo se apagaria la mas pura estrella! Amar idealmente, sin el delirio del sentido, amar con toda la intensidad de que es capaz un alma donde se alberga lo infinito; consagrar al amor todo el fuego de una vida jóven, todas las ideas, todos los sentimientos que forman el sêr; tomar el corazon amado por el único nido donde puede reposar el alma en este su solitario destierro; no ver la naturaleza sino iluminada por un pensamiento; no concebir que la pasion se apague sino al soplo de la muerte; no imaginar felicidad posible fuera del amor, es sin duda una gran dicha, porque demuestra que el alma que así sabe sentir, es elegida de Dios. Pero llevar esta pasion tan grande por la tierra tan pequeña; encerrar en este frio mundo ese fuego mas ardiente que el rayo del sol; sujetar bajo la cadena del tiempo, afecto que es eterno, desgracia es inmensa, y esa desgracia padecia Ángela. En su corazon habia algo del cielo. Solo un alma superior podia senur una pasion tan pura, tan tierna, tan hermosa.

Mas ¡ay! arrastraba esa gran pasion por la tierra. Su

misma grandeza debia ser su martirio. Su misma idealidad la hacía imposible. No de otra suerte el poeta sueña, finje sus ideas, y al darles vida y cuerpo, las ve descoloridas, pálidas, perder el alma que les habia infundido. Somos desterrados, y el recuerdo de nuestra patria es el mayor de nuestros martirios. Pero perfeccionemos la vida, hermoseemos el alma, y así nos será fácil volver á encontrar las hermosas riberas de lo infinito, que lloramos perdidas y alejadas.

## VI.

¡Eduardo! sigámosle, para ver qué era de él. Perdióse el coche en largo laberinto de árboles, torció hácia Nápoles, volvió á entrar en las calles de la ciudad, y despues de breve espacio de tiempo, detúvose á la puerta de su extraviado, pero hermosísimo palacio. Eduardo bajó entre confuso y triste del coche, atravesó el jardin, y era de ver que todas las puertas se abrian á su paso, ofreciéndole franca entrada, no de otra suerte que si admitieran á un antiguo dueño.

Por fin, detúvose en una hermosa estancia, que respiraba lujo oriental. Sus paredes cubiertas de riquísimas telas, su marmóreo suelo, sus filigranados techos, las várias lunas, que vistosa é indefinidamente la prolongaban, las mil gayas flores contenidas en riquísimos vasos de porcelana, dan claros indicios de ser aquella mansion de opulenta dama. Y en efecto, abrióse la puerta, y apareció una mujer rubia, lánguida, envuelta en un riquísimo

peinador blanco, que tendió la mano con desdeñosa elegancia al jóven, clavando al mismo tiempo penetrante y altiva mirada en sus ojos. Á esta escena muda, se siguió un largo y prolongado y tempestuoso silencio. Y decimos tempestuoso, porque en la actitud de Eduardo, en la respiracion de la jóven se echaba de ver que aquella entrevista tenia algo de grave, de solemne, de grande; pero al mismo tiempo algo de dolorosa. La jóven, despues de este silencio, se dejó caer en un divan, é hizo seña á Eduardo para que se sentara á su lado. El jóven fingió no observar la seña, y volviéndose, acercó un sillon, y se sentó á una respetuosa distancia.

— Vos lo habéis dicho, Eduarda, dijo la jóven.

Este inclinó la cabeza en señal de asentimiento, como si una gran idea le privase del habla.

— Vos los habéis dicho, volvió á repetir la jóven.

— Lo he dicho, sí. La mujer es mas buena que el hombre, cuando es buena; la mujer es mas perversa, cuando es perversa. Cuando cayó el hombre, cayó en males reparables; cuando cayó el ángel, cayó en males irreparables; si Dios pudiera caer, sería el mal supremo.

— Me placen vuestros argumentos teológicos. Me gusta á mí, no puedo remediarlo, toda esa jerga escolástica.

— Siento mucho, Margarita, que no me hayáis comprendido, á pesar de que han pasado quince dias desde la vez postrera que pronuncié esta amarga frase.

— Si no deciais eso... ¿Por qué?...

— Os lo decia porque me habéis hecho muy desgraciado.

— Acaso á la única persona á quien yo... No quiero pronunciar la palabra.

— Es verdad... la única persona que habéis despreciado, dijo Eduardo, acentuando la palabra con profunda amargura.

— ¡Caballero! exclamó Margarita levantándose. Caballero, conozco toda la trascendencia de esa frase. Yo sé lo que encierra. Sois un malvado, sí, un malvado, Idos. idos... ¡Oh! si yo no fuese mujer...

Y se cubrió el rostro con las manos.

— ¡Margarita! exclamó Eduardo lanzando un ¡ay! desgarrador y profundo. Me creéis tan vil. ¡Oh! si esa idea que me atribuís hubiera cruzado por mi mente, ahora mismo me rasgaria con mis propias manos las entrañas, y sacaria el corazon, y os lo arrojaria para que lo pisoteaseis.

Margarita, despues de haber recobrado la calma, exclamó:

— Tenéis razon. Yo tomaba vuestras palabras por mis remordimientos.

— ¡Oh! Sí, Margarita; permitid que me queje, que me duela; dejad, al ménos, á mi dolor ese único desahogo.

— ¿Á vuestro dolor? En verdad que no os comprendo.

— ¿No comprendéis que os amo?

— Sí, sí. Estoy... En fin, Eduardo, á Dios, á Dios, sí, á Dios.

Y Margarita se levantó, abrió la puerta con rapidez la volvió á cerrar con estrépito, miëntras Eduardo se levantaba vacilante y caia de rodillas ante la puerta cerrada.

## VII.

Eduardo padecia el delirio de los sentidos. Andaba ciego y perdido su corazon por un despeñadero, que pronto habia de dar con él en oscuro y profundo abismo. Era enemigo de las empresas fáciles, y se empeñaba por lo mismo en atraerse los favores de aquella mujer que, pronunciando la palabra amor, buscaba sin embargo, cuantas ocasiones podia de humillarle á sus propios ojos. Margarita, dama de corte, muy dada á todo linaje de devaneos, sentia por Eduardo una especie de afecto, que no habia podido nunca satisfactoriamente explicarse. Ella, que gustaba ver pasar como sombras, fugaces sus amantes tan fugaces como los rapidos placeres del sentido, habia posado su pensamiento en aquella frente pura y jóven. Ella, que anhelante siempre de goces, no sentia nada que fuera grande, imperecedero, ninguna de esas pasiones que se alimentan de las ideas, del espíritu, de la vida interior; ella, que se reia de cuantos pronunciaban la

palabra *amor*, llegó á querer á Eduardo con pureza; como si la palabra del jóven le hubiera abierto un mundo desconocido y maravilloso.

Sin embargo, alma corrompida, Margarita queria poner hasta las buenas pasiones al servicio de sus caprichos ó de sus cábalas. Habia caido en la abyeccion mas profunda, y no podia levantarse de aquel cenagal, sino impulsada por algun aura celeste que no corria en aquella ocasion, á su lado; por algun ejemplo de virtud, que en aquella ocasion no se presentaba á sus ojos. Ademas, la desgraciada Margarita se habia visto menospreciada de un hombre; dolor que no podia cicatrizarse en su pecho, y gustaba de tomar venganza en ajeno corazon de la herida recibida en su pecho.

Así es, que devoraba en silencio su amarguísima amargura, y preparaba el camino para tomar del hombre que así la habia burlado honda y profundísima venganza.

Entretanto le acontecia al jóven Eduardo que se iban borrando poco á poco de su mente y de su corazon los destellos luminosos del primer amor. El primer amor es como la inocencia, estado feliz del alma, que perdido, no se recobra; y que lo lloramos y aun queremos volver á él, pero si viéramos abierto el camino, retrocederíamos es-

pantados. Eduardo sentia el dolor de haber perdido su primera pasion por Ángela, mas que por el mismo amor, por la desgracia que veia caer sobre la jóven, objeto ántes de sus aspiraciones y ensueños. Mas como padecia de enfermedad semejante, como no encontraba correspondencia en la mujer nuevamente amada, como al pasar el lodazal del vicio no habia visto oculta ni una flor, ántes muchas espinas, su propia desventura no le dejaba espacio para sentir y llorar las desventuras de Ángela.

¡ Qué lucha tan larga, tan animada, sostenia consigo mismo! Así, al caer á la puerta de la habitacion en que se encerró Margarita, de tal suerte se habia trasportado á otras regiones y tan profundamente dormido estaba, digámoslo así, en el seno de su pensamiento, que no echó de ver que habia trascurrido largo espacio de tiempo, ni mucho ménos que Margarita acabada de entrar por otra puerta, y le miraba entre compasiva y burlona. Mas era tal la admiracion de aquella trágica actitud, que Margarita no pudo contener la risa, y soltó una prolongada y ruidosa carcajada.

El jóven se sobrecogió, y levantándose precipitadamente le dijo :

— Estáis ahí gozándoos en mi humillacion.

— Sois buen actor.

— ¡Es verdad, me habéis acostumbrado á fingir tanto!

— ¿No habóis amado nunca?

— No me lo recordéis. Soy un infame. Amaba á un ángel, á una mujer divina, hermosísima, pura como el cielo, mujer que vivia retirada en el campo, sin mas pensamiento que yo: sí, yo, que la he olvidado, y la he olvidado por vos.

— Nada me gusta en vos tanto como ese éxtasis bucólico, esa exaltacion febril, ese recuerdo de un amor, que mas que cierto, parece soñado.

— Sueño era sí de felicidad, que vos me habéis arrebatado; sueño deliciosísimo, del cual nunca debí haber despertado; sueño que me hubiera hecho pasar la vida entre flores y me hubiera conducido á despertar en el cielo.

— *Per omnia sæcula sæculorum*, añadió Margarita. Me agrada veros tan místico.

— Margarita, dijo Eduardo, cogiéndola con frenética fuerza del brazo, estáis torpemente abusando de la primacía de mujer. Os gozáis en bañaros en la sangre que destila mi corazon. No me aborrezcáis, no me despreciés Margarita. Yo no puedo vivir sino en vuestro cariño; yo

no puedo respirar sino á vuestro lado; yo no estoy en mí, estoy en vos. Me habéis robado el alma; doquier vuelvo los ojos, allí os encuentro, rodeáis todo mi sér como de una atmósfera; amadme, amadme por piedad, Margarita.

— Hay momentos en que no podré negarlo, os creo.

— Me creéis, ¡oh, me creéis!... Entónces adivináis cuánto padezco. ¿No es cierto que lo adivináis? ¿No es verdad que sentís palpitar mi corazon? ¿No se revela en esta mirada todo el fuego en que arde mi alma? ¡Oh! Margarita, si supierais cuánto os amo, no seriais tan cruel.

— ¡Me amáis! Sentaos á mi lado; venid.

Eduardo se sentó dejando caer la cabeza sobre el pecho, como cansado de luchar. El aliento de la jóven que subia hasta su frente, le volvia el ánimo y las fuerzas.

— Me amáis, yo quiero creerlo; necesito creerlo.

— ¡Ah! ¿No os bastan mis palabras?

— No. ¡Palabras! Cuántas y cuán hermosas he visto nacer, brillar, las he creido fijas, invariables, y al tocarlas se han convertido en humo, en nada.

— Obras queréis.

— Eso, eso.

— Pedidme los mayores sacrificios; que me desposea de mi fortuna para repartirla entre los necesitados, que

me enganche en los ejércitos de África para conquistar nuevos países al nombre cristiano, que me vaya á vivir á un retiro, que renuncie al mundo, con tal de que me prometáis un dia abrirme vuestros brazos y merecer...

Margarita, á medida que Eduardo se entusiasmaba de esta suerte, reia á todo reir de sus palabras.

— Ya lo veis, le decia, ya lo veis. Ingenuamente os digo que os engañáis. Tratad, tratad de ahuyentar y desvanecer vuestras preocupaciones. Habéis leido muchas novelas, muchísimas, y os enamoráis de un imposible, y habláis de una manera tan ridícula...

— No puedo soportar el peso de vuestro sarcasmo, Margarita.

— ¡ Y decia que me amaba! exclamó la jóven con acento dulce y tierno.

— No os amo, es verdad; no os amo cuando ya no he muerto, contestó, Eduardo acentuando estas palabras con un sollozo profundo y muy amargo.

— Convenceos, Eduardo, de que si me queréis como decís, me queréis de una manera sobrado vulgar.

— No es vulgar sentir lo que yo siento, no puede serlo.

— Pero es vulgar, muy vulgar, decir lo que decís.

— No sé lo que digo, pero sé lo que siento.

— Para probarme que me amáis, me habéis prometido el ejercicio de no sé cuántas virtudes; la caridad, el patriotismo, la abnegacion, el sacrificio, palabras todas de novela. Yo quiero otras pruebas.

— Si las queréis, hablad.

— ¿Qué es en vos seguir la virtud? Es un instinto. Seréis bueno, muy bueno. Ser mejor nada prueba. Es necesario que el amor verdadero trastorne todas las condiciones de nuestro sér, que nos levante á otra esfera que no habíamos imaginado tocar.

El sacrificio de todos los placeres de la tierra nada importa. ¿Qué valen los placeres para el que solo tiene uno, el de abismarse en el amor de la mujer que adora? El ejercicio de la virtud nada dice. La virtud, cuando se posee un alma pura y hermosa, es una ley de la vida, una condicion de ser. Lo que se debe hacer para mostrar ánimo, es mas, muchísimo mas, Eduardo. Es romper todas las leyes de la vida, y así, solo así se puede manifestar que el amor ha echado raíces profundas en nuestras entrañas.

— No os comprendo, Margarita

— Ciertamente, no me comprendéis; por eso no me amáis. Lo conocido, solamente lo conocido puede ser amado. Y hé ahí cómo venís á confirmar mis dudas, á probar

la verdad de mis palabras. Vos amáis en mí acaso esta vestidura mortal, esta belleza mayor ó menor que en bien poco estimo; pero no amáis en mí lo que hay en mí de verdadero, de inmutable, el espíritu; y no amáis en mi espíritu, no ya sus virtudes, que esas siempre son amables, sino lo que yo mas deseo que sea amado, mis faltas y mis vicios.

— Vuestras faltas, señora, vuestros vicios. Yo no he visto sombra alguna en vuestra frente.

— ¿No os lo digo? Os habéis propuesto hacerme reir á cado paso, y lo conseguís á las mil maravillas. Os estaba dando una prueba inapreciable de mi afecto, y la desestimáis torpemente. Yo no confieso mis faltas nunca sino á personas que comprendo que me han de querer, á pesar de mis faltas; pero yo aspiro, no ya á que me queráis, á pesar de mis faltas, sino con ellas, y hasta por ellas; hé aquí mi anhelo.

— Os querré como queráis.

— Os decia ántes que debiais darme una prueba de ese amor, que diariamente andáis encomiando, no siguiendo los buenos instintos del corazon, sino violentándolos.

— Pero ¿qué prueba es esa?

— Un crímen.

Eduardo, espantado, se cubrió el rostro con las manos. La pasion era infinita, violenta, tempestuosa; pero aquella palabra le heló por un instante, como si le faltara sangre en el corazon. Margarita le miró por algunos instantes con su mirar burlon, sardónico, y comenzó á decirle:

— Ya veo, Eduardo, que amáis esas hermosuras pacíficas, tranquilas, dulces, buenas esposas, buenas madres de familia, que son la delicia de amor de un *bourgeois* ó de un jornalero. Ya veo que no habéis nacido para el amor grande, tempestuoso, que debe reinar aquí en la atmósfera superior de la vida. ¿Lo veis? No podemos comprendernos; idos.

Y levantándose del divan, le señaló con ademan imperioso la puerta.

— Que me vaya, que me vaya. ¡Oh! No. Soy vuestro esclavo; mandad. Me he enajenado. Yo no soy yo. Soy vos, soy vos, por quien deliro.

La amenaza de aquella súbita separacion habia vuelto á derramar en el corazon del jóven Eduardo todo el calor de su pasion. Margarita le tomó una mano, y un sacudimiento como eléctrico se dejó ver en todo su cuerpo. ¡Oh! Habia huido del camino de la virtud, de la cual solo conservaba algun pequeño destello, y á cada

paso se hundia mas y mas en el hondo pantano del vicio.

— La hermosura resplandece mas, cuando las pasiones, los combates, las dudas, la iluminan con los resplandores rojizos del infierno. Creedme, Eduardo; solo cuando hayáis adquirido un temple de alma bastante para consumar los mayores sacrificios por el sér que amáis, solo entónces mis labios se coufundirán con vuestros labios y nos perderemos en un amor infinito.

Eduardo temblaba como fascinado, seguia las miradas de Margarita, escuchaba los latidos de su corazon y se perdia en la luz de sus ojos.

— Ya sabéis, ¡deshonroso es decirlo! que no me pertenezco, sabéis que soy vuestro, sí, vuestro. Imponedme condiciones, mandad, mandad, que yo obedeceré; mandad, sí, que yo soy un autómata, mandad... pero no me mandéis un crímen.

— Sois un niño. Yo sé que por mi perderiais con gran contento la vida.

— ¿Lo sabéis? Y no os apiadáis de mí...

— Sé que seriais capaz de las mas grandes empresas.

— Y me atormentáis aun.

— Pero ignoro si sois capaz de un crímen. Ignoro si

el dia en que yo viera á un hombre, que me ha despreciado, que me ha herido, que me ha maltratado, podré deciros : Mirad ese hombre, debe morir, clavadle este puñal en el pecho.

Y Margarita, volviéndose á un velador, abrió un estuche y mostró un puñal, cuyo mango, de várias piedras adornado, brillaba como las escamas de la serpiente heridas por los rayos del sol.

— Mirad, Margarita. Á ese hombre de que me habláis, le escupiria en la frente, y despues me batiria con él á muerte, importándome poco el desenlace; porque si vencedor, os vengaba; y si vencido moria por vos; dichas ambas muy gratas á mi alma.

— Hé ahí lo que yo no puedo, lo que yo no debo, lo que no quiero consentir. En primer lugar, os doy por razon suprema mi capricho. En segundo lugar, no me agradaria que ese hombre se gozase en la muerte de un caballero. En último lugar, ¿y si os mataba? me quedaria sola, Eduardo.

Dijo estas palabras con un acento tal, clavó sus ojos con tan profunda intencion en los ojos de Eduardo, que el jóven creyó que Margarita le amaba de véras, y un placer inmenso, indefinible, le trasportó á otras regiones, como si una demencia inexplicable poseyese su espíritu.

— Margarita, por vos soy yo capaz de todo. Para mí no hay mas bien que vuestro amor, ni mas mal que vuestro desden. Amadme, sí, sí, amadme.

— Os amaré si hacéis lo siguiente: Mañana doy baile, y baile suntuosísimo. Aquí debe venir un hombre vestido de negro y que á la una debe entrar en este gabinete. Cuando yo cante el aria de la Lucrecia al piano, entráis y le traspasáis con este puñal el corazon.

— ¡Magarita ¡Oh, no, no, eso no puede ser!

Margarita! le miró con desden, volvió la cabeza con ademan altivo y le dijo:

— He dado mis órdenes. Las habéis oido. Ahí tenéis ese puñal. Ó hacéis lo que os digo, ó al dia siguiente cuando vengáis á mi casa, os echarán como á un perro los lacayos.

Y se fué sin añadir palabra.

# VIII.

En la noche que habia señalado Margarita, presentaba mágico aspecto su hermosa casa. El baile anunciado se celebraba en los espaciosísimos jardines de aquella magnífica vivienda. Estaba el cielo puro, la luna derramaba su argentina y melancólica luz en los hermosos celajes. Los árboles, cargados de lozanas flores, ostentaban luces de mil colores en su vário follaje escondidas, luces que derramaban reflejos misteriosos é indefinibles. Las fuentes se levantaban á los cielos en argentadas columnas, descomponiendo al caer los varios rayos de luz que herian sus líquidas perlas. Hermosas macetas, conteniendo las mas várias flores; aves presas en doradas redes, que tomaban por dia la hermosura y claridad de aquella noche, y despedian dulces notas acompañando á la música, que derramaba ondas de armonía en los aires, eran nuevos encantos de aquel eden.

Entre tantas flores y fuentes, alrededor de aquellas lu-

ces, faltaban las mariposas, y bien pronto se pobló de beldades el jardin, de beldades que en esa tierra pagana recordarán siempre con sus encantos la hermosura de las olímpicas diosas.

Apénas se comenzó á poblar el salon, vióse aparecer á Margarita. Estaba hermosísima. Vestia un rico traje blanco; prendia su cabeza con algunas rosas naturales entrelazadas con pequeños diamantes, que parecian gotas de rocío cuajadas en sus sedosos cabellos; mostraba desnudos sus brazos y su torneada garganta, y reunia con admirable gusto el lujo á la severa elegancia. Apénas habia saludado á todos, cuando se acercó á ella un jóven rubio, de ojos azules, de buen continente, y tomándola una mano, le dijo :

— Siempre injusta.

Margarita se quedó pálida, mortal; apretó las manos del jóven con gran efusion, y dijo :

— Siempre cruel. ¿Venís á recordarme mis debilidades y vuestro triunfo? ¡ Oh ! Me avergonzáis.

— Margarita, os he querido hacer buena. Pretendí enseñaros el verdadero amor. Veo que ya es tarde.

Margarita se estremeció al oir estas palabras, y dijo con acento muy tierno, entrecortado por la profunda emocion que sentia :

— Sí, ya es muy tarde. Acaso la eternidad levante pronto un abismo entre ambos.

— ¿Pensáis moriros pronto?

Un grupo de convidados vino á cortar muy pronto el hilo de esta conversacion. Entre ellos se encontraba Eduardo. Pocas veces habia sentido nuestro jóven un dolor mas verdadero y mas profundo. Margarita, su amor, su ensueño, su vida, andaba de círculo en círculo, recogiendo larga cosecha de adulaciones, escuchando palabras de afecto mas ó ménos apasionadas, reinando sobre todos los corazones, y en aquel vértigo de placer, en aquel desvanecimiento, no se acordaba de su amado, de Eduardo, que la seguia con el corazon lleno de pena y con los ojos arrasados de amarguísimas lágrimas.

Despues de largo espacio de tiempo, despues que ya se encontraba el baile en ese período en que nadie se acuerda de nadie, en que todos consagran su atencion ó bien á la fiesta, ó bien á un sér que ocupa el pensamiento, ó bien á la pareja con quien hablan ó danzan, Eduardo, en extremo dolorido, se asentó en un rincon del jardin, bajo una especie de dosel que formaban várias acacias entrelazadas, cuyas flores de vez en cuando caian sobre su frente arrancadas por el soplo de la brisa del mar, que se veia

á lo léjos iluminado por los rayos de la luna. Eduardo pensaba con tristeza en la felicidad de los séres inanimados. Cuánto mas feliz que yo, decia, es la vida que se mueve á impulso de una ley que no conoce, y esa flor, que al caer del ramo en que estaba, nada siente, y esa luciérnaga que vive sin conocimiento de sí, bajo una hoja, y todo cuanto en el mundo carece de libertad, y se ignora á sí misma; cuánto mas feliz es que el hombre, cuya conciencia le sirve solo para mostrarle su pequeñez, cuya libertad es un perpétuo y horrible combate.

Apénas acababa de hacer estas reflexiones, cuando sintió una mano que caia ligeramente sobre su hombro. Volvióse de repente, y se quedó extático y embebido ante Margarita. El aroma de las flores, la brisa, los suspiros, por doquier resonaban, las palabras que llenaban la atmósfera, el vapor del baile, las armonías de la música, la pasion que henchia todos los corazones, las infinitas ilusiones que, cual nube de mariposas, volaban en su mente, todo, todo cuanto veia y pensaba, convidaba al amor.

— Eduardo, ¿me habéis ya olvidado? dijo Margarita con acento dulce y de una delicada ternura.

— ¿Vos me lo preguntáis? He estado aquí, siguiéndoos por todas partes, mirando cuánto os divertíais, contando

los brazos que os recibian y estrechaban en el calor del baile, y sintiendo las palabras que os decian y contestabais, palabras horribles, que caian como gotas de plomo derretido sobre mi corazon.

— Es necesario decirlo todo. Eduardo, conozco que padecéis.

— Decidme, Margarita, ¿os habéis empeñado en que os aborrezca?

— No, me he empeñado en que seáis feliz, completamente feliz conmigo, que os amaré con todo el fuego de mi alma, léjos del bullicio del mundo, en el retiro, en la soledad, allí, donde podamos formarnos un espacio para nosotros solos, en que todo sea placer y amor y contento, en que veamos, unidos uno en brazos de otro, huir el tiempo mansamente sin acordarnos ni de ayer ni de mañana, sino de aquel instante de felicidad que se puede prolongar por toda la eternidad.

Y al decir estas palabras, sus ojos lanzaban como rayos de amoroso fuego sobre Eduardo, y sus pequeñas manos, trémulas, se perdian entre las manos del jóven, y su aliento, como el perfume embriagador de hermosísima y fresca rosa, ascendia hasta los labios del cuitado, que fuera de sí, anhelante, se pasaba la mano por la frente para

convencerse de que no era presa de un sueño, pues nunca habia oido palabras semejantes de Margarita, de aquella mujer, por cuyas miradas hubiera dado su vida.

— ¿No me decís nada? exclamó despues de algunos instantes Margarita, dejando caer la mano del jóven como muestra de dolor y duda.

— ¡Que no os digo nada! ¿No os dice nada este corazon que quiere saltar de mi pecho á impulso de mi trastornadora alegría?

Y Eduardo, cogiendo con efusion la mano de la jóven se la llevaba al corazon, como fuera de sí, y delirante por la felicidad en que le habia sumergido, felicidad tan nueva, que le parecia ó mentira ó soñada.

— Pero como muchas veces, Eduardo, os he dicho, no puedo creer en vuestro amor, en esa pasion que me pintáis tan exaltada y tierna, si una prueba de amor decisiva, inmensa, no viene en abono de mi fe.

— ¿Qué prueba queréis?

— Mirad, veis aquella puerta que se abre, veis aquel jóven apuesto que entra en aquel gabinete, y que se dirige al mismo; pues bien, ese hombre ha de morir esta noche asesinado á vuestras manos.

— Margarita, dijo Eduardo con acento desgarrador,

¿Quereis introducir el demonio del crímen y de la deshonra en el cielo de nuestro amor?

— Os he conocido, contestó Margarita con despecho. Dejadme. No quiero saber nada de vos; dejadme, idos. Ese hombre me ha deshonrado. Ese hombre ha arrancado indignamente de mí la virtud y la pureza. Ese hombre, despues, me ha despreciado. Ese hombre ha libado á la fuerza el amor que yo solo guardaba para vos. Ese hombre me ha escupido á la cara. Y ahora, cuando os pido venganza, sí, venganza, cuando deseo que este puñal, sí, este puñal, regalo suyo, se lo clavéis en el corazon, huís de mí y me dejáis sin venganza.

— Margarita, ¡por piedad! exclamó Eduardo.

— Y yo que lo tenia preparado todo para la fuga; yo que no me he ido con vos léjos, muy léjos de Nápoles, porque esperaba ver lucir esta noche la rojiza luz de venganza; yo que despues, en el golfo, á la luz de luna, solo con nuestro amor pensaba, miéntras las brisas me encaminaran á las playas de Sicilia para de allí huir á mas lejanos países; yo que pensaba deciros todo lo que por mí pasaba, entregaros mi corazon, juraros un amor eterno, inmenso, fuente de nunca gustados deleites....

Eduardo se acercó á Margarita, la estrechó contra su

corazon, imprimió un ardoroso beso en sus labios, tomó el puñal que brillaba en su mano, y á todo correr se dirigió á la escalera de mármol que abria paso del jardin á las habitaciones superiores del palacio. La jóven pronunció, lanzando una prolongadísima y amarga carcajada, estas palabras :

— ¡ Ah ! Ya estoy vengada.

Y con paso lento y con singular frialdad, fué á buscar á sus convidados, hablando á todos con tal indiferencia y calma como si nada sintiera.

Despues de haber conversado con varios de sus convidados, se dirigió á un asiento donde habia dos jóvenes solas, y comenzó á hablarles de esta suerte :

— No puedo guardar un secreto. Me pesa en el corazon, y aunque destruya el efect que yo apetecia, voy á deciros lo que os preparo, con la condicion de no imitarme, de no decir á nadie, absolutamente á nadie, lo que yo os voy á confiar. ¿No habéis oido hablar de una jóven cuya voz es prodigiosa y cuyo canto tiene una melodía celestial?

— Sí, dijo una de las jóvenes; me han dicho que es un portento, y excita el entusiasmo de cuantos la escuchan, que anda por las calles con un pobre anciano, y que solo

canta una vez al dia para adquirirse el sustento necesario. ¡Oh! tendremos mucho gusto en oirla.

— Es esa, dijo Margarita, esas son las señas, esas son. Es hermosísima. Pero me ha exigido que la deje sola en uno de los kioskos, en compañía de su padre, y que desde allí cantará, porque no quiere presentarse ante la sociedad; y como todo esto aumenta los encantos de la sorpresa, no he dudado un punto en acceder á su deseo.

— Has hecho muy bien, dijeron á una ambas jóvenes.

— Despues que yo haya concluido el aria de Lucrecia Borgia, debe dejarse oir su voz, segun tenemos precisamente convenido.

Miéntras esto aconteci.a en el jardin, veamos lo que pasaba á Eduardo. El amor, cuando sin pararse en lo justo llega á enardecer la sangre, suele embriagar como el vino. Eduardo habia sentido en su vida dos pasiones por dos objetos distintos. Al salir de la inocencia, cuando el alma se abre á las auras del cielo, habia sentido un amor puro, infinito, por Ángela. Este amor era el amor del alma, sin mezcla alguna de mal; era hermoso é inocente como la mariposa, como la flor, como la gota de rocío, pues la inocencia es la primavera de la vida, y como la primavera, presenta la vida en flor, con toda la pristina pureza que

le infundió el Creador. Esta pasion era el ángel de la guarda, que bajo sus nacaradas alas protegia sus ensueños y sus ilusiones, y todo cuanto hay de divino en el espíritu. Así, miéntras esta pasion habitó en el pecho de Eduardo, su vida corrió entre flores, retratando el cielo.

Pero un dia el sentido se despertó, y perdiendo la vida su natural equilibrio, el sentido se llevó tras sí el alma Eduardo vió á Margarita, y la amó; pero con un amor tormentoso, desasosegado, febril, con el amor de los sentidos. Encontró resistencia, y resistencia porfiada y tenaz; encontró tambien dudas, temores en el corazon de Margarita, donde todos solo habian encontrado un instante de placer, y el delirio de su deseo le enajenó, haciéndole olvidar hasta la existencia de su alma y el recuerdo de su amor.

En esta pasion, su corazon ardia como el fuego pero próximo siempre por lo mismo á convertirse en cenizas, á evaporarse en humo. La pasion que habia tenido por Ángela, á pesar de aquel prolongado olvido, lucia como luce siempre el sol, aun cuando venga la noche.

Pero aquella luz purísima le habia retirado sus rayos. Así, en su alma no habia mas que negra noche y tristísima tempestad. El amor frenético, delirante, le llevaba como de la mano á la perdicion. Las buenas pasiones im-

pelen blandamente al hombre en su carrera por la vida. Un alma sin pasiones sería como una estrella sin luz. Pero las perversas pasiones desquician la vida, burlan y encenagan sus claros y puros manantiales.

Eduardo, oyendo sonar las febriles palabras de Margarita, entusiasmado con sus pinturas de un porvenir delicioso que él anhelaba, con esa fiebre delirante de los sentidos, enardecido por el beso que acababa de recibir, tras el cual habia por tanto tiempo desaladamente corrido, aguijoneado y espoleado por el deseo, en aquellos instantes oia solo el zumbido del viento de sus pasiones, y solo sentia el ardiente hervir de su encendida sangre.

Así, se lanzó al salon donde estaba el jóven que le habia señalado Margarita. Este se dejó caer, sobre un divan, diciendo : « Me flaquean las piernas. Estoy cansado. » Y á los pocos instantes, aunque luchaba tenaz y porfiadamente con el sueño, procurando levantarse y frotarse los ojos, se quedó profundamente dormido. Entónces entró Eduardo, y se quedó contemplando silenciosamente, en actitud de meditar las consecuencias de la escena infame á que le arrastraban sus desbordadas y tormentosas pasiones.

— Voy á matar, decia á un hombre. Voy á matarle á

sangre fria. ¿Qué habrá en estas pasiones que así me ciegan? ¿Qué habrá en mi corazon que así se conturba y estremece? Horas dulcísimas del amor dulce y tranquilo, ¿qué os habéis hecho? Pero esa mujer, esa mujer me ha trastornado el alma. Mi sangre no se renueva sino al contacto de su aliento, mi corazon no late sino en su presencia, mis ojos no tienen luz si no la toman de sus ojos. Por un beso daria cuanto soy; ¿por qué al recibirlo no he de dar mi alma? Y voy á cometer un crímen, sí, ¡un crímen! ¿Se habrán borrado de mi conciencia las nociones de lo justo y de lo honesto! ¡Ay! En mi alma no hay mas que un pensamiento, no hay mas que un anhelo; triunfar de esa mujer. Verla en mis brazos amante, esa es mi aspiracion única, el deseo encerrado en el fondo de mi alma. Parece que esta pasion me arranca el corazon, y me muerde en mis entrañas, abrasándolas como las tenazas del infierno. Todas estas angustias, todos estos dolores podrán aplacarse el dia en que esa mujer me pertenezca; el dia en que esa mujer me siga y me pida una mirada, como yo ahora la sigo anhelante, y padezca todo el martirio inmenso que yo padezco. ¿Y no es dable para conseguir este fin, pasar por encima de las entrañas de un hombre? El menor de nuestros deseos cuesta la

vida á infinitos séres. Nos alimentamos de la muerte. Cubrimos nuestras carnes con los despojos de todos los séres. En la gota de agua que bebemos para aplacar la sed, destruimos el mundo de infinitos insectos. Y si por todas partes dejamos grabadas huellas de destruccion, de ruinas, de muerte, ¿no ha de sernos posible acabar con un hombre, que se levanta en nuestro camino? ¡Ay! Pero no conozco á ese hombre. No me ha hecho ningun mal...

Y cuando estas reflexiones cruzaban por la mente de Eduardo, se oyeron las apasionadas notas de la Lucrecia que lanzaba al aire la voz de Margarita.

— ¡La señal! sí, la señal del crímen. Ese hombre ha devorado el amor de esa mujer que me trastorna el sentido; ha alcanzado una felicidad indecible, inexplicable, y acaso en sus ensueños se esté burlando de mí. Muera, sí, muera, ya que es necesario para que yo sea feliz.

Y al pronunciar estas palabras, levantado el puñal se dirigió al divan donde estaba durmiendo la víctima.

Pero en aquel mismo instante se oyó una voz dulce, tiernísima, un canto celestial, que parecia descendido de las esferas celestes, una armonía desconocida de oídos mortales, que embargaba los corazones, y se llevaba tras

sí el pensamiento; era una voz que caia sobre el corazon como el rocío sobre la flor; que derramaba una melancolía dulcísima, esa melancolía que solo es dado sentir á la virtud, y que un poeta, en su divina habla, ha llamado la nostalgia del cielo.

Eduardo se detuvo un instante á la primer nota, y retrocedió apénas el canto se levantaba al cielo. Arrojó el puñal en seguida, y abriendo una ventana maquinalmente, se avanzó con delirio á respirar auras que venian bendecidas por tan divina voz. Su vida, turbada momentos ántes, como el mar tempestuoso y agitado, se fué calmando, y poco á poco parecia como el mar sereno, que retrataba las estrellas del cielo. No se atrevia á respirar; tan extasiado y fuera de sí estaba. Y en efecto, el alma tiene alas, y las tiene para volar á Dios. Cuando el lodo del mundo cae sobre las alas, pesan tanto, que no pueden levantarse, ni cernerse en los aires. Pero cuando un soplo celeste las impulsa, vuelven á tomar su rumbo, y nos llevan á lo infinito, que es nuestra patria, que es el centro de nuestras almas. Así, en aquel supremo instante, el alma de Eduardo se levantaba, sacudia el polvo del mundo y volaba en pos del eterno é inmoble norte de la vida. ¿Quién no ha sentido alguna vez ese misterioso y

extraño éxtasis? Así es que ya se habia apagado aquella meliodiosa voz, y aun estaba Eduardo en la ventana embebido en sus pensamientos. Pero de pronto se le ocurrió una idea. « Yo he oido esa voz; sí, yo la he oido alguna vez. » Y entónces vino á su imaginacion el recuerdo de los dias felices de su puro amor y la imágen de Ángela. Entónces vió el mar tranquilo, el cielo sereno, las orillas sembradas de flores, y las flores de mariposas; la aguja del campanario de la aldea, dibujándose en el firmamento, las blancas velas henchidas por las brisas como su corazon de alegría, los amorosos sauces que, movidos dulcemente, gemian como si aprisionaran un alma, la fuente misteriosa, y al lado de la fuente, y bajo los sauces, alimentando en el hueco de la mano con dorados granos de trigo á las blancas palomas, el puro ángel de su primer amor.

Entónces ardió en ansia, en anhelo de ver á Ángela, de preguntar de dónde salia aquella voz, y postrarse de hinojos ante el sér que le habia apartado del crímen, que le habia vuelto á mostrar el cielo de la inocencia. Y al bajar, vió que todos los convidados iban ya desapareciendo, que se apagaban las luces del jardin, y que Margarita, cogiéndole de la mano, decia:

— Huyamos, huyamos.

— ¿Adónde hemos de huir? contestó Eduardo.

— Á ser felices, dijo con entusiasmo Margarita.

— ¡Oh! yo no puedo ser feliz, sino viendo el ser bendito que ha derramado esos cánticos que me acaban de apartar del crímen, pues son el santo recuerdo de mi primer amor.

Apénas pronunciaba estas palabras Eduardo, aparecia el jóven convidado en la escalera, y traia en la mano el puñal, y dirigiéndose á Margarita, exclamaba :

— Os entrego este puñal. Guardadlo. Lo he encontrado al despertar á mi plantas, y os lo entregué un dia como símbolo perfecto de lo que es vuestro brillante amor.

Y saludando despues á Eduardo, salió del jardin. que estaba ya solitario, alumbrado por los opacos rayos de la luna, que se iban apagando en la primera luz del naciente crepúsculo.

— Eduardo, ¿me habéis despreciado? ¿Habéis preferido vuestra virtud á mi amor? ¡ Qué desgraciada soy?

— Esa mujer que ha cantado, ó mejor dicho ese ángel, ¿dónde está, dónde? pregunto el jóven

— Se ha ido.

— ¿Dónde? ¿dónde?

— No sé.

— Es mi primer amor.

— Vos soñáis.

— Ella me inspiró mis primeros sentimientos.

— ¡¡¡Eduardo!!!

— ¿Qué habéis hecho de ella?

— Ya os lo he dicho, se ha ido.

— ¿Hace pocos intantes?

— Muy pocos.

— ¿Hácia dónde va?

— Hácia la playa.

El jóven, sin despedirse de Margarita, afectado por aquella revelacion, combatido por mil distintos pensamientos, salió á la calle, y se dió á correr por las encrucijadas de Nápoles, sin curarse de lo vago de las señales dadas por Margarita, ni de la imposibilidad en que estaba de encontrar á la jóven á tales horas, y en tan intempestiva sazon.

---

## IX.

El ver la impresion producida por la palabra de la jóven cantora en el alma de Eduardo, fué una de las revelaciones que Margarita sintió de lo que pasaba en su corazon. Caprichosa, sin educacion de ningun linaje, con gran talento, acostumbrada á la lucha de las pasiones, corroida por una profonda inmoralidad, sagaz, vengativa, acostumbrada á triunfar de todos sus enemigos, queria vengarse por manos del mas rendido de sus esclavos de los desdenes que á su amor hiciera el mas altivo de sns adoradores.

Pero al ver que no habia tenido poder bastante sobre aquel corazon para inclinarlo al crímen, al ver que un instante, desvanecido por el eco de una voz, aquel amor tan ardiente, pertinaz y rendido, se habia eclipsado, Margarita sintió que la víbora de una gran pasion le mordia las entrañas; sintió que amaba á Eduardo. No le cabia duda, tenia allí el primer amor del jóven, Dirigióse al kiosko, que estaba en lo mas apartado del jardin, é hizo salir á á la jóven.

— Permitidme, anciano, dijo al padre de Ángela, que hable algunos instantes en secreto con vuestra hija.

Y la llevó á un lado del jardin. La luna, hiriendo la pálida faz de Ángela, aumentaba su palidez y su hermosura. Margarita, al mirarla, ardió en horribles celos, celos, sí, en celos por un hombre á quien momentos ántes despreciaba, y de cuyo amor se reia.

Bajo una especie de dosel que formaban algunas hermosas enredaderas, al lado de una bullidora fuente, en la cual lucian algunos faroles á medio apagar, se asentaron las dos jóvenes, y Margarita comenzó á hablar de esta suerte:

— Cantas muy bien, hija mia, muy bien. ¿Por qué no piensas en ir á un teatro?

— Porque mi madre me ha enseñado el camino de la virtud, diciéndome que está muy sembrado de escollos. Y si en esta desconocida senda por donde yo ando encuentro á cada paso espinas, ¿qué no me sucederia si hollase mas anchurosos espacios?

— No me parecen mal las máximas de tu madre, pero voy á hacerte alguna reflexion. Si á los escollos naturales de tu pobreza añades con esos escrúpulos otros escollos, de qué te servirán los dones recibidos del cielo? Pasarás tu vida ignorada y pobre.

— No me importa gran cosa, señora. Yo en el campo canto para mí, para Dios. En el teatro cantaria para los hombres. Preguntadle al jilguero si prefiere la jaula de oro al pobre arbusto, y que su canto regale los oídos de un príncipe, ó se pierda en la inmensidad del espacio.

— Tienes mucho talento, jóven. ¿Y puedo saber de dónde has venido y por qué has venido á Nápoles?

— Os lo diré, señora. No lo oculto. Creo que no debo ni pensar ni hacer cosa que no pueda decirla delante de todo el mundo. Yo he amado mucho. Mas el jóven á quien amaba, ha desaparecido á mis ojos. Y he venido á Nápoles á saber si es vivo ó muerto. Y nada he podido saber aun. Y por eso entro en los palacios. Y por eso canto y mi voz es el reclamo de mi amor.

— ¿Y quién te ha dicho que ese jóven te es fiel?

— Me dice el corazon que no ha podido olvidarme.

— ¿Y cómo se llama?

— Solo sé su nombre. Se llama Eduardo.

Margarita, al oir pronunciar el nombre de Eduardo, sintió tal emocion y tan profunda, que se levantó instantáneamente del asiento; pero reflexionando tambien de una manera súbita en uno de esos instantes en que la reflexion se confunde con el instinto, se volvió á sentar

pálida, demudada, y cogió con fingida efusion las manos de Ángela.

— Eres muy desgraciada.

— Sin duda, muy de graciada. Pero lo soy, porque tengo el íntimo convencimiento de que es desgraciado Eduardo.

Margarita lanzó una de esas carcajadas amargas y sardónicas.

— ¡Desgraciado! Sí, tienes razon, mucho.

— ¿Le conocéis, señora, le conocéis? ¡Oh! Sois muy buena. Sois mi salvacion. Seréis mi guia. ¿Vive, vive?

— Vive.

Un alborozo infinito se pintó en el rostro de Ángela. Dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas, y un suspiro profundo mostró que habia desahogado de inmensa pesadumbre su corazon oprimido.

— Veo que le amáis mucho.

— ¡Oh! no sé decirlo.

— Pero él ama.

— ¿Á quién, á quién ama?

— Á mí, dijo Margarita dándose un fuerte golpe en el pecho, y mirando con altivez á Ángela, que contemplaba estupefacta á su rival.

— Sí. Me ama á mí, á mí sola, decia Margarita. Pero no con ese amor que se contenta con un suspiro, con una mirada, con un recuerdo; que habla del cielo, de los ángeles, de Dios; sino con el gran amor, con el amor de los sentidos, que exhala fuego y ardiente lava, con ese placer inmenso que goza hasta en el crímen, hasta en la deshonra, y que se burla de esa falsa moneda que ha dado el mundo en llamar virtud, que no es sino insensibilidad, frio, nada.

Al oir estas palabras, que ciego despecho dictaba á Margarita, léjos de perturbarse, levantó Ángela con serenidad la frente, miróla de hito en hito, y dijo:

— Señora, no os entusiasméis así. No encarezcáis el mal de esa manera. Os compadezco. Estáis enferma. La úlcera de un mal horrible os lacera el corazon. Curaos pronto, señora; curaos muy pronto, porque corréis grave peligro de perder en flor un alma que acaso Dios haya formado para el cielo.

— No te entiendo, jóven. Amas al mismo hombre que yo amo. Dudabas de su felicidad, de su amor. Acabas de saber que te ha olvidado, y léjos de mostrar dolor ó pena, vienes predicándome á guisa de misionero. ¿Y á eso llamas tú amor, á eso pasion? Já, já, añadió dándose á

todo reir con la risa convulsiva que le era tan peculiar. Eso es fria insensibilidad.

— Señora, veo que afortunadamente no alcanzáis los misterios del dolor. En este mundo tan hermoso á los sentidos, todo es violento y todo fugaz. El placer es intenso, pero breve; el dolor es grande, pero rápido. Las pasiones crecen hasta parecer una gran tormenta moral; pero como la tormenta, son breves y pasan como las ráfagas del huracan por el alma. Hé aquí por qué mi dolor, sereno, tranquilo, vivirá miéntras yo viva, al paso que ese, vuestro engañoso amor, pasará como una exhalacion, como una tromba, sin dejar nada en pos de sí, mas que tristes ruinas.

— ¡Qué lenguaje! Me mueve á maravilla. Confieso que me atrae por lo nuevo, y por lo desusado me cautiva Díme, ¿y tú no envidias el lujo de estos jardines y de estos salones? ¿No desearias los aplausos de las gentes? ¿No vivirias contenta en este mundo?

Como se ve, el alma de Margarita era muy impresionable tambien. Al ver aquel dolor tranquilo que no lloraba, que no se retorcia, que se ocultaba cuidadosamente en el fondo del alma, sentia una especie de admiracion, como si estuviera en presencia de algun grandioso espectáculo de la naturaleza.

— Siento tener que decir todo lo que de este mundo se me alcanza, dijo Ángela. Yo he visto en las playas de mi patria, bajo la cabaña del pescador, á la madre, rodeada de sus hijos, contenta y feliz al repartirles un pedazo de pan moreno y una taza de leche, gozosa en verles levantar sus bracitos, como los pajarillos pian y aletean en su nido cuando les manda la Providencia el pequeño grano de dorado trigo. Pero he entrado en estos salones, en estos palacios, y he visto el esposo casi separado por el respeto y la etiqueta de su esposa; los hijos separados de la madre, y puestos á disposicion ó de un aya ó de un frio preceptor, capaz solo de endurecer los corazones; la naturaleza que humedece y refrigera el espíritu, alejada de aquí, ó cuando ménos, violentada y contrahecha en estos jardines, cuyos árboles me parecen de trapos; y en vez del santo amor, he visto desconsoladora desconfianza.

— Y sin embargo, al fondo de tu cabaña ha ido la desgracia, y te ha maltratado y te ha herido.

— Pero oidme, oidme. Al fin no soy tan desgraciada como vos. Yo, en el fondo de mi cabaña, he conservado la pureza del alma, que vos habéis desgraciadamente perdido en el fuego de estas bujías, en el esplendor de

estos salones. Yo no he hecho mal á nadie, y vos habéis penetrado como una sombra maldita en el cielo de mi amor. Yo sabré padecer, sabré llorar, y vos no os veréis habitada ni por el dolor. Y puedo aun levantar el corazon á Dios, y pedirle para vos felicidad; y vos solo podéis pedir al infierno venganza.

— ¡Ángela! gritó Margarita horrorizada de la verdad de aquella pintura, y de la crueldad de aquel paralelo.

— Mi recuerdo será siempre en vos un remordimiento; vuestra memoria en mí una fuente de compasion. Yo en la soledad del campo tendré á Dios presente siempre en mi espíritu; vos en el ruido de las orgías tendréis presente siempre vuestras acciones y vuestras obras. Yo puedo amar no correspondida; puedo, á despecho de la ingratitud y del olvido, guardar en el corazon y en la memoria el nombre del que una vez amé; vos, en sus brazos, no seréis nunca feliz, ni podréis darle la felicidad, que solo consiste en la virtud de vivir vida tranquila, y en la esperanza de aguardar serena muerte.

— ¡Ah! ¿No se habian de amar? exclamó Margarita, levantándose del banco donde estaba sentada, y dando paseos de un lado á otro, como si quisiera desasirse de una pesadilla. ¿No se habian de amar con delirio? Eran

dos almas puras que se encontraban en el mundo, eran dos corazones que vibraban como las cuerdas de una lira. Ese amor debia ser un canto, la luz de la luna, el rocío, como todo lo que hay puro y divino en la naturaleza. Amaban por la vez primera; amor dulce, tierno, que no se ha propasado á desflorar la virginidad de los labios ni con un beso.

— Y vos, como la serpiente, habéis entrado en ese paraíso, y habéis desvanecido ese dulce sueño de la inocencia, exclamó Ángela.

Al oir estas palabras se rehizo Margarita. Toda la sensibilidad que empezaba á posesionarse de su corazon, se desvaneció, se deshizo como un ataque de nervios pasajero. Asió por el brazo fuertemente á Ángela. y dejándolo despues caer con violencia, la dijo :

— ¿No os bastaba mi confesion? ¿Venís á gozaros en verme humillada? ¿Creéis por ventura que yo he cedido el amor de Eduardo? Cederé, sí, cederé solo por tomar de vuestro orgullo venganza.

— ¡Ah! señora, tenéis razon. Un instante de vértigo y de dolor me ha hecho orgullosa. Perdonadme, perdonadme. Á veces en la amarga espina está la salud, y en la rosa el veneno de la víbora. Todos, todos somos iguales.

Todas las mariposas, aun las de mas bellas y cambiantes alas, son míseros gusanos. Pero confesad que es muy triste verme así abandonada y solitaria, cuando él, sí, él llenaba con su amor el mundo; verme abandonada, cuando yo mas le amaba; verme abandonada, cuando solo pedia á su pasion algun recuerdo ó algun suspiro, ó que alguna vez, de tarde en tarde, viniese á escuchar una cancion de amor, que acompañaba el rumor de aquella fuente, único testigo de nuestra felicidad y de nuestra pasion.

— ¡Pobre Ángela! exclamó Margarita; pero no, no; yo no debo compadecerte. No, no te quedes aquí. Véte, véte. Tienes razon. Eres mi tormento. Lloras, amas. Así que conoces en ti alguna falta, la confiesas. Véte, aborrezco tu virtud, por no aborrecerme á mí misma.

— No me iré. Pienso quedarme.

Al oir estas palabras, ardió en celos, en horribles celos Margarita. Todos sus instintos perversos, dormidos ántes, se despertaron en tropel de repente. Un temblor convulsivo se apoderó de todo su cuerpo. Sus ojos parecian próximos á salirse de sus órbitas. Miraba á Ángela con fascinadora mirada, como la serpiente al pajarillo. Ángela que nunca habia conocido tales luchas, que jamas habia pasado por aquellas tristes circunstancias, sentíase como bajo la

fuerza de un gran influjo magnético, y padecia horriblemente.

— ¿Te quieres quedar? dijo Margarita con acento entrecortado por la rabia. ¿No quieres abandonarme tu amante? Yo lo he arrancado ya de tu corazon. Verás, si te quedas, nuestros abrazos; oirás nuestros besos de amor. Yo me gozaré en verte pálida, trémula, eclipsada esa hermosura por el dolor y por los celos. Me gozaré tambien en ver mi triunfo sobre ti; la fecundidad de mis placeres, y la fria infecundidad de tu virtud. Me gozaré, sobre todo, en verle á él, avergonzado, humillado, triste, dolorido delante de ti, con los restos de su amor en la memoria y la marca del vicio en la frente, padeciendo los mas horribles dolores. Yo....

— Callad, callad por Dios, dijo Ángela cayendo de rodillas á los piés de Margarita, callad. No debo volver á verle. No le haré apurar el cáliz de la amargura hasta las heces. No quiero que al verme fiel, con las palabras de amor en los labios, se muera de vergüenza. Decidle que yo le he sido infiel tambien, qne me he casado por vengarme, para que no padezca. Yo muerta de amor, abandonando por él á mi madre, cantando por esas calles de Nápoles, solo por recoger un rayo de su mirada, yo debia

ser un espectáculo triste á sus ojos. Yo debia derramar un dolor muy vivo en su corazon.

Y Ángela lloraba amarguísimamente; lloraba como si se le partiese el corazon, y añadia las siguientes sublimes palabras:

— Me iré, sí, mé iré. No quiero causarle nuevo daño, haré este sacrificio por mi amor. ¡Ah! señora, cuando vos le veáis, cuando se unan vuestras miradas en un éxtasis infinito, cuando dulces palabras caigan en vuestros oídos, cuando confundidos en un suspiro vuestros corazones os juréis, con voz entrecortada por el delirio de la pasion, eterno amor, ¡ah, Dios, mio! que en aquellos momentos de felicidad la sombra de esta desgraciada no se aparezca nunca á los ojos de Eduardo.

Y diciendo estas palabras, se levantó, se enjugó las lágrimas y se fué donde estaba esperándola su padre, le dió un beso en la frente, y salieron ambos del jardin. La aurora lucia ya con todo su esplendor en el horizonte.

---

## X.

Margarita se quedó extática. No comprendia lo que por ella pasaba; acostumbrada á ver siempre el vicio, la mentira, las pasiones engañosas, aquella virtud, aquella palabra inspirada, aquella abnegacion sublime, que para ella era como completamente desconocida, le robaron la luz de los ojos con sus desconocidos y maravillosos resplandores.

Cuando mas agitada estaba, vino una de sus doncellas.

— Señora, ¿no os acostáis?

— Déjame, María.

— ¿Qué tenéis?

— Un dolor profundo.

— ¿Os ponéis mala?

—¡Oh! sí, sí. Me siento muy mal.

— ¿Queréis que llamemos á un médico?

— No, ya se pasó esta especie de desvario.

— El cansancio de trasnochar...

— No, las profundas emociones... dí.

— ¿Qué os ha sucedido?

— Tú fuiste la que me hablaste de esa hermosa cantora.

— Es verdad, yo fuí.

— Pero ¡en qué mal hora! María.

— ¿Por qué?

— Me ha robado la paz del corazon.

— ¿Con su canto? ¡Pues no parece sino que sea un galan!

— No, con su canto no.

— Pues entónces, no adivino...

— Con sus palabras.

— ¿Por qué la habéis escuchado?

— Tiene un espíritu tan superior.

— ¡Y es una pobre!

— ¡Conoce tan bien el corazon humano!

— Parece una fábula.

— ¡A! es por desgracia verdad.

— ¿Si será una bruja?

— Tiene el sortilegio de la virtud.

— En poco tiempo la habéis conocido.

— En muy poco, y en ese, bien á mi despecho.

— Pues no os curéis tanto de ella.

— No puedo apartarla de mi memoria.

— ¿De esa memoria por donde todo pasa fugazmente?

— Eso mismo te hará ver cuán extraña magia ha usado conmigo esa jóven.

— Pero ¿qué os ha dicho?

— Me ha mostrado cuán superior es á mí.

— ¿Á vos, que sois tan noble y rica?

— Ella ostenta en su frente una corona que yo no podria comprar con todos mis diamantes.

— No os preocupéis tanto.

— Es verdad; pero no puedo desasirme de esa fascinacion.

— Estáis por extremo pálida. Vámonos, sí, vámonos, y os acostaré.

— Sí, vámonos.

Y Margarita se iba, murmurando estas palabras:

— La virtud, la virtud, el amor. ¡Ah! el amor.

En vano pretendió Margarita conciliar el sueño. En su acolorada fantasía se dibujaba con todos sur colores la imágen de Ángela, su amor, su ternura, su desgracia. Y sin embargo, estos recuerdos encendian en su ánimo una gran pasion por Eduardo. Desde el instante en que le

vió amado por un sér superior, inclinóse á estimar en mucho la posesion de su cariño. Así es, que viendo que era punto ménos que imposible atraer el sueño á sus párpados, levantóse, y su primer cuidado fué consultar con el espejo las gracias de su rostro. Á pesar de que el amor propio suele teñir con resplandores de hermosura el espejo, y que la enfermedad mitológica de Narciso acostumbra á ser muy frecuente y vulgar en el mundo, Margarita, al verse pálida, circundados los ojos de una auréola morada, secos y descoloridos los labios, desencajado el rostro, sintió amargura indefinibile, y lanzó un prolongado suspiro de sorda desconfianza.

Habia olvidado que Eduardo no satisfizo su deseo de venganza; habia olvidado tambien su ántes rendido, y por lo mismo despreciado amor; desde el punto en que vió cruzar pequeña nube por el horizonte, la llama de una pasion ántes calculadora habia prendido con intensidad en su alma. Atavióse cuidadosamente, ensayó todos los modales, todos los gestos de su rostro, pues no parecia sino que toda la dura fiereza de su alma se habia tornado vulgar coquetería.

Eduardo tardaba de una manera desusada. Margarita no hacía mas que levantarse, ir y volver á la ventana, pasearse

impaciente por sus magníficas estancias, golpear con fuerza en las puertas, arrugar con rabia el pañuelo que llevaba en la mano, y á veces hasta arrojar algun adorno de china contra el suelo, con el fin de que el ruido y los fragmentos por el suelo diseminados, la distrajesen un tanto de las agudas punzadas que recibia del aguijon de su deseo.

Por fin, se sintió á lo léjos el ruido de un coche. Margarita abrió de par en par las ventanas para ver si era el coche de su amado, aunque se ocultó tras de una cortina, para que Eduardo no conociera su ciega impaciencia. Era en efecto su coche. El jóven se apeó, atravesó con tardo paso el peristilo del palacio, subió la escalera, y entrando en la habitacion donde comunmente se encontraba Margarita, le tendió la mano; pero no con aquella su antigua efusion, sino con señalada indiferencia.

— ¿Qué tenéis? le preguntó Margarita. ¿Estáis enfermo?

— No tengo nada.

— Me engañáis seguramente.

— ¡Margarita!

— Nunca os he visto tan triste.

— Es verdad.

— ¿Y no me es dado preguntaros el motivo?

— Es un sueño.

— Honda impresion ha causado en vos ese sueño.

— ¡Hondísima!!! He visto levantarse mi vida pasada...

— Debe seros muy grato su recuerdo, segun lo encareceis y lloráis.

— Muy grato.

— Y sin embargo, en esa vida yo no represento ningun papel; yo, á quien tantas veces habéis jurado amor.

— No pronuncieis esa palabra.

— ¿Por qué?

— Porque me desgarra el corazon.

— ¡Esa palabra que en vuestro lenguaje poético habéis llamado muchas veces el néctar de la vida!

— Es verdad, néctar, no; mejor dijera veneno corrosivo que se come las entrañas.

— ¿Tan mal os va con vuestro amor?

— Por Dios, no abráis mi corazon mas de lo que está á tristes y pavorosos remordimientos.

— Sí, debéis temerlo; porque la primer súplica de la mujer que amáis la habéis desatendido.

— Sí, infamemente.

— La primer prueba de amor que os exigia...

— La he olvidado.

— Y debéis padecer.

— En justo castigo del cielo.

— Yo que anoche...

— No pude... decia temblando Eduardo.

— ¿Sacrificar la víctima que os habia pedido?

— No, sacrificar á su amor todos mis devaneos, todos mis placeres, y seguir el eco amoroso de su voz.

— ¡Qué revelacion! exclamó Margarita. ¡Qué revelacion! ¿Conque no soy yo, no es Margarita la mujer que amáis?

— ¡Oh! Hay instantes en que ignoro lo que digo. Ya sabéis que os amo, dijo Eduardo con frialdad.

— Sí, no es posible que me asalte la menor duda.

— Si lo supierais...

— ¿Qué voz es esa de que habláis? ¿Por qué huisteis anoche de mi presencia? Hablad, hablad. Os lo exijo.

— No puedo ser nunca franco con vos.

— ¿Por qué?

— Porque no me hacéis caso.

Margarita comprendió que si mostraba demasiado interes por Eduardo, acaso se enfriaria su pasion. Y, mujer calculadora, aun en sus mas ardientes deseos, comenzó á encubrir bajo un velo de indiferencia su interes.

— Pues si no os curáis gran cosa de que yo sepa vuestros secretos, poco me importa. Ya sabéis que nada de cuanto ocultáis puede hacer gran mella en mi ánimo.

— Lo sé, dijo Eduardo animándose. Lo sé por dolorosa experiencia.

Margarita vió los buenos efectos de sus cábalas, y continuó fingiendo bostezar.

— Ya veis, vuestras historias me fastidian mucho ántes de saberlas. Hablemos de otra cualquier cosa. Mirad, aquí tengo un ramo del baile de ayer. Ya está casi seco.

Y dirigiéndose á un velador donde habia un riquísimo jarro de porcelana, tomó un ramo, y volvió á su confidente.

— Mirad. Esta rosa, es regalo del príncipe de Mantua, que al ponerla en mi mano, dijó : « Á vos, la rosa de mi amor. » Este jazmin es del jóven poeta aleman Ludof, que al ponerlo en mis cabellos, exclamó : « Así os embriague su aroma, como á mí me ha embriagado vuestro aliento. » Esta rama de albahaca es del ya machucho consejero del rey, que á vos tanto os importuna. « Ya que no me queréis amar, os regalo todo mi odio, disponed de él como queráis. » Esta violeta es de un pintor distinguido

que se ha enamorado de mi platónicamente. En cambio este clavel es la prenda de un beso...

— ¡Margarita! exclamó Eduardo, cuyo semblante se habia animado al compas de aquellas mal intencionadas palabras. Margarita, me estáis clavando un puñal en el pecho.

— Sois muy aficionado á huecas, vanas y pomposas frases. Me habiais prometido contar vuestra vida, y os escuchaba. Yo, como no puedo guardar memoria de tiempos muy lejanos, compenso vuestra falta, contándoos la vida de esta última noche, de la cual es cada flor un símbolo.

— Es verdad. Y cada una de esas flores tiene millones de espinas que se clavan agudas en mi corazon, y lo taladran.

Tal era el carácter de Eduardo. Movible y cambiante por costumbre, su alma se dejaba arrastrar del bien y del mal, como la paja del viento. La voz de Ángela le arrobó el alma. Las palabras de Margarita volvian á despertar fibras de su corazon ántes dormidas. Indeciso siempre, incierto en ideas y pasiones, no merecia el gran amor que inspiraba. Un beso de Margarita le arrastró al crímen; un eco de la voz de Ángela, le apartó del crímen. Un re-

cuerdo de Ángela le extasiaba, y algunas palabras de Margarita le sacaban de su éxtasis. En el fondo de aquel corazon no habia mas que una pasion verdadera, de la cual veremos mas adelante dar claras muestras; la ambicion, el deseo de popularidad, el afan de cosechar aplausos. Y el despreciar á Ángela se explica por la oscuridad en que yacia la jóven; y el amar á Margarita se explica tambien por el gran nombre que la hermosa dama tenia en la alta sociedad de Nápoles.

Esto no obstaba para que la índole de estas pasiones fuera distinta, y en ellas hubiera algo de verdad, algo de entusiasmo.

— Ya os he contado mi historia. Contadme ahora la vuestra, os lo ruego.

— Ya sabéis que es imposible que á mi edad hayáis sido vos mi único amor.

— Lo sé, lo comprendo.

— Yo he amado.

— ¿Ya no amáis?

— Ahora os amo á vos.

Margarita contestó á estas palabras con una sonora carcajada; pero si Eduardo la hubiera atendido, hubiera notado en ella una amarguísima amargura.

— Volvia yo de mis viajes á Francia; volvia deseoso de pisar el suelo de la madre Italia. Para mí no habia descanso posible. Mi alma volaba por las costas como la gaviota. Llegué, besé el suelo sagrado de la patria, y me creí feliz. Sin embargo, perdí mis aficiones marinas. Vivia en una barca en el mar, contento con verme en sus ondas dulcemente mecido. Andaba tras esas hermosas campesinas, inocentes, lindas, que resucitaban á mis ojos las pastoras de Sannázaro. En una de mis contínuas excursiones, encontré á una jóven. ¡Oh! nunca la viera, nunca. Quedó mi alma prendida á su alma. Aquel amor era puro, dulce, tierno. Era el primer amor de dos corazones que se abrian dulcemente á la vida. Pero yo no podia persistir en aquella pasion sin grave riesgo de mi porvenir, y sin grave daño de mi amada. ¿Podria yo unirme á ella? No Ni lo consentia mi alcurnia, ni mis intereses. ¿Debia yo seducirla? Confieso que jamas tan negra idea cruzó por mi mente. Yo deseaba conservar siempre puro y traspareute aquel vaso de bendicion que habia encerrado las primeras ilusiones de mi alma. ¿Debia continuar engañándola? De ninguna suerte. Eso era indigno de mi carácter, impropio de mi naturaleza. En tal estado, ¿qué hacer? ¿Abandonarla? Lo pensé mil veces. Pero no podia, no po-

dia. Hé aquí que una tarde os aparecisteis vos á mis ojos. Entónces comprendí que habia en el mundo pasiones superiores á la que yo habia sentido por Ángela. Comprendí que habia pasiones que enardecian la sangre, que trastornaban el seso, que enloquecian, que mataban. Desde aquel punto el sacrificio, ántes tan costoso, fué fácil, fué hacedero. Yo no volví á verla. Alguna vez el recuerdo de su amor viene á mi memoria. Pero huye, sí, huye rápidamente, dejando en mi alma ligera y vana huella. Y sobre todo, cuando os oigo, cuando os veo, curada la herida, aquel amor se borra de mi corazon y de mi memoria.

— Pues bien, Eduardo; debo hablaros con entera confianza. No creo en vuestro amor hácia mí.

— ¿El olvido de Ángela no es bastante?

— ¿Quién me asegura que mañana no me olvidaréis así?

— ¡Justo castigo de mi crímen!

— Y sin embargo, Eduardo... Yo no... no...

— ¿Qué vais á decir?

— Tenéis razon. Lo ocultaré dentro del pecho.

— Margarita, hacedme feliz, dijo con acento febril Eduardo.

— Mi felicidad consiste...

— ¿En qué ? Hablad, hablad. ¿En qué?

— Mi felicidad está en amarte, Eduardo.

El jóven abrió los brazos y estrechó delirante contra su corazon á Margarita. Esta, como si un súbito arrepentimiento la sobrecogiera, se apartó de los brazos de Eduardo, y con ademan imperioso, le dijo :

— No me sigáis, no me sigáis.

El jóven se quedó como petrificado ante aquel imperioso, ademan, y aquel decidido mandato.

Y Margarita, levantando los brazos al cielo, exclamó con acento desesperante y acongojado :

— ¿Por qué se lo habré dicho ?

Y se perdió en las habitaciones interiores del palacio.

## XI.

Miéntras pasaban estos sentimientos por el corazon y estas ideas por la mente de Eduardo y Margarita, Ángela rogaba á su padre que se apercibiese á partir de Nápoles porque ya era imposible que por mas tiempo permaneciesen allí.

— Has llorado mucho, la dijo el padre. Veo en tus mejillas las huellas de las lágrimas.

— ¿Por qué negarlo? He llorado mucho.

— Hija mia, deposita tus penas en el corazon de tu padre.

— ¡Ay! Son tan grandes....

— Habla, habla. ¿Dudas de mí?

— Vámonos, vámonos de Nápoles. Yo no puedo respirar aquí.

— Ángela, sí, nos iremos.

— Vámonos á nuestro campo, á nuestra casita; á ver á mi madre.

— ¿No te decia yo que debíamos no haber salido de allí? No queréis nunca creer á vuestros padres.

— Tenéis razon. He faltado mucho á vuestro amor, el único que hay permanente en la tierra; por eso Dios me castiga.

— Hija mia, nosotros miramos la vida de una manera limitada. No podemos abarcarla toda. Creemos que la satisfaccion de un deseo justo es nuestra felicidad, nuestra ventura. Dios, que abarca la vida en su conjunto: Dios que conoce el fin último de todas nuestras obras, saca del mal de hoy la felicidad de mañana.

— ¡Feliz yo sin él! ¿Lo creéis posible? Esa pasion es la sangre de mi corazon. Yo no tengo la culpa de haberla sentido tan extraordinaria, tan profunda; conozco que se lleva tras sí mi vida.

— Haz frente á tu corazon. La vida es una perpétua lucha. Tú sabes que he caido desde la mas alta grandeza á este mi hoy triste abatimiento. Y sin embargo, cuando recuerdo que á veces ha sonreido en mi humilde cabaña de hoy una ventura no conocida en mi gran palacio de ayer, me postro y bendigo la bondad de Dios.

— Yo no puedo ser feliz. Este gran amor que brotaba como pura fuente de mi alma, va á perderse en el estéril

olvido. Este corazon que latia con tanta fuerza, se esteriliza y queda como seco. Vivir así es vivir de la muerte.

— Te comprendo, hija mia. Crees que tu vida no podia tener mas objeto que hermosear la vida de un hombre. Crees que tu hermosura, tu voz, tu imaginacion, tus virtudes son un depósito que Dios te confía, para que las entregues mañana á un hombre.

— Sí, sí. ¿ De qué sirve la vida, si no va á dar sávia á otra vida ? ¿ De qué sirve el corazon si no tiene objeto ? ¿ Qué son todas las virtudes en la soledad, sino flores nacidas en desierto ?

— ¿ Y crees que la flor del desierto no es mas provechosa á la gran obra de Dios, que la flor nacida en el jardin ? Esta suele servir para secarse en un baile; para regalar con sus aromas la vanidad ó el lujo. Aquella, desconocida, ignorada, purifica con sus aromas el aire y da tranquila á la tierra su semilla, de que despues brotan nuevos frutos, que alimentan al peregrino extraviado ó á las aves del cielo.

— Por mas que vuelvo la vista á todas partes, nada veo mas que el abandono. Yo en su pensamiento volaba al cielo. Su alma era como el ángel, que en sus alas lleva la oracion á Dios.

— Ángela, cúrate de esa debilidad. Algun dia te avergonzarás de ti misma. No busques nunca la felicidad fuera de ti.

— ¡Oh, padre mio! Yo creia que Eduardo habia sido creado para mí. Cuando le vi por vez primera, me quedé suspensa. Habló, y el eco de su voz resonó siempre en mis oídos; eco mas dulce que el gorjeo de las aves. Volví á verle, y alcancé á comprender que habia nacido para amar. Nunca la naturaleza me pareció mas bella. Nunca he respirado con mas desahogo. Nunca he plegado mis manos ni me he dirigido á Dios con mas fe. Me parecia que mi vista traspasaba el cielo, y traslucia ya la gloria. Me parecia que mi sér se trasformaba, que á mi alma se prendian nuevas alas. Por la noche, ¡con qué placer recibia en mi frente el amoroso rayo de la luna! Por la mañana, ¡con qué alborozo saludaba el naciente sol! Y ahora, ¿de qué me sirven las galas de la naturaleza? No quiero ya ni el pensamiento, ni la memoria, ni el corazon, ni la vida; no la quiero sin él. ¡Oh! la muerte, la muerte.

— Ángela, no insultes á Dios; no te presentes á sus ojos como no eres, como no puedes ser. Sal de ese estrecho círculo que te oprime. Vuela, vuela por mas altas

esferas Recuerda que existe, no solo el hombre, sino tambien la humanidad, y que todos á la humanidad nos debemos.

— Padre, no saquéis al insecto de la pequeña hoja á que vive apegado para lanzarlo en un mar de verdura, porque allí se morirá de hambre. No saquéis á la alondra de su nido para arrojarla á las nubes, porque en tan alto espacio se morirá de frio. No me digáis nada de humanidad á mí, porque creo que me faltaba amor para un solo hombre.

— ¡Infeliz! ¡Y ese hombre te ha faltado!

Ángela se cubrió el rostro con las manos.

— ¡Te ha faltado, hija mia! Le amabas demasiado; su amor absorbió tu alma. Dá gracias á Dios porque ahora vuelves á recobrarla; porque ahora ya te perteneces, porque perteneces á tus padres; dá gracias á Diós, Ángela.

— ¿Y no puedo libertarle del mal en que va á caer? ¿Y nada puedo hacer por él? ¡Oh! Nada, nada.

— Volvámonos, hija mia, á nuestra cabaña. Allí recobrarás la salud del alma.

— Es verdad, es verdad. Veré la fuente. y le contaré que ya no me ama. Diréle su ingratitud á las palomas que bajaban á comet el trigo en mis manos. ¡Oh! Y por todas

partes he de encontrar huellas de mi amor. Imaginad que el mundo se desplomara bajo de nuestras plantas. Eso, eso me ha sucedido. El mundo se ha desplomado bajo mis piés. Yo no, no encuentro en él espacio.

Por mas reflexiones que el pobre anciano hacía, le era imposible mitigar el dolor inmenso de Ángela. Por fin se partieron de Nápoles. Yendo siempre á la orilla del mar, emprendieron sin mas compañía que sus lágrimas el camino de la aldea. Ángela iba cantando siempre, á veces entre dientes, una cancion á Eduardo. Cuando llegaban á algun caserío, á algun pequeño pueblo, se detenian, y Ángela cantaba con gran admiracion de todos cuantos la oian. La pequeña retribucion de este divino canto, les servia para comprar un poco de pan. Así iba aquel interesante grupo. Si un poeta los hubiera encontrado á la orilla del mar, bajo uno de esos antiguos árboles, que levantan su copa sobre la inundacion de los siglos, y hubiera visto el dolor del pobre anciano, la tristeza que se pintaba en la frente y en los ojos de la hermosa jóven, hubiera creido ver á Antígona cuando iba por los caminos y los campos conduciendo á su padre, el desgraciado Edipo, y hubiera adorado en aquellos dos séres la resurreccion del ensueño de Sófocles.

El dolor de Ángela iba tomando un tinte de resignacion y de melancolía indefinible que, sin quitarle su intensidad, le daban mas reposo y mas calma. Su primer impulso fué arrebatado. Despues el deber formó en su alma como una segunda naturaleza y entró en las leyes normales de su existencia. Pero todos estos cambios, todas estas grandes trasformaciones, aumentaban la dulzura, la pureza, el encanto de su voz.

En la aldea fué celebrada con gran regocijo su venida. Su anciana madre salió á recibirla, no léjos del sitio donde se habian despedido anteriormente. Ángela se arrodilló al verla para recibir su bendicion; despues, acercándose trémula, cayó en sus brazos deshecha en lágrimas. Las jóvenes saltaban regocijadas en su alrededor, y Ángela, secando sus lágrimas, las recibia á todas en sus brazos con efusion. Las jóvenes dieron al vuelo las campanas de la iglesia en celebridad de su venida, y cubrieron de flores las calles por donde habia de pasar. Aquella noche, cuando Angela dormia, se oian en la calle las panderetas, y á la luz de la luna bailaban en celebridad de su venida la *tarantela* todas las mas apuestas y hermosas jóvenes del pueblo. Rayó el alba en el horizonte, y con el alba el recuerdo de su amor en el alma de Ángela. Estaba

hermosa y serena la mañana. Parecia que la naturaleza se asociaba á la alegría del pueblo. Ángela abrió la ventana, y al primer rayo de luz vió la campiña mas hermosa, aun cuando iluminada por el crepúsculo presenta la indecision misteriosa de un templo. Las barcas del pescador comenzaban á mecerse en las ondas. Las puertas de todas las pequeñas casas se abrian. Las campanas saludaban á la Vírgen, que parecia sonreir en las sonrosadas nubes que se descubrian en los límites del horizonte.

Era una mañana serena, como aquella en que abandonó su aldea. Entónces batallaba en la duda. La fria realidad dominaba ahora en su alma. « ¿Será posible el olvido de Eduardo? pensaba Ángela. ¿Y cómo vivo yo? decia. ¡Oh! Yo no debo amarle, no, cuando vivo, ó al dolor no mata. » Y pensando así, bajó á la playa, miró el sitio donde atracaba su barca. Las ondas dormidas reflejaban el cielo como el alma inocente del niño en su cuna. « ¡Por qué venias, exclamaba Ángela, si habias de abandonarme! »

Subió á la pequeña colina donde aguardaba siempre la aparicion de su barca. Al ver el mar tan sereno, olvidó por un instante Ángela su infortunio. Estaba tan alegre el mar, tan tranquilas sus aguas, las brisas apénas las

rizaban, y el sol, pronto á subir centelleante de gloria, les daba tan encantadores y vistosos reflejos, que Ángela creyó un instante que el mar se alegraba así por la presencia de Eduardo. Bien pronto huyó aquella ilusion y prosiguió su camino. Acercóse á un árbol como atraida por un ciego instinto. ¡Oh dolor! En su tronco estaban los nombres de Eduardo y Ángela enlazados, y á su pié una cruz donde el jóven habia jurado eterno amor. Ángela se quedó un instante contemplando aquel juramento. « Mas han vivido, decia, las flores de ese árbol que mi felicidad. » Y continuaba en aquella dolorosa peregrinacion visitando los lugares testigos de sus inocentes amores. ¡Ah! El hombre como el árbol suele ligarse al suelo, y cree que ciertas pasiones resucitan cuando pisa el lugar donde brotaron.

Ángela llegó á la fuente. Sus aguas corrian puras deslizándose en grata y cadenciosa armonía. « Aun corren, decia, esas aguas en que tantas veces, cuando yo dudaba de sus palabras, me decia que mirara, para que notase que la paz de mi rostro hacía traicion al recelo de mis labios. » La fuente corria y su amor se habia secado. ¿Quién podía creer que una peña habia de ser mas blanda que el corazon humano?

Cruzaban por todas partes y en todas direcciones las palomas, blancas como las ilusiones. ¡Oh! En la naturaleza todo sobrevive, permanece. En el espíritu del hombre todo muere, todo cambia. Los árboles levantaban sus copas al cielo; el mar no habia retrocedido ni una línea, el cielo conservaba sus arreboles, sus varios giros el aire, su grato murmullo la fuente, su canto los jilgueros, su vuelo las palomas, y el alma de Ángela habia perdido su amor. Al hacer estas y otras reflexiones la pobre jóven se dió á llorar Sintió un ligero ruido, volvió la cabeza, y vió al pescador á quien llamaban en el pueblo Genaro.

— ¿Lloras?

— Sí, sí; dijo Ángela.

— Yo tambien he llorado.

— Lo siento.

— Y he llorado por ti.

— No me lo digas, exclamó Ángela, juntando en actitud suplicante las manos.

— Yo seguia las huellas de tus pasos, besando donde recordaba que tú habias puesto el pié.

— No me martirices.

— Yo iba á la ermita solo para ver el ramo que habias puesto al pié de la peana de la Vírgen.

— ¡Oh!

— Y eso que sabía que no habias puesto tal ofrenda por mí.

— ¡Genaro!

— Yo tambien bajaba á la playa á mirar el sitio, de donde tú mirabas el mar miéntras yo miraba tus ojos. Y eso que sabía que no me mirabas á mí.

— ¡Infeliz!

— Yo he suspirado al pié de esa fuente, donde tú suspirabas por tu amor. Y ahora, miéntras tú lloras por él, yo estoy llorando por ti....

Y los sollozos ahogaron la voz del pobre pescador.

Ángela, demudada, pálida delante de aquel hombre, que tan sublimemente expresaba su pasion, levantó los brazos al cielo, exclamando: « Señor, Señor, ¿por qué hemos de ser todos tan desgraciados? »

Á los pocos momentos descendió silenciosamente de la colina con los ojos llenos de lágrimas, y el corazon desgarrado por horribles é intensísimos dolores. Pero el dolor iba siendo ya en su alma como una segunda naturaleza. Así, aquella desesperacion se fué trasformando hasta convertirse en una melancolía, dulce sí, pero dolorosa. Poco á poco se fué connaturalizando con todo cuanto la rodeaba; poco á poco tambien el dolor fué siendo como el alma de su alma, como la ley y norma de su vida.

## XII.

Una grande, una inmensa é indefinible desgracia vino á colmar el dolor de Ángela. Murió su padre. La edad, mas bien que el dolor, cortó el hilo de los dias del anciano. ¡Terrible desgracia, que vino á oprimir con amarga opresion á la desgraciada Ángela! Sus lágrimas, que parecian manar de fuentes inagotables, se secaron. El dolor tomó esa tristísima aridez que lo hace mas horrible, mas desastroso, mas triste aun de lo que por es naturaleza.

La pobre madre de Ángela se moria de pena en aquel campo donde estaban las cenizas de su esposo, en aquella vivienda, testigo de sus desgracias. Ángela no queria, sin embargo, abandonar aquel pueblo. Era el cuadro de su antigua dicha, el espacio donde lució un dia su felicidad. En aquel recinto le era mas grata la vida. Muchas veces habia pensado que acaso la naturaleza le destinara morir, y habia deseado ser enterrada bajo el sauce que oyó su primer juramento de amor. ¿Pero le era dable el estar

allí? No. El destino la empujaba á Nápoles. Su pobre madre no podia ya trabajar. Su padre habia muerto. Era necesario, indispensable, que fuese ella el sosten de la autora de sus dias. Cuando estuvo en Nápoles, su voz y su canto se llevaban tras sí todas las gentes. Las puertas de todos los teatros de Nápoles se hnbieran abierto para ella. Ángela se acordó de esto.

Su corazon temblaba. Consideraba una gran desgracia aquella necesidad de dar en un teatro su voz al viento; pero se decidió á ello por la mas santa de las causas, por el mas noble de los propósitos; por el bien de su madre. Ásí un dia, cuando la vió mas apurada y entristecida, dobló ante ella la rodilla, y acariciándola con indefinible ternura, le dijo:

— ¿Qué tenéis, madre mia?

— El dolor de males presentes, el triste presentimiento de mayores males.

— ¡Oh madre mia!

— Lo que mas siento es tu miseria.

— De poco os apuráis.

— Es muy triste ver venir el dia sin tener un pedazo de pan que llevar á la boca.

— Eso no puede sucedernos.

— Acaso, hija mia, nos suceda mañana.

— Mañana salimos para Nápoles.

— ¿ Y en Nápoles ?

— Se mejorará nuestra suerte ; nadaréis, madre mia, en la abundancia. Yo pienso entrar en un teatro.

— ¡ Oh ! No, no, Ángela, ántes la muerte.

— ¡ Madre !

— Hay tantos abismos en esa vida....

— No para vuestra hija, que por desgracia conoce ya esa misma sociedad, en que apénas ha vivido.

— Pero, hija mia, para ti es un inmenso sacrificio.

— ¿ Y qué no debo yo hacer por mi madre ? Sí, sí, nos iremos.

Ángela cautivaba el corazon de su madre. Así es que no se atrevia á replicar á su demanda.

Á los pocos dias abandonaba Ángela su pequeña aldea. La tarde anterior recorrió uno por uno todos los sitios donde habia pasado alguna hora de felicidad, algun instante de dulce y puro amor. Le parecia aquella una segunda separacion de Eduardo ; le parecia que iba á dejarse en aquellos sitios el alma : tan grande era su dolor.

Genaro acompañó á Ángela de nuevo en su regreso á Nápoles. El dia era hermosísimo. El cielo resplandecia

iluminado por los ardorosos rayos del sol. El mar se rizaba muelle y blandamente bajo el soplo vivificador de las dulces y suaves brisas. Todo era allí hermoso. Sentada Ángela, miraba las riberas que huian, y á sus piés, tendido Genaro, miraba embebecido á Ángela. Ni una esperanza nacia en el corazon de aquellos jóvenes; ni una ilusion surcaba ya por sus almas. Los dos padecian; los dos lloraban sumidos en la desesperacion. Por fin llegaron á Nápoles. Ángela, al despedirse de Genaro, sintió un dolor vivísimo, hijo de la profunda compasion que le inspiraba su irremediable desgracia. Genaro se volvió á su solitaria aldea. Ángela y su madre se perdieron en los laberintos inmensos que forman las calles de Nápoles.

## XIII.

Volvamos al otro grupo de esta nuestra narracion, á Margarita y Eduardo. Pasados ya algunos meses despues de la llegada de Ángela á Nápoles, conversaban al anochecer de esta suerte Eduardo y Margarita.

— No vi jamas pretension mas ridícula, decia Eduardo.

— Hé ahí, Eduardo, lo que es tu amor....

— ¡ Que me case !

— Sí, que te cases.

— ¿ Contigo ?

— Ya que conmigo no quieras.... cásate con otra.

— ¿ Te es indiferente ?

— Casi, casi.

— ¡ ¡ ¡ Margarita ! ! !

— ¡ ¡ ¡ Eduardo ! ! !

— ¿ Indiferente ?

— Pues yo he decidido casarme.

— Tú, ¿ con quién, Margarita, con quién ? ¡ Oh !

— No te asustes, Eduardo. Contigo.

— ¿Conmigo? ¿conmigo? ¡Oh! Lo que es conmigo... Ya, lo que es... Eduardo no sabía qué decir: tanto le aterró aquella amenaza.

— Veo que te has demudado.

— No lo creas.

— No me lo ocultes. Sé leer en tus ojos.

— Eres muy mal intencionada.

— Mira. Se me ha ocurrido de pronto esa idea; pero guárdate de que la acaricie mucho.

— Sería el complemento de mi felicidad... dijo mas que forzado Eduardo.

— Gracias, caballero. Dad mas apariencia de verdad á vuestros cumplimientos.

— Pero, vamos á cuentas. No atino con la razon de esa extraña manía.

— Vamos á cuentas. Ya atino la razon de tu miedo.

— Yo miedo... Pero como tantas veces has declamado leyendo á Jorge Sand contra el matrimonio....

— ¿Pues no puedo yo cambiar de opinion? Me disgusta ya el melodrama de la vida, y me voy acostumbrando á la prosa.

— En otro tiempo hubieras dicho á la tragedia.

— Es igual. Me gusta variar, variar mucho.

— Ya sabes que solo en una cosa te pido la constancia, en la pasion que me profesas.

— En esa quedará el fondo; no variará nada, absolutamente nada mas que la forma.

— Pero ¿lo vas pensando, Margarita, seriamente?

— Muy seriamente.

Eduardo se dió á reir con estrépito.

— No me provoques con tu risa.

— Casi, casi te desafío...

— Haces mal, Eduardo, muy mal. Sabes que siempre he triunfado.

— ¿Cuándo? Al fin la victoria ha sido siempre mia.

— Acuérdate de tus paseos por el mar.

— Sí, me acuerdo.

— Acuérdate de tus amores románticos.

— Una nube de sombria tristeza pasó por la frente de Eduardo.

— Pues bien, dos grandes batallas eran de tu vida, dos grandes fines de tus deseos, y yo te arranqué á uno y otro.

Eduardo se cubrió el rostro con las manos, exclamando:

— Es verdad, verdad.

— ¿Te avergüenzas de ti mismo?

— Á veces sí.

— Pues mas te avergonzarás cuando veas cumplido este último capricho mio.

— ¿Y lo dices con esa sangre fria?

— Y sin embargo de avergonzarte, lo harás.

— No lo haré.

— Ya sabes que recurro siempre á un fácil expediente.

— ¿Á cuál?

— Al de arrojarte de mi casa como se arroja á un perro.

— ¡Es un recurso tan gastado!

— ¡Ah! Te conozco mucho, muchísimo. Y esos y otros recursos producen siempre en ti sus resultados.

— Mudemos de conversacion.

— Es verdad. Esta se va agotando. ¡Ah Voy á hablarte de lo que acaso ignoras.

— ¿De qué?

— De la gran novedad que nos prepara nuestro teatro.

— ¿Sí?

— Una jóven, Eduardo, que dicen es la maravilla del mundo, se presenta en la escena.

— ¿Conque tenemos, decias, gran funcion en el teatro de la Ópera?

— Dicen que es verdaderamente extraordinaria.

— No he oido hablar de tal cosa.

— Se trata, querido Eduardo, de una jóven que canta como un ángel.

— ¿Y cómo se llama?

— Se llama Ángela.

Y Margarita clavó con profunda intencion los ojos en el rostro de Eduardo, que manifestaba una impresion profundísima.

— ¡Ángela! Sí, ¡Ángela! decia Margarita. Parece que te impresiona mucho ese nombre. Eduardo, Eduardo, tú me ocultas algo.

— No, nada, nada.

— ¿Iremos á la Ópera?

— Iremos.

Y Eduardo se levantó en ademan de despedirse. Margarita le saludó ceremoniosamente, y acabóse así aquella entrevista. Sin embargo, la idea del casamiento no se apartaba ni un instante de la mente de Margarita, al paso que la idea de Ángela atormentaba la mente de Eduardo. La jóven queria á toda costa dominar hasta ese punto el corazon de Eduardo, por lo mismo que se habia mostrado indeciso, incierto, al oir esta idea. Ademas, despues de los grandes devaneos de su vida, de los cuales no sentia

arrepentimiento, miraba el matrimonio como la realizacion de un capricho. Primero apuntó sin ninguna intencion esta idea, y así que la vió rechazada por Eduardo, se enamoró de ella como de un gran imposible. Y pensó gravemente en realizarla. Para esto contaba con la siempre creciente debilidad de Eduardo.

La ley de contradiccion, natural en el hombre, era, digámoslo así, la ley constitutiva de Eduardo. Puede decirse que á un tiempo mismo amaba á Margarita y á la desgraciada Ángela, Cuando su alma se despertaba y sentia deseo del amor casto, puro, de ese amor cuya tristeza es mas dulce que todas las epilépticas alegrías de la sociedad y del mundo, presentábase á su imaginacion, como un ángel descendido del cielo, la imágen purísima de su primer amor. Cuando anhelaba apurar el placer, sentia ese amor que consiste en la embriaguez de los sentidos; aparecíase á sus enardecidos ojos, con todos sus encantos, la imágen de Margarita. Pero desde el punto en que principió la lucha, el placer habia vencido á la felicidad; el beso ardiente, á la mirada casta; el instinto pasajero del sentido, al eterno amor del alma. Eduardo, en quien el amor puro estaba como dormido, á manera de un genio tutelar, que cerraba los ojos, por no ver las impurezas

de su alma; Eduardo, decia, tornábase á contemplar esta inexplicable felicidad, cuando el tiempo ó la casualidad le llevaban algun suspiro, algun recuerdo, algun eco de ese hermosísimo y divino mundo, iluminado por la nacarada luz de lo misterioso y lo infinito.

¡Ángela en Nápoles! pensaba. La primera ilusion de su alma, el primer amor de su corazon iba á presentarse en el teatro, y á entusiasmar con aquella divina voz, que Eduardo escuchaba extático bajo el sauce, á millares de séres, que irian á tributarle frios aplausos; pero no el fuego de aquel amor santo, que purificaba su alma, y la desligaba de todos los lazos de la tierra. Y él, para quien aquella voz se habia creado, la habia dejado; él, para quien era aquella alma de artista, la habia olvidado.

En algunos momentos pensaba buscarla, caer de hinojos á sus plantas, pedirle perdon, declararse su esclavo, unir ante Dios eternamente su corazon al corazon de aquella divina mujer, huir con ella á la soledad, al campo, y pasar una vida tranquila, dichosa, serena, ocupado en el trabajo, en la felicidad de su amada y en la educacion de los hijos que le concediera el cielo.

Pero en el mismo instante en que hacía todos estos propósitos, se revelaba contra ellos el instinto, veia por

doquier engañosas fantasmas de placer; se acaloraba su mente en el vapor de los festines, de las orgías, y abandonándole aquel su primer amor, caia en la degradacion y en el vicio falto de fuerzas para contrastar su deletéreo influjo. Así es que el nombre de Ángela, mas bien que una realidad, era en su alma el recuerdo y la esperanza de otro mundo mejor, el ideal de la virtud, la aspiracion á un perfeccionamiento con que soñaba su alma; bien que sin el poder bastante para seguir los avisos y enseñanzas de ese sueño celeste.

## XIV.

Por fin llegó el dia en que daba Ángela principio á su carrera artística. Y ¡ cosa singular ! á los pocos dias se celebraba el casamiento de Eduardo con Margarita. Esta habia puesto en juego todos los medios de que se puede valer femenil ingenio, para inclinar primero, y arrastrar despues á tal determinacion á su amado Eduardo, que en sus horas de hastío apénas se acordaba de Margarita, y en sus horas de exaltacion obedecia á cuanto Margarita mandaba, pues la primera consecuencia del vicio es arrebatar la libertad al espíritu ; la libertad, ese soplo divino, que solo á la virtud le es dado conservar en toda su prístina pureza. Así Eduardo, que comenzó por resistir, concluyó por ceder : á tal punto habia llegado, que bien podia decirse que el sentido moral estaba muerto en su conciencia. En la alta sociedad de Nápoles no se hablaba de otra cosa, y el objeto de todas las burlas y hablillas era la longanimidad y decision de Eduardo.

Lo singular del caso está en que el amor de Eduardo y Margarita habia llegado al período del cansancio y del hastío. El jóven habia logrado de Margarita cuantos favores podia imaginar el deseo. Pero esta, que conocia cuán fácil le hubiera sido en los tiempos en que Eduardo estaba á sus plantas, alcanzar el matrimonio, no se le ocurrió esta idea, sino cuando calmada por el triunfo aquella primera excitacion podia conseguir el logro de este deseo con sus arterías, y por lo mismo con mas gloria para su voluntad, nunca indecisa cuando se trataba de grandes y trascendentales empeños. La vida es una gran batalla, y el mundo un campamento.

Pero volvamos los ojos al gran teatro de Nápoles. Pocas veces se habria visto un espectáculo mas grande y mas magnífico. Iluminado esplendorosamente, rebosando en gente, adornado por infinidad de hermosuras, en cuyos semblantes se pintaba el anhelo, la curiosidad; cargado de dulces armonías y de embriagadores aromas el aire, el teatro representaba admirablemente la grandeza del acontecimiento artístico que habia anunciado la pública fama.

Se ponia en escena *La Lucía*, esa divina ópera de Donizetti, que ha unido el profundo espíritu del Norte con

el brillante espíritu del Mediodía; ese canto de amor que sumerge en sublime tristeza nuestras almas; ese quejido de un corazon desgarrado por el dolor, que vuela con el pensamiento y el deseo al cielo; notas dulcísimas, que parecen lágrimas caidas en el lago de la vida; suspiros de esperanza y dolor, que se difunden por los aires y ascienden á Dios, como la pasion que los inspira, y que no cabe en los estrechos límites de la creacion. Cuando oimos esa música divina, y su plañidera tristeza se apodera del corazon, y sus armonías borran toda otra idea de la mente, y nos perdemos en el pensamiento que exhalan todos aquellos cánticos, parécenos oir el lloro de un ángel que, desterrado del cielo, siente la nostalgia, el deseo de volver á su patria. Nunca se comprende mejor que el artista es un ángel desterrado como cuando se oyen esos sublimes cánticos.

Mas á pesar de la hermosura de los cánticos, el público asistió frio, indiferente, al primer cuadro de la ópera. Todos esperaban el momento feliz de ver á Lucía; todos anhelaban por oir el primer acento de su voz. Así es que al llegar este instante supremo, se redobló la atencion; no se oia respirar siquiera, y el anhelo llegaba á su colmo.

En efecto, comenzaron los hermosos preludios de arpa, que abren y preparan aquel divino cántico de amor. En este instante entraron en el único palco que estaba vacío, Margarita y Eduardo. Al mismo tiempo salia por el bastidor de enfrente la pobre Ángela. El primer rostro que vió en el teatro, fué el rostro de Eduardo. En tan supremo trance, creyó perder la vida; huyó de sus ojos la luz, de su cabeza el sentido, y hubiera dado con su cuerpo en las tablas, si no hubiera tenido un apoyo en el mismo bastidor, y si aquel vahido no hubiera cruzado con la celeridad del relámpago.

El público notó la palidez de su rostro, su emocion, el temblor que la agitaba y conmovia; pero atribuyó instintivamente á la solemnidad del momento aquellas angustias, y un aplauso unánime, entusiasta, salió de todos los ámbitos del salon, como si la electricidad de un mismo pensamiento se hubiera derramado en los aires. Aquella muestra de afecto, dada en tan supremo instante, alentó á Ángela; dos gruesas lágrimas desahogaron su corazon, y se adelantó al proscenio dando con sin igual dulzura los primeros compases de su canto.

Eduardo, trémulo, agitado, fuera de sí, inundada de dolor su alma, atenaceado de remordimientos agudísimos

el corazon, herido en lo mas profundo y mas íntimo de su sér por la aparicion de aquel ángel, que tantas flores habia derramado en el camino de su vida, no oia nada, no sentia, fuera de la presencia de Ángela, nada; estaba como perdido en aquella mirada, en aquella voz, en aquellos cantares; como confundido en el alma de su primera amada, confusion semejante á la que sufre la gota de lluvia en el inmenso seno de los mares.

Margarita miraba con espanto, con horror, á Eduardo. Por vez primera leia en sus ojos que habia en su corazon algo mas que el amor pasajero y fugaz, algo mas grande que el afecto liviano y débil que sentia por ella; mas al leer esta verdad, su amor al combate le hizo entrever una nueva victoria sobre la quebradiza voluntad de Eduardo.

Miéntras esto acontecia en el alma de aquellos dos jóvenes, que iban á ser esposos, Ángela comenzaba el aria. Su voz, un poco velada por el dolor, tenia un timbre mágico, una elocuencia poderosa, irresistible, una dulzura que penetraba en todos los corazones, é involuntariamente los deshacia en grandes sentimientos, en placenteras y consoladoras lágrimas. ¡ Oh ! Esas dulces lágrimas que arranca el orador, el artista, el poeta, vienen á caer

en nuestra alma, para darla nueva vida y purificar su fragante esencia. Ángela lloraba tambien. Las lágrimas con que rociaba sus divinas notas, eran el bautismo de su genio. Así el público, primero conmovido, entusiasmado despues, y por último arrebatado por aquella voz cuasi divina, la colmó de aplausos entusiastas. La jóven Ángela, sin embargo, no cantaba para el público. Sus acentos, su entusiasmo, se dirigian á Eduardo. Así nada podia darse mas bello, nada mas sentido que sus palabras de amor en el duo del primer acto, cuando oia y prestaba aquel eterno juramento de amor. Parecia reconvenir á Eduardo, diciéndole : « Al pié de una fuente, en una hermosa tarde, cuando el crepúsculo teñia de dulces arreboles los cielos, cuando perdidas en la inmensidad asomaban algunas estrellas, cuando se oian morir en las playas los últimos cantos del marinero, y resonar en los montes los últimos ecos de la campana de la oracion, te juré amor eterno, invariable, santo ; amor que aun vive con toda su pureza en el seno de mi alma. » Este pensamiento se levantaba del fondo de aquellas armonías, cantadas con toda la inspiracion del pensamiento. Aquella voz parecia salir del fondo mismo del alma, sin necesitar para nada de la intermision de los sonidos materiales; aquellas pa-

labras flotaban en los aires como si fueran, mas que el cantar de una mujer, la voz inspirada de un genio. Así, nadie en el teatro se daba cuenta de lo que sentia; aplaudian todos á la conclusion de aquellos cantos, pero nadie los analizaba, nadie entendia el sentido oculto de aquella gran pasion, que expresaban los ojos, la voz, la palabra de Ángela. Semejábase en aquel instante á un sér superior, venido de otro mundo mas perfecto; sér cuya grandeza mas se adivina que se comprende, mas se alcanza por presentimiento que por reflexion.

Concluyó el primer acto. En el primer instante el público se quedó como extático. Callaba como si quisiera recoger hasta los últimos ecos de aquella voz que acababa de oir. Despues, el entusiasmo apeló necesariamente á sus medios de manifestacion. Todo fué allí grande. El público no tenia mas que una voz para aclamar á la jóven artista. Todos deseaban volver á verla. Levantóse el telon; salió Ángela; no veia á nadie; á nadie mas que á Eduardo. Este, arrebatando el ramo que tenia en las manos Margarita, lo besó con efusion y lo arrojó á las plantas de Ángela. Entónces esta dió un grito, y cayó desplomada y como herida de un rayo sobre las tablas.

En aquel momento, cuantos habia entre bastidores sa-

lieron á favorecerla. Su pobre anciana madre, que nunca la abandonaba, corrió en su auxilio anegada en llanto. Fué trasladada á su habitacion. El entusiasmo del público fué tal, que á pesar de haber sido el ramo de Eduardo el primero en llegar á sus plantas, de todas partes á un tiempo mismo volaban flores que cubrieron su cuerpo, pues hasta las que adornaban las cabezas de las bellas habian caido en el escenario.

Pocos momentos despues se anunció que la inspirada artista estaba mejor, y continuaria la funcion.

Margarita, miéntras tanto, miraba con aire de triunfo á Eduardo, y en el trascurso del entreacto, le decia :

— ¿Qué sientes? ¿Estás pálido? ¿Te ha conmovido mucho esa música?

— ¡Mucho, mucho! contestó Eduardo.

— Ya he adivinado todos tus pensamientos.

— Es imposible.

— ¿No sabes, Eduardo, que yo tengo un arte mágico para comprenderte?

— No lo dudo.

— Esa mujer es tu primer amor.

— ¿Cómo lo sabes, Margarita? Y Eduardo se quedó helado como si fuera de piedra.

— Lo adiviné. Ya ves cómo tengo derecho á llamarme verdaderamente maga.

— No, no hablemos de eso. Ya ha pasado; ya ha muerto ese amor.

— No ha pasado, no ha muerto. Hoy vive mas que nunca en tu corazon.

— Aprehensiones de tus celos.

— No: profunda conviccion del conocimiento que de tu carácter tengo.

— ¿Y qué? preguntó balbuceando Eduardo.

— ¿Y qué? ¿me temes? Pobre jóven. Nada, nada. ¿Crees que eso embaraza en algo á mis proyectos? Nada.

— Eres muy buena, Margarita. Perdóname, perdóname; pero es verdad. Siento, siento ahora mucho.

— Ya se pasará. Tengo en ti mucha confianza; tanta, Eduardo, que yo he de valer poco, ó mañana has de presenciar un caso extraordinario.

— ¿Qué piensas?

— No quiero decírtelo.

Eduardo, que hablaba maquinalmente, se encogió de hombros.

— Díme, Eduardo, ¿tú no irias á ver á esa mujer?

— ¡Oh! Nunca, nunca. Padeceria yo mucho.

— Poco valor tienes.

— ¿Cómo habia de presentarme ante ella? Imposible, imposible. Estoy aquí, y me quema el rayo de sus ojos y me anonada de vergüenza y de temor su inspirada palabra.

— Así sois los hombres. Vuestro valor es la mas hermosa de las fábulas.

— ¡Valor! ¿Y no lo he necesitado muy grande para no volver á verla? ¿No he atormentado mi corazon?

— ¡Cómo te engañas á ti mismo, infeliz! Cómo te engañas! Créelo, Eduardo; si hubieras sentido el mas leve dolor, hubieras ido. Buenos sois vosotros los jóvenes de esta sociedad corrompida para arrostrar grandes dolores. Te analizaré, si quieres, lo que has sentido. Primero un leve, levísimo dolor; pero compensado con un gran placer; despues alguno que otro recuerdo triste, mas leve como el aura; mas tarde un completo olvido.

— ¿Nada mas que eso he sentido?

— Sí, algo mas, algo mas. Cuando has leido alguna novela, cuando por casualidad has entrado en algun templo, cuando has oido alguna cancion melancólica, cuando, solo, has paseado en alguna noche de estío á orillas del mar plateado por la luna, y han llevado á tu alma dulce melancolía los trinos del ruiseñor, ó el ruido del manso

oleaje; en esos instantes sublimes, has invocado su memoria, y has visto pasar ante tus ojos su imágen.

— Es verdad, es verdad.

— Pero desengáñate, Eduardo. Esa mujer no tenia realidad alguna. Era lo que la musa para el poeta. No la buscabas tú. Se aparecia como un sueño. Si para buscarla te hubiera sido necesario dar un paso, hollar una espina, no la hubieras buscado. La acariciabas como se acaricia una ilusion. Era una pasion, que formaba en ti, mas que tu voluntad, la poesía del arte ó de la naturaleza.

— ¿Y cómo en un tiempo iba yo siempre á buscarla?

— Tambien explico yo eso muy satisfactoriamente.

Hay una edad en que la imaginacion predomina en nuestro espíritu, la generosidad en nuestro corazon. En esa edad proscribes el cálculo, y te dejas guiar por la inspiracion. Crees que no! Esa pasion no es hija tanto del sentimiento como de un éxtasis, de un arrobamiento pasajero, transitorio, fugaz. Esa pasion es la ilusion, la esperanza, el delirio; en una palabra, todo lo que hay de vago, de ideal, de engañoso en tu espíritu. La crees real y verdadera, Eduardo, y sin embargo, es mentira.

— ¡Mentira, dices! ¿Y por qué en este instante me atormenta y martiriza?

— Te lo diré. Porque la crees eterna, y es resultado de la fascinacion, de la música, de los recuerdos de la infancia...

En este instante se levantó el telon y comenzó el segundo acto. Sucedió lo que habia sucedido en el primero. Hasta que apareció Ángela, á pesar de la excelencia de todos los artistas, el público estuvo frio é indiferente. Por fin llegó la escena en que debia salir Ángela. Vestia un traje blanco, que le daba formas aéreas. Parecia mas bien que un artista, un ángel que cruzaba por la escena con un cántico de paz en los labios, y una corona de luz en la frente. Su semblante representaba una tristeza dulce, serena, pero profundamente verdadera é intensa. Sus ojos despedian involuntariamente algunas lágrimas. Vacilaba un poco al andar, como si un fuerte sacudidimiento nervioso la atormentara. Todo revelaba las señales de su dolor.

La escena de la ópera era tambien altamente significativa, y se prestaba á su númen y á su estado. Era la escena en que su hermano fuerza á Lucía á enlazarse contra su voluntad con el amigo de su familia, diciéndole que Eduardo habia faltado á sus juramentos. En el *allegro* de este duo, Donizetti ha derramado con gran inspiracion el dolor que rebosaba su alma. Así no puede

darse, ni una desesperacion mas sentida, ni un llamamiento al cielo mas tierno y elocuente. Y si á esto se agrega la voz de Ángela, el dolor que partia de su corazon, las lágrimas que rodaban por sus mejillas, los sollozos, que sin quitar ni su pureza, ni su armonía al canto, daban una elocuencia inexplicable, se comprenderá lo que debia ser la magia de aquella escena.

Eduardo no podia sufrir aquel canto; le ahogaba. Las notas tan dulces, rociadas de lágrimas, que caian como lluvia del cielo sobre todas las almas sedientas de lo bueno, dejando en ellas inextinguibles impresiones, al caer en el alma de Eduardo, eran como una lluvia de fuego que abrasaba y reducia á cenizas su corazon y su conciencia. Fué tanto el poder de aquella voz, de aquel ademan, de aquella mirada, de la acentuacion de sus palabras, que Eduardo se levantó maquinalmente, bañado en un sudor frio, como de muerte, asustado de los remordimientos de su conciencia, y se apercibió á salir del palco, fuera de sí, cuando una carcajada epiléptica, burlona, de Margarita, le detuvo é hizo en su corazon el efecto de un rayo.

Miéntras pasaba la segunda parte del segundo acto, la escena del casamiento de Lucía, entreteníase Margarita en atormentar á su amado. Unas veces le hacía observar que

aquella situacion era completamente diversa de la situacion en que respecto á Ángela se encontraba Eduardo. Otras veces, cuando la jóven artista daba alguna de esas notas agudas que taladran el corazon de los oyentes, sublime expresion de sublime dolor, Margarita, mirando burlonamente á Eduardo, le decia :

— Se queja, sí, se queja por ti. Y debe agradecerte tu desamor, porque sin él, acaso no hubiera sido nunca tan gran artista.

— Me horroriza, Margarita, tu sangre fria; me horroriza.

— ¡Ah! Sois muy particulares los jóvenes. Si te horroriza así el retrato de lo que eres, ¿ por qué no has roto ya el original?

—Porque soy un cobarde, exclamó Eduardo.

—No lo creas. Porque esa pasion que tú crees verdadera, es una pasion puramente artística.

En esto se concluyó el segundo acto. Faltaba la parte mas difícil y mas hermosa del papel que desempeñaba Ángela. Eduardo no podia tolerar por mas tiempo aquella ternura. Habia instantes en que anhelaba bajar al escenario, pero le contenia un temor inmenso. Era reo si volvia á presentarse delante del juez. Aun en los instantes en que mas alarde hacía de su valor, no podia resistir la mi-

rada de la jóven, y huia de ella como si le abrasara la frente y le secara el cerebro. Por su voluntad hubiera ya huido del teatro; pero aun ejercia Margarita una especie de fascinacion sobrenatural en su alma. Eduardo no era osado á contrariarla, tanto mas, cuanto que mostraba Margarita un tenaz empeño en ver los efectos que en el ánimo de Eduardo hacian los cantos de Ángela, y léjos de sentirlos, su penetracion los aplaudia y celebraba.

Por fin llegó la escena del delirio, de la locura; escena errible que hace sentir, con toda la divina elocuencia de la música, de qué manera el corazon, herido por el desengaño, llega á partirse; escena en que Donizetti agotó la inspiracion de su particular gusto, y hasta la sávia de su vida.

Aquel canto parece como que decia á Eduardo : « Mira, mira tu obra. Yo era una flor nacida en el campo, destinada acaso á purificar los aires, y tu aliento abrasador me ha arrancado de mi tallo, arrojándome en alas de los huracanes del mundo. Yo por ti sentí el amor, adoré la vida, y tú me abandonaste á la desesperacion y al triste pesaroso olvido. Yo era feliz, te abrí mi corazon, entraste en mi cielo, porque te creí un ángel, y has enturbiado para siempre los claros horizontes de mi vida.

» Yo no he pensado sino en ti, en tu amor, y tú no has pensado sino en deshacerte de mi importuno recuerdo. Miéntras yo pedia al aire, al mar, á las estrellas, desalada y llorosa, que me hablasen de ti, olvidado de todo, en brazos de otra mujer, reias y te burlabas acaso de mi dolor ó de mi angustia. Y mira tu obra. El dolor de tu desamor me ha trastornado, me ha perdido hoy, y me aniquilará mañana. »

Eduardo creia oir todas estas reconvenciones en las palabras y en los cánticos de Ángela. Parecíale real el delirio. Los recuerdos del primer amor, las dulces palabras de consolacion y de ternura, el acento del dolor mas vivo, el delirio, la locura, la desesperacion, todo, todo desgarraba el corazon de Eduardo; todo le hacía agitarse, retorcerse como en el potro del tormento.

El público á su vez, que oia aquellos acentos expresados inimitablemente, ardia en indescriptible entusiasmo. Cuando concluyó, todos los espectadores á una se levantaron de sus asientos, extendieron sus brazos al escenario, y aclamaron reina del arte á la jóven que, desconocida ayer ó escuchada solo por los aldeanos y las aves, pasaba á ser desde aquel momento una de las glorias de la hermosa Italia.

## XV.

Eduardo, concluida la funcion, hubiera deseado caer de hinojos á las plantas de Ángela; pedirle perdon, jurarle amor, eterno amor, aquel amor purísimo que había sido su vida, y las delicias de su vida; huir así de aquel mundo estrecho, mezquino, y recibir en su frente el bautismo de la pura virtud que Ángela guardaba bajo las nacaradas alas de su alma.

Pero, ¿cómo presentarse? ¿Cómo no caeria de espanto ante aquella purísima mirada? ¡Oh! Si al ménos Eduardo hubiera tenido seguridad de que Ángela le hablase airada, no hubiera dudado un punto en verla; pero su olvido de lo pasado, su benevolencia, el pensar que pudiera presentarse serena, le partia el corazon. Así es, que acompanó á Margarita á su palacio, y se volvió á su casa absorbido en su pensamiento, desgarrado por el dolor de sus sentimientos y de sus recuerdos.

Pero en esto oyó un gran ruido de voces é instrumen-

tos. Mandó detener su coche, y se bajó atraido por aquellas voces. Era, en efecto, un gentío innumerable que saludaba á la nueva artista, acompañándola á su casa. Los vivas, los acentos de la música, los ramos de flores, los infinitos medios de expresar su entusiasmo que tienen los pueblos meridionales, todos se habian agotado en aquella noche.

Ángela, sin embargo, estaba triste; sentia mas que nunca su soledad. ¿De qué le servian aquellos loores, si eran vanos, si no llegaban á endulzar un tanto su dolor? Al contrário; Ángela deseaba la soledad. Habia visto á Eduardo, habia absorbido su mirar, y anhelaba pensar á solas en aquellos instantes, que en su mismo dolor le parecian sublimes.

Así es, que en el mismo instante en que llegó á su casa, se puso á meditar en su desgracia.

— ¿De qué me sirve la gloria? decia. Esta corona de flores y de laureles que adorna mi frente, es una corona de espinas. ¡Oh! Cuando allá en mi valle, el viento de la tarde me traia el eco de su voz, de sus cantares, que salian como del centro del mar, ¡cómo se deleitaban estos oídos cerrados ahora á esos entusiastas aplausos! Pero, ¿de qué me quejo? Yo no he podido hacerle feliz. La

culpa no es suya, no, es mia. ¡Y le he visto! Y he podido contemplarle, y me ha parecido que lloraba. ¡Oh Dios mio, Dios mio! dadme una lágrima suya, dádmela, esa sería la perla mas hermosa de mi corona de artista. ¿Comprenderá mi desgracia? ¿Sabrá que le amo? ¡Quién sabe si recordará mi nombre! ¡Quién sabe, si la felicidad habrá borrado mi imágen de su memoria! La vida es un mar que refleja mil rostros, y que despues de algun tiempo, de ninguno guarda imágen. Los recuerdos suelen ser en la mente movibles, como las arenas en el desierto. Viene un nuevo viento, y se los lleva, y no deja de ellos ni siquiera leve rastro. ¡Y yo, aquí en mi corazon, rendida siempre, sí, siempre adorándote! Á veces me alegraria de que fuera desgraciado, muy desgraciado, de que le persiguieran mil males, solo por tener una razon para decirle: Mira, Eduardo, voy á hablarte, voy á decirte... Pero no; ¿qué piensas, qué piensas, Ángela? decia para sí la jóven. ¿No es mayor sacrificio pensar en su felicidad, no es mas grande martirio para mí su dicha? Pues bien, no le quiero, no le amo, no. ¿Qué amor es el que se funda en la felicidad propia? No; el verdadero amor debe nacer del deseo de la felicidad por el objeto amado.

¡Sé feliz con Margarita, Dios mio! exclamó Ángela,

plegando las manos; ¡ que sea feliz! y cayó de rodillas.

Estaba vestida de blanco; algunas flores pendian de sus cabellos que se destrenzaban sobre sus espaldas; llorosos los ojos, plegadas las manos, murmurando los labios una religiosa plegaria, inundada por la luz de la blanca luna, que entraba por una ventana, poseida de un éxtasis, parecia un ángel desterrado, pidiendo á Dios volver al cielo.

Y en efecto, esos séres superiores, que pasan por la vida con un ideal en la mente, con un sentimiento purísimo que todo lo sacrifica en aras de ese ideal, capaces de amar hasta el delirio, de llevar su felicidad hasta el sacrificio, esos séres, que cruzan por la tierra un momento para derramar bien en los corazones, luz en las inteligencias; que adornan con sus ideas, con sus sentimientos esta tierra, ara de sacrificios, empapada con tantos torrentes de sangre; esos séres superiores son ángeles purísimos, que, juguete favorito de la tempestad, cuyas ráfagas se empeñan en sepultarlos en el lodo, se levantan, sin embargo, transfigurados, al cielo, como en alas de blanca y hermosa nube, que no les deja hollar, ni aun con sus plantas, el polvo de este mundo.

¿Que sería la tierra si no creyésemos en la existencia de estos séres? ¡Ah! Hay espíritus mal avenidos con el

mundo, espíritus atrabiliarios y enfermos que, creyéndolo todo sujeto al fatalismo de eterna desgracia, se empeñan en no ver sino corazones corroidos por el vicio, inteligencias sumidas en el error; pero el que no ha perdido la esperanza, siempre ve brotar alguna flor en e árido desierto de la vida.

Ángela era una de esas flores. Para ella no habia mas que un pensamiento, su amor. Sin embargo, no se encerraba en el estéril y vacío desierto de su desgracia, no, salia de él; iba á consolar al pobre, al desvalido, á llevar el óbolo del arte á las profundas simas por donde se despeña en esta sociedad la pobreza. Sus manos apénas habian tocado los frutos de su arte, y ya lo repartian como la naturaleza reparte próvida el sustento entre los hombres. Y en la profunda oscuridad ocultaba los bienes que hacía, encubriéndolos con el santo velo que encubre la caridad y la hace mas santa y mas hermosa, con el misterio.

En aquella noche, despues de haber por mucho tiempo combatido con su corazon, acercándose á su lecho, pensó que aun le quedaba un camino abierto, sacrificarse por su antiguo amante, velar por su felicidad, ofrecerle en holocausto su vida.

Y acariciando este pensamiento, se quedó profunda-

mente dormida. Soñó que un ángel bajaba del cielo una corona de oro, y que le infundia con su soplo la inspiracion, y un canto celestial, divino, á sus labios. Vió descender despues un ángel que traia en sus manos una copa de hiel, y una corona de espinas. Este no le ofrecia inspiracion, ni cánticos, pero dejaba caer en su alma el rocío de la virtud. En aquel trance, una voz, que resonaba en los espacios, le decia : « Elige, sí, elige. » Ángela cayó de rodillas, derramó un mar de lágrimas, y abrazándose á los piés del ángel del dolor y de la tristeza, le pidió un sorbo de aquella amarga hiel, y apuró el cáliz, y presentándoselo vacío, dijo : « Hé aquí mi cáliz apurado. Lo beberé, sí, lo beberé. Será mi vida esa hiel, será mi vida; » y se despertó bañada en lágrimas.

En aquel instante entró una de sus doncellas.

— Señorita, dormís mucho.

— Se conoce que los laureles son un narcótico, dijo Ángela en tono semifestivo.

— Y los ha recogido mi señorita grandemente.

— Pues no me satisfacen, ni me alegran.

— Señorita... venia á deciros que os espera una señora...

— Pues que éntre, que éntre en seguida que me vista,

En efecto, se vistió. Púsose un traje blanco, ceñido con descuido, pero con elegancia. Estaba tan débil, que apénas se acordaba de que habia mandado entrar á una señora, cuando vió aparecer á Margarita, que llevaba una corona de flores en la mano. Verla y levantarse como herida, fué obra de un momento.

— Tenéis razon para asustaros, Ángela,

— La razon que vos tenéis para venirme á ver, desearia saber.

— Si me permitís, me sentaré.

— Sí, sentaos, sentaos. Yo os lo ruego.

— ¡Ay! Ángela, ¡qué feliz sois!

— ¿Lo decís seriamente?

— Sí, sí. Tenéis á vuestras plantas rendido un público inmenso, y en vuestra frente esplendorosas coronas.

— Os compadezco si creéis que eso es la felicidad.

— No, no. Pero como la felicidad completa no es posible, cabe escoger entre los diferentes géneros de felicidad, y yo escogeria esa.

— No lo creáis, Margarita; esa felicidad no llega nunca al corazon. Toda esa felicidad no arranca una lágrima, una de esas lágrimas dulcísimas que serenan todos los dolores, no; esa felicidad es infecunda y estéril.

— ¡ Ángela ! cuántos corazones la anhelarian. Yo vengo tambien á poner una corona de flores en vuestra frente.

— Gracias. La conservaré, sí; la conservaré como recuerdo de una de las noches mas tristes de mi vida.

— Me avergonzáis.

— No creáis, Margarita, que yo aborrezco á todos los que me han hecho llorar en este mundo.

— No. Ya sé que la persona que mas amáis en este mundo es la que mas os ha hecho llorar.

— Es verdad. Lo confieso. No me avergüenzo. Le amo mucho. Y le deseo que sea feliz. Sí, sí, Margarita, dijo Ángela, tomando la mano de su rival con efusion, hacedle feliz.

Dijo estas palabras con tanta ternura, que Margarita, á pesar de su insensibilidad, se conmovió profundamente, y las lágrimas asomaron á sus ojos.

Hubo un instante en que aquellas dos mujeres unieron sus almas en un mismo pensamiento, y un silencio sepulcral cayó sobre ellas. Despues de algunos instantes exclamó Ángela :

— Os ama mucho, ¿no es verdad?

El temor á la respuesta que iba á darle Margarita, se

pintó en su rostro, iluminado por una curiosidad indescriptible.

— Os ama á vos, Ángela, dijo Margarita con acento amarguísimo.

— ¿Á mí, á mí? decís... ¡Oh! no, no es verdad, dijo Ángela; y una alegría infinita hacía temblar su voz, y en un instante olvidaba los amargos recuerdos de muy amargos dias, y á sus ojos se levantaba su primer amor puro, purísimo, como cuando lo sentia sin dolor, animando toda su vida.

— Y hé aquí, dijo Margarita, el secreto de nuestro próximo casamiento.

Un sudor frio cubrió la frente de Ángela. ¡Es tan difícil renunciar á la esperanza!

— Sí, añadió Margarita, yo no le amaba; pero desde el punto en que me persuadí que amaba á otro sér, ya creo que le amo.

— ¡Desgraciada! exclamó Ángela.

— Desgraciada me llamáis. Es verdad, lo soy, lo soy mucho. Pero aunque de mí depende el remedio, no tengo fuerza bastante á libertarme de la desgracia.

— ¡Oh! pensad en Dios.

— ¡En Dios! Ya sabéis que el ruido del mundo, el aire

de los salones, las fiestas, suelen borrar el recuerdo de Dios en la mente. Ahora, ahora que voy á ser compañera inseparable de un hombre, á quien debo hacer feliz, quizá piense de otra suerte. Y fijó Margarita sus ojos con malignidad en Ángela, como para adivinar la impresion que le habian producido sus palabras.

— Perdonadme que os ruegue no le hagáis infeliz.

— Ángela, dijo Margarita, no sois mujer; y acentuó con rabia esta palabra.

— ¿Por qué lo decís?

— Porque si fueseis Margarita y yo Ángela, ¡oh! ¡oh! me vengaria.

— ¿Y qué conseguiriais con vengaros?

— El que padecierais.

— ¿Y qué conseguiriais viéndome padecer? Los corazones pervertidos solamente se pueden gozar en la desgracia y en el mal ajeno.

— Pero el amor ¿no trastorna la mente cuando es verdadero?

— No. Vivirá siempre en el fondo del corazon como la vida misma. Cuando es desgraciado, padece, pero no se desespera. Yo amo á Eduardo con toda mi alma; y porque

le amo, le quiero feliz con vos mas bien que desgraciado conmigo.

— No le amáis, exclamó Margarita.

— ¿Que no le amo? Mirad. ¿No veis estos ojos secos y áridos rodeados de una auréola morada? Pues ¡ay! están tristes y faltos de luz, porque no le ven. ¿No veis esta faz triste y desencajada? ¡Ah! No puede, no, alegrarse, sino al rayo de su mirada. Aplicad, aplicad el oído á este corazon. Oid, oid sus latidos; cada uno de ellos es una puñalada mortal que me asesina. Mirad: esta vida tan jóven, se apaga; este corazon tan fuerte, se quiebra; estos ojos se cierran, porque yo le idolatro, y el despiadado me olvida y me abandona.

Y un gran sollozo, un sollozo profundo, desgarrador, partió aquel corazon, que á pedazos se salia del pecho por la fuerza inmensa del dolor.

Era tal la expresion del aquel rostro, tan viva y encendida la luz de aquellos ojos, tan amargo aquel acento, que Margarita exclamó:

— Tenéis razon, le amáis.

— ¿Y habéis venido á gozaros en mi desgracia? le preguntó Ángela.

— No, como sois amiga de Eduardo... he querido.. convidaros... á mi boda.

Ángela miró á Margarita estupefacta, y despues le dijo :

— Que seáis feliz.

— Decidme, Ángela, si él os amara, si os volviera á ver...

— Estad tranquila. Yo no le veria nunca.

— ¡Oh! ¿Tendréis fuerza bastante, si os volviera á pedir perdon, para perdonarle, para volverle amar?

— Nunca, nunca, de ninguna suerte.

— ¡Y deciais que le amabais!

— El Eduardo á quien yo amaba, ha muerto.

— Esas son distinciones metafísicas.

— Sí, le he llorado muerto, y arrastro por él toda la amargura de mi corazon, y para mayor tormento, sé que padece en un infierno de males y dolores.

Margarita lanzó una carcajada epiléptica.

— Ya veo que tenéis celos, dijo mirando burlonamente á Ángela.

— ¡Celos! ¡Oh! No, no. ¡Celos de vos! ¡Nunca! Ya os he dicho que el Eduardo que yo amaba, ha muerto.

— ¿Pero podria resucitar?

— Es verdad, podria volver á la virtud.

— ¿Y entónces?

— ¡Oh! Entónces le diria que os amara, Margarita.

Habia tal conviccion en la palabra de la jóven, que Margarita no pudo ménos de prorumpir en estas palabras :

— Sois sublime.

— No, cumplo con mi deber. Va á ser vuestro esposo, Margarita. Eduardo debe ser buen esposo. No puede tener mi amor, pero puede ganar mi estimacion.

— Vos quizá améis á otro.

— Eso nunca, nunca, dijo Ángela indignada. Solo se ama una vez en la vida, solo una vez. Yo, yo he nacido para el sacrificio; yo oigo una voz celeste que me llama al combate, sí, la oigo.

Y Ángela se levantó como transfigurada. Una idea infinita se pintó en su rostro. Miraba, como si hubiera sacudido un sueño, la vision que se le habia aparecido la noche anterior, y la veia realmente.

— ¿Qué tenéis, Ángela? dijo Margarita conmovida por aquel extraño arrobamiento.

— No tengo nada. Me he decidido á abrazar mi cruz, sí, mi cruz.

Y volviéndose de repente á Margarita, le dijo :

— ¿Cuándo os casáis?

— Mañana.

— Iré, iré á vuestra boda y cantaré.

— ¡Oh! ¿De véras?

— Sí, de véras. ¿En qué podré yo emplear mejor mi voz?

Margarita, que no habia ido con otro fin, se salió despues de un corto rato de casa de Ángela, sumamente satisfecha.

## XVI.

Pocos dias despues de esta conversacion, debia celebrarse el casamiento de Margarita y Eduardo. La lucha de este con su corazon no tenia tregua. Habia instantes en que se entregaba á merced de la suerte; pero otras veces, despertando su inteligencia á ideas mas altas, protestaba contra aquella esclavitud en que le tenian sus alteradas pasiones. Por una de esas desgracias frecuentes en la juventud, el hombre interior, el alma, habia en él muerto. Corriendo de pasion en pasion se habia ido dejando por todas partes pedazos de su sér, relámpagos de su conciencia. Así, poco á poco, habia caido en el mas grave mal que imaginarse pueda, en la pérdida absoluta de la voluntad. ¡Ah! La juventud, que es la edad de las grandes pasiones, la edad en que el corazon protesta contra toda tiranía, la edad en que el espíritu toma cierto aspecto caballeresco que lo engrandece, la edad del sacrificio; la juventud, cuando se revuelca en el lodo, cuando pierde su

fuerza, sus aspiraciones á otro mundo mejor, á otra vida mas hermosa que la triste vida real, es una vejez prematura; mas triste, mas desoladora, mas criminal cien veces que el suicidio, porque es en verdad el suicidio del alma.

Así, Eduardo, que se habia perdido, que solo por un milagro, que por la intervencion de algun genio sobrenatural podia prometerse salir triunfante del mal que dentro de sí llevaba, despues de haber luchado por pocos instantes, falto de una voluntad acerada, que le llevara de buen ó mal grado á una suprema resolucion, inclinó la frente, y cedió al destino, y lo aceptó contento, abrazándolo con indiferencia, como quien ya nada espera de lo por venir.

Margarita, al contrário, Margarita, para quien la vida era un drama, y que gustaba de las grandes peripecias trágicas, se gozó anticipadamente en llamar la atencion con su nuevo estado. ¡Ella que tanto se habia reido del matrimonio! Mujer ligera, vana, coqueta, dejándose llevar mas bien de cambiantes impresiones que de la perversidad de su corazon, si extraviado, no aun corrompido; Margarita arreglaba todos sus preparativos para su nuevo estado, ni mas ni ménos que si fuera una fiesta. Rica, muy

rica, no sabiendo qué hacer de su dinero, caprichosa, muy caprichosa, disgustándose de todo, su imaginacion se posaba en aquella idea del casamiento, que en un dia se le ocurrió, y que al instante pensó en realizar, y no meditaba ninguna de sus consecuencias. No calculaba ella que su ántes rendido amante, podia, ya su esposo, tiranizarla; fiaba mucho en el poder de su genio, y aun en la debilidad de Eduardo.

Para Margarita aquella boda era una fiesta que iba á deslumbrar la corte de Nápoles. El rey debia asistir á su misma casa; las damas de mas alta alcurnia iban á envidiarla; todo cuanto de aristocrático encerraba aquella corte iba á postrarse ante su hermosura. Nada faltaba á hermosear aquel espectáculo. Faroles de mil colores debian posarse en los árboles de su jardin, que allá en su orgullo Margarita creeria estrellas destinadas á saludar su boda. Todos los artistas de Nápoles se reunirian en torno de aquella tirana de la moda. Las damas de Nápoles habian agotado su imaginacion para regalarla; los jóvenes habian despoblado de flores los jardines; hasta el pueblo, sí, el pueblo mismo, que suele seguir y engrosar el torrente de las voluntariedades tornadizas de la moda, se agrupaba alrededor de aquella mujer afortunada, que era el objeto

de todas las conversaciones, y objeto de que se aprovechaba, y no poco, la natural maledicencia cortesana.

Y sin embargo, de aquella noche debia brotar el mal de toda su vida, toda su desgracia. La idea que sobre todo la preocupaba, era la presencia de Ángela en aquella noche para ella tan feliz, no por el amor, sino por el aparato de que iba á rodearse, y porque iba á ser objeto de la atencion de aquella corte. En verdad, á primera vista no se comprende qué atencion, que no fuera liviana y pasajerísima, podia prestar la corte á la boda de Margarita. Nosotros hoy no lo comprendemos. Pero imagínese una corte puramente monárquica, donde el rey es todo, donde no puede ser controvertido ningun acto público, donde la actividad no puede consagrarse á ningun objeto elevado, corte ocupada en matar el tiempo en murmuraciones y espectáculos; imagínese una corte de esta naturaleza, aunque cueste mucho esfuerzo, y se verá que el casamiento de una jóven que habia sido en riqueza, en amores, en elegancia, la fábula de aquel tiempo, la maravilla de aquella sociedad, debia ser objeto preferente de la conversacion de todas aquellas descansadas imaginaciones, que no podian, faltas de instruccion y sobradas de tiempo, volar por otros mas dilatados y espaciosos horizontes.

Margarita, con el aturdimiento propio de su carácter, se habia distraido y separado de toda atencion que no fueran las fiestas de su matrimonio. Parece imposible que un paso tan delicado y decisivo de la vida pudiera tomarse de una manera tan liviana. Todo cuanto á este fin supremo atañia, era ceremonia, fiesta, nada. Hasta la presencia reclamada de Ángela en su boda probaba esto : Margarita habia dicho que Ángela era su rival desairada, su rival olvidada. Queria dar así á su triunfo mas apariencia dramática, á su boda mas poesía. Pero la presencia de Ángela en su boda, en realidad probaba todo lo contrário, Así lo comprendió la pobre artista, y por probar tambien hasta qué punto su corazon estaba templado para el sufrimiento, se decidió á presentarse en casa de Margarita en aquella terrible noche.

El casamiento se celebraba públicamente en la iglesia. Margarita queria que todo el mundo tomase parte en aquella fiesta. La manera mejor de conseguirlo, consistia en darle toda la publicidad posible. Sus mejores trenes, sus mejores coches, sus lacayos lujosamente vestidos, todo lucia en aquella mañana, atrayéndose la mirada de ese pueblo indolente napolitano, recostado en sus campos y

en sus calles como un sultan en el mullido lecho de su perfumado harem.

Pero en un rincon del templo, en un rincon oscuro de aquel lugar sagrado, donde iba á celebrarse aquella ceremonia, donde dos séres iban á prometerse ante Dios amor eterno, por capricho uno, y por pura indolencia el otro; en una capilla de aquel templo, envuelta en un largo velo negro, cubierto el rostro, plegadas las manos, de rodillas ante una Vírgen, oraba una mujer, y oraba sollozando, y aquella mujer era Ángela, sí, Ángela, que para probar su corazon, sin que nadie lo supiera, iba á oir aquel juramento de eterno amor, que ella tantas veces habia escuchado de los labios de Eduardo.

El templo, la pureza del alma de Ángela, las oraciones que vagaban perdidas en los aires, el aroma del incienso, el eco del órgano, que se apagaba en las bóvedas, el canto, que repetian los sacerdotes, léjos de amortiguar el corazon de Ángela, lo elevaban, dándole el sello de lo infinito. La pobre Ángela se veia sola, abandonada de aquel amor que habia sido el ángel que la cobijara en su vida. Desde el fondo de la capilla, oyó el juramento de aquellos dos séres, lo recogió bañada en lágrimas. Aquellas palabras se clavaron como espinas en su corazon. Hubo un instante

en que la luz huyó de sus ojos, y la tierra de sus plantas. Cuando instantáneamente salió de aquel letargo, notó que se habia, para no caerse, abrazado á una cruz,

— ¡Oh! exclamó mirándola. Tú eres el único refugio del corazon afligido, tú eres el único bien de la vida. La cruz, la cruz; ¡oh! yo la llevaré con la frente erguida.

Y se secó los ojos, y clavó una mirada serena en la cruz y salió del templo.

Oyó á lo léjos el ruido, la algazara, por todas partes hablar del lujo de los arreos, del esplendor de las damas; oyó hacer votos por la felicidad de aquellos dos séres, y todas aquellas palabras taladraban su corazon desgarrado por la fuerza de tantos y tan agudos y tan penetrantes dolores, que no tenian ya número ni medida.

## XVII.

En aquella noche ofrecia la casa de Margarita deslumbrador espectáculo. La escalera principal, profusamente iluminada, cubierta de mil gayas flores, que parecian reunir en sus corolas y en sus esencias la naturaleza de mil varios climas, abria á salones mágicos, que mas parecian soñados que reales, salones cuyas estatuas, cuyos tapices parecia como que se animaban al compas de una alegre música, descendida de un lugar invisible, como una mansa cascada, música que arrojaba en los ánimos tambien cierta alegría, predisponiendo á las emociones que debia guardar aquella hermosa noche.

Las damas de la corte, riquísimamente ataviadas, descomponiendo y quebrando en sus diamantes los mil rayos de luz que bajaban de las bujías, conversaban en varios corros sobre el suceso favorito de la conversacion cortesana, no sin alguna malicia, á pesar de los agasajos que en aquella casa recibian, y se preparaban para el baile,

criticando á média voz á todos los individuos de aquella concurrencia. Por los jardines, que parecian los jardines de Almida, iluminados con tibia luz, semejante al dulce crepúsculo de la mañana, animado por el susurrar de las fuentes; por los jardines discurrian tambien muchos convidados, gozando en respirar las auras húmedas y agradables de la noche. Era objeto de la conversacion de dos elegantes jóvenes, que uno parecia francés, y el otro hablaba castizamente italiano, la funcion de aquella noche. Oigámoslos un instante:

— Y dices que no vendrá, preguntaba el francés.

— No vendrá.

— Me extraña.

— No debe extrañarte.

— Sí; porque uno de los grandes timbres de Margarita, era que el rey debia honrar esta noche su casa.

— No la honrará.

— Que me place.

— ¿Por qué? dijo el francés bajando mucho la voz, ella ideará alguna venganza.

— Calla, calla, exclamó el italiano, cogiendo fuertemente del brazo á su compañero.

— ¿Por qué?

— No olvides que aquí hasta los árboles son espías del rey; no olvides que mañana puedes, si te oyen algun eco de esas palabras, salir para siempre de Nápoles.

— Dios me socorra... dijo el francés en tono burlon. Pero á decir verdad, no alcanzo el sentido oculto de tamaña resolucion.

— Pues tiene un gran sentido.

— ¿Cuál es?

— Un buen rey debe moralizar su corte.

— ¡Ah! Ya, ya.

— Y como debe moralizar la corte, presentarse aquí, era desmoralizarla.

— Entiendo, entiendo.

— Y es darle una leccion á esa jóven.

— Sí, sí.

— Y es decir que S. M. no aprueba su conducta.

— Pues.

— Y es todo ello digno de un gran rey.

— Ciertamente.

— Y así añadirá una hoja mas á su corona de gloria.

— No lo dudo. Mas ¿por qué dijo que iba á venir, si estaba resuelto á no hacerlo? ¿Por qué alimentó las esperanzas de Margarita?

— El rey no contestó decisivamente si vendria ó no; lo dejó entrever.

— Mas para Margarita debe ser cuestion, despues de todo, de no mucha importancia.

— Al contrário. Es una cuestion capital.

— No alcanzo...

— Poco alcanzáis de córtes...

— ¿Por qué Margarita puede tener tanto empeño en la venida del rey?

— No venir, equivale á un desaire.

— Y un desaire...

— Un desaire equivale á la pérdida de toda su influencia.

— ¿De véras?

— No, no dudéis. Margarita es el ídolo de la corte, porque todos creen que goza de gran predicamento en palacio. El dia que se persuadieran de lo contrário, estaba perdida.

— ¡Oh!

— ¿Veis todas esas frentes que se inclinan hoy ante Margarita? Se erguirian despreciativas en el momento mismo en que la abandonara el favor real.

— Eso alcanza el que todo lo fia á la triste importancia que se consigue en la corte.

— Entónces, mil corazones que la odian, mil labios que á hurtadillas la maldicen, rasgarian las sombras en que se envuelven, y la escupirian hiel á la cara.

— ¡Mas una sola noche puede producir todo ese gran cambio en su posicion!...

— Puede producirle, y la razon es obvia. Se trata de una noche importantísima de la vida.

— Es cierto; pero á veces los grandes deberes que trae consigo el regir los Estados, no pueden posponerse á las exigencias de la amistad.

— Es indudable. Mas se susurra hace mucho tiempo que Margarita ha perdido su influencia. Muchas estrellas de las que lucian en su horizonte, se han apagado. Muchos la han abandonado por eso. Y aun se dice que el casamiento es una decision suprema que toma, al ver las tempestades que ruedan y rugen sobre su cabeza.

— Mas ¿á qué se reducia su influencia en palacio?

— La maledicencia ha querido darle cierto tinte; mas es el tinte amarillo, que los ojos de los que padecen ictericia, ponen constantemente en todos los objetos. Margarita gozaba, ó goza influencia en palacio, por su facundia,

por su inagotable y rica vena, y hasta por sus grandes relaciones con la aristocracia.

— Y si pierde esa influencia...

— ¡Oh! se vengará.

— Eso mismo creo yo.

— Poco le importa á ella que sea un rey : como la víbora, muerde á todo el que la pisa.

— Mas aunque en lo de la venganza convengo, no advierto los medios.

— Miradla. ¿No veis en esa frente algo de magia? Habla á todos á un tiempo. Dirige sonrisas y miradas á todas partes. Sigue mil conversaciones á un tiempo. Á cada uno le habla en su lenguaje. Fascina. Es al mismo tiempo la envidia de las jóvenes y el encanto de los caballeros. Es un alma inmensa, donde caben muchos pensamientos, y donde hay mucho, muchísimo veneno.

— Y esa mujer dejará perder toda su importancia.

— No lo creo. Luchará. Si es vencida, será vencida despues de una pasmosa batalla.

— Me encanta esa decision.

— ¿No veis que en esos salones se van formando corrillos?

— Sí, sí.

— ¿No veis que todos hablan en voz baja?

— Sí, sí.

— Pues bien; echan ya de ver que el rey tarda...

— ¿Y qué?

— Venid. Presenciaremos una gran escena.

— ¡Pobre Margarita! decia el francés.

Y ambos jóvenes se internaron por los salones.

Y en efecto, para Margarita era una desgracia inmensa que el rey faltase á su boda. Toda la consideracion que en Nápoles merecia, era debida á su grande influencia en palacio. Perdida esa influencia, las mil personas que la rodeaban, la abandonarian á su soledad. En esas córtes, donde el rey es todo, la moda obedece ciegamente la voluntad del rey. En los gobiernos absolutos llevan los reyes en los pliegues de su manto la suerte, no solo de las personas sino tambien de las ideas. Ana de Austria llevó á París el genio español, inoculó en el árbol de la literatura francesa la exhuberante sávia de nuestros poetas, y Felipe V trajo consigo á Madrid el genio de la literatura francesa, que por espacio de un siglo dominó en nuestra escena.

Pues si los reyes absolutos, aun en las grandes esferas del pensamiento, pueden tanto, ¿qué no podrán en mas

pequeñas y mas limitadas esferas? El desfavor del rey era para Margarita lo que para Cain aquella mancha horrible que llevaba en la frente; era una señal de perdicion. La reina de los salones, de las grandes tertulias, la depositaria de tantos secretos, la tirana de la moda, iba á ser el ludibrio de todos los que, envidiándola en secreto, rendian la cerviz á su poder.

Las pasiones, cuando no tienen una gran esfera en que agitarse y moverse, descienden á revolcarse en el lodo. Lo que sucede en los individuos, sucede con los pueblos. Los individuos, cuando no tienen pasiones que se alimenten en la vívida llama de una idea, caen siempre en la abyeccion. Los pueblos, cuando no pueden agitarse en la atmósfera de la libertad, se degradan, se envilecen. La esclavitud es un gran mal social, es verdad, porque es tambien un gran mal moral. Así, esos pueblos, envenenados por una atmósfera voluptuosa, que de nada pueden curarse, porque entre ellos de todo se cura el gobierno; pueblos sin iniciativa, sin poder, sin libertad, que tienen, sin embargo, actividad, que necesitan moverse, vivir; pueblos dados á la indolencia y á la esterilidad, evaporan tristemente su vida en lo vacío. Y así, aquellos cortesanos amaban ídolos de barro, y aborrecian mezquinamente. Y

todos los dias miraban el ceño de su señor y seguian las oscilaciones de su voluntad. No hay peor condicion que la de autómata; no hay nada mas vil bajo el sol.

Pero volvamos los ojos á los personajes que venimos historiando. Margarita se mostraba impaciente; pero, á decir verdad, no por la tardanza del rey, sino por la tardanza de Ángela. Juzgaba que el rey debia ir tarde, y no presagiaba que faltara en su casa en aquella solemnísima noche. En las córtes sucede, cuando se realiza una gran caída, que el último que lo sabe es el que va á caer, y que el que va á caer es tambien el último que oye el gran estrépito de su gran catástrofe. Por consiguiente, Margarita no se habia podido libertar de esta, que bien podríamos llamar ley general, de la vida cortesana.

Mas pronto se oyó un rumor, y todos los ojos se fijaron en la puerta. En efecto, era Ángela. Iba acompañada de su madre. Un sencillo traje celeste hacía resaltar la palidez mate de su cútis; algunas flores naturales ornaban su lustrosa cabellera. En medio de aquella lluvia de brillantes, de aquellas señoras llenas de oro, resaltaba por su naturalidad, por su sencillez, por su gracia. Parecia la naturaleza animada, personificando, mostrando su prístina gracia y hermosura, y reconviniendo así á todas las que

impiamente la abandonan por los torpes afeites del arte.

Todos los concurrentes volvieron los ojos á aquella figura casta y hermosa, que se dibujaba en la puerta. Ángela estaba turbada, sus ojos involuntariamente querian buscar á Eduardo, y sin embargo, se espantaba de pensar no mas que estaba en su presencia. Temblaba Ángela, y flaqueaban sus rodillas. Tuvo por precision que coger el brazo de su madre, porque temia caerse. Los dos jóvenes que tenian empeñado el diálogo anterior, comenzaron tambien á hablar de esta suerte en uno de los ángulos del salon.

— Mirad, mirad, dijo el italiano.

— ¿Qué? exclamó el francés.

— Mirad á la puerta.

— ¡Ah! Ya veo, ya veo. ¡Es ella! dijo el francés en un rapto de alegría.

— Sí, esa mujer cuya voz encanta á todo el mundo, cuya virtud es la admiracion de todas las gentes.

— ¡El arte y la virtud! ¡La bondad y la hermosura!

— Sí, tú no sabes todo lo que en ese corazon se encierra.

— Háblame, háblame de esa mujer divina.

— Su corona de artista la deposita á las plantas de los pobres.

— ¿Será cierto?

— Su vida es la caridad.

— ¡Hija predilecta del cielo!

— Cuando ha recogido el oro que le proporcionan sus triunfos, desciende á la choza del pobre.

— ¿Y se oculta?

— Se oculta de todo el mundo.

— La virtud debe ser modesta, y solo á ese precio es divina.

— Ayer descendia la jóven á una choza...

— ¡Oh!

— Iba á llevar la paz y el contento.

— Lo mismo hace con todo el mundo.

— Entró y se encontró con que no llevaba dinero bastante. Habia derramado el oro á manos llenas. Vió un nuevo desgraciado. Entónces, arrancándose un diamante que llevaba al pecho, se lo entregó.

— ¡Profunda caridad!

— Profundísima. Pero no esa caridad que derrama el oro y huye, no, la caridad que, como un ángel, se cierne sobre el desgraciado; la caridad que alivia los dolores de su cuerpo y consuela su alma.

— ¿Y no ama á nadie?

— Ha amado á Eduardo.

— ¡A Eduardo!

— Sí.

— No se concibe.

— Es un secreto.

— ¿Y él?

— Él la abandonó por Margarita.

— ¡Infame!

— El amor criminal se llevó tras sí el amor puro.

— ¡Parece imposible!

— ¿Y Eduardo no se muere de vergüenza?

— Eduardo vacila; pero esa mujer le fascina.

— Miradla. ¡Qué hermosa!

— Lo es en verdad.

— En medio de todas, parece un ángel.

— Sí, sí.

— Y su voz es, como su canto, dulcísima. Y su alma es un destello del cielo; y sin embargo, esa mujer es desgraciada.

Pero volvamos los ojos á Ángela. Toda aquella gran sociedad aristocrática bajó la frente ánte el poder de su virtud y de su genio. Mucho se habla en el mundo de la nobleza, de las grandes alcurnias heredadas; pero, fuerza

es decirlo, ante el genio, que luce como las estrellas en la noche, ánte la corona de laurel ganada honrosa y gloriosamente en una lucha, todos los timbres humanos se eclipsan y oscurecen. Ángela, con su sencillo traje y sus flores prendidas con descuido en su hermosa cabeza, era la verdadera reina de aquella sociedad, el punto donde s encontraban todas las miradas.

En un ángulo del gran salon, medio oculto entre cortinas, confundido como bajo la inmensa pesadumbre de un pavoroso remordimiento, pálido, demudado, retorciéndose las manos, fijos los ojos en Ángela, se encontraba Eduardo, pero tan profundamente dolorido y apenado, que le parecia que la mirada de Ángela le iba á abrasar el cerebro, iba á caer sobre él como un fuego del cielo para devorarle por su criminal olvido, por su despiadada ingratitud.

Ángela habia apurado hasta las heces la copa de la amargura, del martirio. Ya nada le quedaba que sufrir en el mundo. Habia perdido el sér en quien puso todas sus ilusiones, toda su fe, toda su esperanza; su dolor tomaba esa calma profunda que sucede á una gran tempestad. Ya no podia ahondar mas en sus entrañas; ya no podia desgarrar mas de lo que estaba su triste corazon, y en su

uniformidad, en su intensidad infinita, el dolor se habia convertido en una segunda naturaleza, y habia tomado esa calma grave, solemne, que solo las grandes pasiones pueden inspirar.

Como dice admirablemente el Dante, el gran pintor de todos los dolores humanos, las lágrimas que en aquel instante se asomaban á sus ojos, no pudiendo bañar su rostro y evaporarse en el aire, *granizaban* sobre su corazon. Entraba ¡ella! que tanto habia amado á aquel sér ¿por qué engañarse? que delirantemente le amaba, entraba en su casa, en la noche de su boda, en medio de los aromas de una corte voluptuosa, é iba, solo por verle acaso, á embellecer con su canto aquella solemnidad, que era su tormento, su martirio. En medio de aquella calurosa atmósfera, se acordaba de las tibias tardes de primavera; las mil bujías esparcidas le recordaban la suave luz de las estrellas, cuando aparecian amorosas entre los arreboles de la tarde; el olor embriagador, y voluptuoso de aquellas mil esencias, el suave aroma de sus flores, el ruido de aquella música, el gorjeo lejano del ruiseñor, acompañado por el susurro de las hojas y el eco del mar, que se apagaba dulcemente en las sonoras playas. Y la imágen de su felicidad, de su amor, re-

nacia á sus ojos, y el dolor brotaba á torrentes de su corazon herido y desgarrado. ¡Tremenda noche! Dolor insufrible padece en momentos dados el alma; el dolor moral es á veces tan profundo, tan amargo, tan intenso, que no hay dolores físicos que puedan ni remotamente comparársele.

El dolor hervia, inmenso, en su corazon, y se asomaba á sus mejillas, tiñéndolas de un sonrosado indefinible, y relucia en sus ojos prestándoles mística hermosura Aquella mujer era en sí hermosa; era hermosa por sus cánticos, era hermosa por su genio de artista, era hermosa por la pureza de su alma, era hermosa tambien porque llevaba en su frente luciendo con ideales resplandores, la santa corona del martirio. Mujer ideal, parecia ángel que pasaba por la tierra sin hollarla con sus plantas.

En cuanto á Margarita, varios afectos trabajaban su corazon. Su ansiedad, su anhelo por la presencia del rey en su casa, no tenian tregua. Y el rey tardaba mucho. Su ambicion temblaba al pensar solo si el rey podia faltar. Sin embargo, estaba tan segura de su triunfo, tan segura de que el rey no la faltaria, que todos estos temores cruzaban ligeramente por su pensamiento, y se desvanecian como el humo. Así que vió entrar á Ángela, el recuerdo

de sus sentimientos, su amor propio, su deseo de martirizar á Eduardo, su triunfo, al presentar á sus convidados la mujer que era fábula de la corte, la reina del teatro, todos estos mil afectos despertaron en su ánimo nuevas ideas. Dirigióse donde se encontraba Ángela, y la abrazó con ternura. Al mirar sus ojos, comprendió que Ángela queria llorar, y se conmovió un instante, y una lágrima se asomó tambien á sus ojos. La mujer, aun la mas perversa, cuando ve ó presencia algo que toca al corazon, siente mas que el hombre, es decir, conserva un recuerdo mas vivo y profundo de su primitiva naturaleza, y se acerca mas á su Creador. Pero aquella ligera conmocion pasó pronto, y Margarita, en su natural orgullo, quiso ofrecerle y presentarle aquel gran trofeo de su victoria á Eduardo.

Así es que volviéndose á buscar á Eduardo, le trajo como á remolque delante de Angela. Esta se armó de su resignacion maravillosa, y con los ojos fijos en el suelo, esperó á Eduardo. El jóven tampoco se atrevió á mirarla; de suerte que estaban frente á frente y puede asegurarse que no se habian visto.

—Señora, mi esposo, dijo Margarita, acentuando es palabra, y dirigiéndose á Ángela.

Ángela alzó entónces la frente como quien toma una resolucion suprema, y clavó sus ojos en el rostro de Eduardo. Un gemido, que no pudo contener, se escapó de sus labios, entreabiertos por una sonrisa, no de placer, sino de amargura.

Margarita, volviéndose despues á Eduardo, exclamó :

— Nuestra gran cantora, nuestra sublime artista.

Eduardo balbuceó algunas palabras, y se quedó pálido, frio como la muerte.

— Sí. Este caballero me conoce, dijo friamente Ángela.

— Sí, contestó Margarita en tono muy significativo, os ha visto en el teatro.

— No solamente en el teatro; sin duda se acordará de haberme visto en sus paseos por el mar en una playa no muy lejana....

— Señorita, dijo Eduardo con amargo acento. No lo he olvidado.

— Pues no sabía yo eso, dijo Margarita en son muy irónico.

— Pues te digo, Eduardo, añadió Margarita, que en verdad, en verdad, yo aunque mujer, nunca he olvidado á Ángela, desde el primer instante en que tuve, aquí

mismo, en nuestro jardin, la dicha de verla. Es una fisonomía que no se borra fácilmente de la memoria.

Eduardo comprendió todas las reconvenciones que encerraban las palabras de Ángela, toda la amarga ironía que encerraban las palabras de Margarita. Ángela, como era mujer, y á pesar de su bondad altiva, pronunció sus palabras, no ya con desden, no ya con amargura, sino con una indiferencia tan glacial, tam completa y tan extrema por mejor decir, que allá en el fondo de su corazon, por una reaccion propia del orgullo, y del orgullo noble, parecia que en aquellos instantes supremos se habia apagado el fuego devorador de su exaltada pasion. Esta indiferencia alentó á hablar á Eduardo.

— Sí; yo recuerdo la primera vez que os vi, dijo con serenidad. Recuerdo que estabais en un montecillo, bajo un sauce, en un montecillo que caia al mar. Al pié de una fuente dabais de beber á unas palomas. Recuerdo que una de ellas fué á recoger un grano de trigo en vuestros mismos labios. Recuerdo que cantabais una barcarola, y que al oiros cantar, detuve involuntariamente mi barca. Vuestra hermosa voz resonaba...

Ángela se iba poniendo pálida; sus labios perdian el color, se cerraban sus ojos.

— ¿Qué tenéis, que tenéis¿ dijo Margarita, sosteniéndola en sus brazos.

— Nada, nada, un vahido. El recuerdo de mi padre, de aquellos campos, todo, todo.

Ángela y Margarita volvieron la cabeza; pero se encontraron sin Eduardo. Con el pretexto de ir á buscar un vaso de agua, habia huido. Los concurrentes apénas notaron aquel ligero episodio, que pasó con la rapidez de un relámpago. Ángela, en aquella gran lucha, comprendió su debilidad, y por una reaccion suprema, se posesionó de sí misma, y tomado el brazo de Margarita afectuosamente, exclamó:

— Bajemos, bajemos al jardin.

Y ambas jóvenes, pasando por en medio de los grupos de cortesanos que las saludaban respetuosamente, bajaron al jardin.

---

## XVIII.

Eduardo no habia podido sufrir friamente la reconvencion de Ángela. Huyó de su presencia, porque el sol de su mirada le abrasaba. Creia ver en aquellas palabras la condenacion explicita de toda su vida. Y en efecto lo era. Dejar un amor puro y sereno por un amor tempestuoso y viciosísimo; abandonar aquel cielo por caer en el infierno, donde hervian tantas pasiones, era un crímen que nunca, nunca el soplo cantante del tiempo podria borrar de su alma. Así es, que huyendo á todo huir de la presencia de Ángela, refugiándose en un apartado gabinete, dejándose caer como herido de un rayo en el sillon, y dándose á llorar amargamente, mostraba que toda su vida pasada renacia á sus ojos.

El gabinete estaba solo y oscuro; una de sus ventanas se mostraba abierta; ligeros reflejos de las luminarias de los jardines daban, con un resplandor crepuscular, un tinte melancólico y misterioso á todos los objetos allí di-

seminados y esparcidos. Eduardo temblaba como la hoja en el árbol. Le rechinaban los dientes; sacudimientos eléctricos se esparcian como grandes centellas por su cuerpo; su respiracion era fatigosa, y los sollozos que partian de su despedazado pecho, le ahogaban.

— He sido muy criminal, decia, muy criminal. He abandonado el amor puro del alma, por el amor pasajero del sentido. Dios me habia mandado un ángel para que derramara las armonías de su alma en mi alma; yo le he apartado de mí como si me trajera acíbar, cuando me traia el néctar de la vida en su copa. Horas deliciosas en que yo, mirándola, de rodillas á sus piés, me sentia mejor, y como asistido de Dios, ¿qué os habéis hecho? El aire de estos salones me sofoca. Yo me ahogo. ¿Por qué no habia de vagar ahora por aquellas antiguas y hermosísimas playas? Á la luz de la luna, en medio del campo, bajo un árbol que dejara caer sobre mi frente sus hojas, como caricias de los séres inanimados, reposaria tranquilo mi corazon, sosegada mi conciencia. Viéndola, veria resplandecer en sus ojos la luz purísima de la virtud, que es la luz santa y misteriosa. ¡Desgraciado de mí! La ambicion me cegó un instante. Creí que en el mundo solo existia la pasion rastrera, vil, mezquina del poder, del

interes, de la riqueza. Creí que en aquella fuente hermosa y rústica, donde bajaban á beber las palomas del valle, no habia agua bastante á extinguir mi sed. Y ahora me encuentro aquí solitario, en medio de la sociedad, muerto de hambre y de sed de espiritualismo, de vida, avergonzándome de mí mismo. ¡Oh! No puedo estar solo. Cuando estoy solo me persigue como una sombra el remordimiento. Y mi remordimiento es mi gran torcedor, mi pesada cadena, mi castigo. Quiero romperlo, olvidarlo. Y Dios no me oye, ¡oh! sí, no me oye. Dios mio, Dios mio, ¿por qué no me privas de memoria? ¿Por qué no me quitas de los ojos su imágen? Al verla tan pura, tan hermosa, tan riente, siento un torcedor inmenso. Me parece que el remordimiento me muerde las entrañas. Apártame, Dios mio, apártame esa mujer de los ojos. Te lo ruego por piedad. Ángela, Ángela, tú, tú que has sido mi delicia, eres hoy mi tormento, eres el espectro que aparece á mi vida. Pero no puedo, no puedo. La veo siempre, siempre sí, presente á mis ojos, á mi conciencia. Me mata, me mata. Ángela, imágen de Ángela, huye de mí... ¡ Oh!... Yo deliro.

En esto se abrió una puerta, y en su dintel apareció Margarita. Llevaba una luz en la mano. Sus mejillas esta-

ban teñidas de una palidez semejante á la palidez de la muerte. Dos gruesas lágrimas rodaban por su rostro. Los diamantes, las flores que ceñian su cabeza, los ricos adornos que la hermoseaban, parecian, sin embargo en aquellos instantes los lujosos atavíos con que el orgullo humano quiere muchas veces cubrir á los muertos. La luz, que la iluminaba todo el rostro, no habia llegado á dar en el ángulo donde se encontraba Eduardo y así Margarita no pudo verle. Entró, volvióse á cerrar la puerta, y dejando caer la luz que llevaba sobre un velador, exclamó con acento desesperado :

— ¡Ay! ¡Estoy perdida!

— ¡Margarita! dijo entónces Eduardo con voz apagada.

Margarita, al oir aquella voz, dió un grito espantoso, y se levantó para huir; pero el terror no la dejó dar un paso, y cayó en el pavimento como herida de un rayo.

— Margarita, Margarita; soy yo, yo, Eduardo.

— ¡Ah! Eres tú. Eres tú...

Y cogiendo su brazo, se incorporó.

— Me habia asustado mucho, mucho...

— ¿Qué te sucede, Margarita? ¿Por qué tan conturbada?

— ¡Estamos perdidos!

— Pero ¿por qué, Margarita, por qué?

— El rey, Eduardo, el rey tarda mucho.

— ¿Y eso te aflige?

— He oido...

— Sosiégate, Margarita, sosiégate.

— He oido decir que el rey no venia esta noche.

— ¿Cómo has podido imaginarte eso?

— Tarda mucho.

— Y aunque no viniera...

— Si no viene, estamos perdidos.

— ¿Por qué?

— Porque tenemos muchos enemigos.

— Los despreciaremos.

— Y esos enemigos pueden dañarnos.

— Nos defenderemos.

— No hay defensa posible.

— Nunca se cierran todos los caminos.

— Eduardo, se cierran.

— Los abriremos nuevos con nuestros brazos. La lucha es la vida.

— Te forjas muchas ilusiones.

— Me basta corazon.

— Si esa desgracia nos sucediera...

— ¡La ausencia del rey en esta noche!...

— Es nuestra sentencia de muerte.

— Margarita, no te comprendo.

— Escúchame, escúchame, Eduardo.

— Pero sosiégate, por Dios, Margarita.

— Óyeme y pásmate, Eduardo. Yo he visto aquí un ministro poderoso, dueño de la voluntad del rey, caer en desgracia. La gente lo sabía, y él lo ignoraba. Un baile fué la señal de su desgracia. La reina acostumbraba á bailar todas las noches de sarao el primer rigodon con él : la noche destinada á herirle, no lo bailó. Apartáronse de él los cortesanos como si estuviera apestado, riéronse de su catadura los mismos que le prestaban homenaje ; encontróse en aquellos salones donde todas las frentes, hasta las frentes coronadas le acataban, solo, aislado, sin un amigo. Su desgracia creció, y un dia se vió preso, y otro próximo al cadalso, y hoy anda acaso en tierra extraña, pidiendo una miserable limosna para mantener á sus hijos.

— ¿Y nosotros podemos temer eso mismo?

— Podemos, debemos temer mas, no lo dudes.

— Nos iremos á un país extraño.

— No te dejarán.

— Pero, dijo Eduardo mirando el reloj, aun no es hora no, ni con mucho, de que venga.

— ¡Oh! Si no viniera, Dios mio, si no viniera, como he oido susurrar á mis enemigos por las jardines...

Y Margarita se pasaba la mano con delirio por la frente, como para alejar una sombra.

Tanta era su preocupacion, que se habia olvidado de Ángela. Su ambicion eclipsaba su amor. Sin embargo, muy grande era el peligro cuando ¡ella! que tanto se acordaba siempre de sus rivales, y que tanto se complacia en martirizar á Eduardo, no le echaba en cara irónicamente, como de costumbre, la dramática escena de Ángela. Margarita vivia en la tempestad por el ruido de las grandes pasiones; por la adoracion de las gentes; por la grandeza de su casa, por su poder; por todas esas cualidades prestadas que eran el secreto maravilloso de su fortuna y de sus placeres. Todo aquel dorado castillo podia caer en una hora, en un momento, podia destruirse con un solo soplo.

Y para el sér que está acostumbrado á respirar el aliento de la tempestad; para el que vive en medio de las encrespadas pasiones; para el que no tiene mas luz que la luz que despiden todos los sentimientos exaltados; para ese

sér, ciertamente, separarse de tal atmósfera, vivir, agitarse en otros horizontes mas solitarios ó mas tranquilos, equivale á la muerte. Esos séres, que buscan el ruido, el estrépito, la tempestad, la lucha, y quieren vivir siempre luchando y combatiendo, no tienen idea alguna de la felicidad. El hombre, para vivir tranquilo, debe buscar el seno del hogar doméstico; allí erigir altares á la virtud, á la paz; teñir siempre de un color sonrosado y hermoso este último asilo del corazon, y siendo buen padre, buen hermano, buen amigo, buen esposo, buen hijo, debe mostrar que no hay virtudes públicas posibles cuando no se radican en la santa virtud privada, que es, digámoslo así, el verdadero pié del árbol de la vida. Pero todo esto, si para el hombre es una ley social, una ley religiosa, para la mujer, ademas de todo esto, es algo mas, es una ley de su naturaleza. La mujer, donde mas luce, donde mas brilla, donde se ve su verdadero esplendor, es en el seno del hogar doméstico. Aquel es, sin duda, el teatro de sus triunfos. En el hogar doméstico tiene sus altares, su ara, y allí se muestra diosa. Pocas mujeres he visto mas bellas ni en la naturaleza ni en la sociedad, que la madre de familia, sentada entre sus hijos, que la miran arrobados como á su cielo, dispensándoles sus caricias,

infundiéndoles con su beso de amor un alma, mostrando á este la virtud, enseñando al otro á balbucear las primeras palabras de su lengua, al de mas allá á postrarse ánte Dios, á todos á quererse, á amar á los demas hombres, á consagrar todas sus obras, todos sus pensamientos al cielo, siendo así como un artista que hermosea con indecible cuidado el alma, que Dios creó, preparándola á vivir en la tierra vida dichosa, y á esperar otra vida mejor en el cielo.

Mas no habia nacido para esto Margarita; no era ese el fin á que la destinaba toda su vida. ¿Cómo era posible para ella vivir sin que se inclinaran mil frentes en su presencia? ¿Cómo podria vivir sin llevar en sus manos la trama de mil tragedias? ¿Cómo podria respirar, si al convertir los ojos á todas partes solo alcanzaba un desolado desierto? El hogar doméstico para Magarita era lo que la jaula para el ave, que ansia ser reina del espacio, y cernerse sobre las nubes mas allá de la region de las tormentas. En el hogar doméstico languidecia, desmayaba, se moria, en una palabra, aquella mujer acostumbrada á la vida de la corte. Así es, que miéntras habia tenido cierta privanza, cierto favor en la corte, privanza y favor alcanzados por su talento y por su astucia, habia vivido

feliz y contenta. Mas cuando ese favor le faltara, cuando esa sociedad la abandonara, quizá Margarita no podria sobrevivir á tan rudo golpe. Así el desprecio del rey era para Margarita cuestion vitalísima. Acaso se encontraba en aquel supremo instante en uno de los trances mas amargos, pero mas grandes y mas decisivos de toda su agitada vida.

Eduardo y Margarita salieron á los salones. La jóven estaba muy agitada; Eduardo muy tranquilo. Al salir vieron á Ángela al lado de su madre : deshojaba maquinalmente unas rosas, oyendo y contestando casi maquinalmente infinitas palabras lisonjeras de un gran número de cortesanos. Ni podia decirse que sus contestaciones eran altivas, ni mucho ménos ásperas; pero habia tal majestad en su acento, tal severidad en su palabra, que todas las lisonjas de aquellos jóvenes, salidas de corazones gastados, tomaban, sin embargo, cierta severidad respetuosa al penetrar aquella atmósfera, como si las purificase Ángela con su aliento.

Margarita miraba á sus convidados, y los veia ansiosos, como esperando algun acontecimiento. Entónces conoció que solo la voz divina de Ángela podia influir mágica mente en todos aquellos séres; que solos sus acentos en-

cantadores podian distraer aquellas almas de la idea que á todos preocupaba. Acercóse á Ángela, y le dijo :

— ¿Cantaréis, amiga mia?

— Me será muy difícil, Margarita.

— ¡Difícil! ¿Á vos que, solo con hablar, suspendéis los corazones?

— Os agradezco vuestra lisonja; pero permitidme que insista.

— ¿Por qué?

— Voy á ser muy franca. Hay momentos en que ciertos recuerdos de mi infancia, de mis campos, me poseen absolutamente.

— Y eso, léjos de dañar, dará mas suave melancolía á vuestros cánticos.

— Acabaré mi pensamiento. En esos instantes, solo puedo entonar aquellas mismas canciones que yo cantaba á las orillas del mar.

— Pues casualmente deseo yo oir esas, é iba á pediros que las cantaseis.

— ¡Mas son tan sencillas!

— Sé, sin embargo, que son muy interesantes.

— Os engañáis, Margarita. Mal puede interesar una ca-

dencia monótona, semejante al ruido eternamente acompasado de las ondas.

— ¡Ah! Sabed que aquí son muy gratos esos recuerdos de la naturaleza.

— ¡Aquí, muy gratos! son incomprensibles.

— No para todos los corazones, Ángela, dijo Margarita, recalcando sus palabras.

— Para todos, contestó con horror Ángela.

— Pues os puedo asegurar que no lo son.

— Y yo os puedo decir que deben serlo.

— No se manda en el corazon.

— Pero se manda en la conciencia.

— ¿No es verdad, Eduardo? dijo Margarita, aprovechándose de un momento en que Eduardo pasaba á su lado con un grupo de jóvenes.

— No sé qué me preguntabas, dijo Eduardo confundido y balbuciente como siempre delante de Ángela.

— Te preguntaba, si sería grato oir los cantares que Ángela entonaba allá en sus playas.

— ¡Oh! Son muy hermosos cantares.

— ¿Los has oido? dijo Margarita con gran intencion.

— No, no es muy extraño, dijo Ángela. Con solo acercarse á las playas, se oyen fácilmente. ¿Y qué jóven no

habrá tenido algunos de esos amores noveleros, de esos amores de pura imaginacion y fantasía por esas playas?

Eduardo se ponia pálido. Margarita, como siempre, se gozaba en su humillacion y en su vergüenza, y como era muy perspicaz, exclamó :

— Pues entónces, Ángela, habéis hecho vuestro proceso. Debéis cantar. Hay aquí muchos jóvenes á quienes interesarán esas canciones.

— No es bien, Margarita, nublar con remordimientos estos festejos.

— No, no importa. Sentirán. ¿Creéis que es tan fácil en este siglo y en esta sociedad sentir?

Ángela cedió á las palabras de Margarita, y se calló. Esta, contenta con su victoria, y olvidada de la tempestad que iba á caer sobre su frente, dijo volviéndose á Eduardo :

— Acompañad á Ángela al piano.

Eduardo extendió su mano con temor, y sin atreverse á fijar los ojos en su amada. Ángela, sin mirarle tambien, le dió la mano. Al tocarse aquellas dos manos, que tantas veces se habian juntado con efusion, los dos jóvenes sintieron, olvidado Eduardo de su vergüenza, olvidada Ángela de sus agravios, el fuego del amor. Pero bien pronto

la fria realidad cayó como un témpano de hielo sobre su corazon, que comenzaba á arder. Sin embargo, Eduardo no temía tanto la ardorosa mirada de Ángela como la mirada burlona de Margarita. La mirada de Ángela le recordaba que habia sido infiel, criminal. La mirada burlona de Margarita le decia que era vil, que era despreciable. Así es, que desde la puerta del jardin, donde estaban, al salon del piano, pudo decirle :

— Ángela.... mil veces he pedido á Dios la muerte.

— Habéis hecho mal, Eduardo, porque debéis vivir, hoy para vuestra mujer, y para vuestros hijos mañana.

Eduardo lanzó un gemido profundísimo. Aquellas palabras se le clavaron en lo mas hondo del corazon. Margarita miéntras tanto los miraba y se reia. Al volver Eduardo, le dijo :

— Margarita, no me asesines.

— ¿La amas todavía? ¿La amas?

— Calla por piedad.

— Ella te ama, sí; te ama.

— No, no es verdad. No la injuries.

— ¡Oh Eduardo! Yo necesito creerlo, para amarte. Quizás Dios me ha hecho mala, muy mala. Lo cierto es

que yo no podria amarte si no supiera que hay en el mundo un sér que padece por ti.

— ¡Triste felicidad!

— Muy triste, pero muy en armonía con mi naturaleza.

— ¿Y no te se desgarra el corazon al pensar en si son ciertas tus sospechas?

— No, Eduardo. Ella goza tambien; goza con su virtud, con su inspiracion artística. ¡Que padezca!

— ¡Oh! Tienes un alma tan negra como un abismo.

— Y sin embargo, en el fondo de ese abismo estás tú.

— Es verdad, es verdad. Por eso no me conozco.

— Y despues de todo, me amas mucho mas que á esa mujer.

— No hablemos de eso, Margarita.

— No puede ser.

— ¡Ah!

— No puede ser, porque yo no puedo dejar de gozarme en mis victorias. No puede ser, pues yo te amo porque otra mujer te ama. No puede ser, porque yo no puedo cambiar mi naturaleza.

— Te odiaria si pudiera.

— Ya sé que no puedes.

— No abuses de tu creencia.

— Te conozco mucho, Eduardo.

— ¡El amor!

— Tú que no eres capaz de amar, tú que no has nacido para amante, has nacido, sin embargo, para esclavo.

— Es verdad.

— Mira, soy tu conciencia. Y al mismo tiempo soy tu remordimiento, tu castigo.

— Sí, mi castigo.

— Y sin embargo, soy tu cielo.

— Margarita... por piedad.

— Tú no hubieras podido vivir en ese cielo estrellado, sin nubes, sin tempestades, que Ángela te ofrecia. Tú has nacido para vivir entre la tempestad.

— No, no lo creo.

— Te dejas alucinar por la impresion de un instante. Consulta, consulta tu corazon y tu conciencia; consúltalo, y te dirá quién tiene razon.

En esto se oyó el canto de Ángela. Era una de esas canciones melancólicas impregnadas de amor, que solo saben los pueblos meridionales, y solo se oyen y se comprenden á las orillas del Mediterráneo. Era la misma cancion que Eduardo entonaba por las tardes cuando las primeras estrellas aparecian en el cielo, y los últimos resplandores

se borraban en el horizonte al separarse de Ángela; cancion que parecia un quejido, un suspiro, un profundo ¡ay! del corazon.

Eduardo palideció. Un sudor frio bañaba su frente. Mirándole maliciosamente Margarita, le dijo :

— Te comprendo, te comprendo.

— Calla, calla. No me hagas perder una nota de este cántico.

— Es un recuerdo.

— Sí; mejor dijeras un remordimiento.

— ¡Tardío!

— Es verdad.

— Oye, Eduardo. Esas *fermatas* parecen el eco melancólico y arpado del ruiseñor, cuando suspendido de la rama contempla su nido. Esos compases tan largos, tan cadenciosos, parecen las anchas olas, cuando un ligero soplo de las brisas las mueve, y van mansamente á romperse en la arena. Esas notas altas, agudas, aisladas, solitarias, parecen quejidos, ayes, el sonido de una lágrima que cae en un lago. Y todo eso que te extasía, que te enajena, todo eso, que te parece la realidad de la vida, es poesía, es mentira, es nada. Eso no es realidad, eso no es verdad.

En este momento concluian los últimos acentos de aquella voz divina, y una inmensa salva de aplausos ruidosa, estrepitosísima, cubria los últimos acentos de aquel suave cantar.

— ¡Ah, Eduardo! El mismo efecto que hace en esas almas el canto, hace en la tuya. Todo eso es mentira.

— Pues si es mentira, maldita sea la verdad.

Margarita lanzó una prolongadísima carcajada, una carcajada aguda, epiléptica.

— ¡Maldita sea la verdad! ¿Conque me maldices á mí? ¡Infeliz! ¿Crees que hubieras hallado alimento para tu corazon con ese amor? Te engañas. Esa bienaventuranza te hubiera sonreido un dia, te hubiera hastiado al dia siguiente. El corazon humano jamas comprende lo infinito. Mira la variedad de los acontecimientos, y se complace en ella. Y al lado del bien, gusta del mal. El azul del cielo cansaria nuestra vista, si no le cubriera el velo de la tempestad.

La cancion de Ángela, nacida de lo mas íntimo del corazon, electrizaba á los oyentes. Era el eco de un alma poseida de grandes sentimientos. Para ser artista, no hay como sentir y saber expresar lo que se siente. Es muy difícil encerrar la idea en la forma, y el poseer esa divina

facultad es poseer el gran secreto del genio. Y Ángela, aunque pobre mujer, aunque desvalida, criada en el fondo de un campo, apartada del mundo, por esas revelaciones misteriosas de Dios, por esa intuicion suprema del alma predestinada para el cielo, habia nacido con la fuerza creadora del genio. Despues de cantar, despues de dar al aire aquellos quejidos de su corazon, se dejó caer, como si le faltaran las fuerzas para sentir y padecer, en un sillon.

## XIX.

Miéntras tanto, pasaba el tiempo y el rey no venia. Los cortesanos comenzaban á impacientarse; Margarita á sentir profundísimo dolor en el corazon. Los mismos que poco ántes la adulaban, iban poco á poco apartándose de ella, y dejándola en lo vacío. Por todo el salon solo se hablaba de la caída de aquel grande y colosal poder. Unos atribuian tamaña desgracia á haberse hecho ya demasiado públicas algunas de las faltas de Margarita; otros á haber visto de mal ojo el rey algunas ideas no muy sanas vertidas por la jóven, sin gran madurez, en la corte. Mas ¿quién es capaz de averiguar los secretos del corazon de un rey absoluto? ¿Por qué Felipe II aborreció á Antonio Pérez? ¿Por qué cayó de su gracia la princesa de Eboli? ¿Por qué fué arrojada ignominiosamente de la corte de Felipe V la omnipotente princesa de los Ursinos? La historia da á estas peripecias razones mas ó ménos verosímiles, mas ó ménos fundadas; pero el secreto, lo que pasa en el

corazon de esos reyes, solo puede saberlo Dios. No hay que decir que esta es ó aquella la causa; la verdadera, la única, la indispensable causa está sin duda en el corazon de los reyes; allí y solo allí tienen su raíz todos estos acontecimientos. Margarita se sintió ya herida; echó mano al corazon, y el corazon destilaba sangre, y en sus ojos resplandecia ya el fulgor de la venganza. Desde que se convenció que su desgracia era cierta, hizo callar la gran lucha empeñada en su corazon y en su conciencia, y se decidió á romper con sus brazos las olas de los adversos sucesos.

Cuando todas estas ideas y todos estos sentimientos la agitaban como caña combatida por los huracanes y por la tempestad; cuando su ansiedad crecia; cuando un gran rumor, semejante á los preludios de esa terrible sinfonía que se llama tempestad, corria por todo el salon, anunció á un gentilhombre de S. M. uno de los criados de Margarita, y esta le salió al encuentro apoyada en Eduardo, cuando el cortesano levantando la voz, con acento irónico y mirar altanero, dijo :

— « Los grandes negocios de Estado, han impedido á SS. MM. honrar vuestra casa. »

Palabras tremendas, que fueron á caer como un rayo á las plantas de Margarita.

Á esto siguió un profundo silencio; al silencio un rumor terrible; al rumor un movimiento general; todos se iban, pues parecia que aquella mansion de la hermosura, del placer, donde se anidaba todo lo mas galante y aristocrático de Nápoles, aquel centro de todo lo mas granado de la nobleza, se habia por un sobrenatural milagro convertido en una casa apestada; no parecia sino que se habia prendido fuego, ó que estaba amenazada de un terremoto, segun huian á todo huir de aquella casa los alegres convidados.

Margarita se quedó pasmada y extática. Un sacudimiento nervioso recorrió su cuerpo, como si fuera un gran latigazo; sus ojos perdieron la luz; la respiracion su pecho, y parecia que iba á espirar bajo el peso de su dolor y de su vergüenza. Mas este dolor y esta vergüenza pasaron fugaces por su alma como una exhalacion; se rehizo pronto, y mirando á todos aquellos séres mezquinos y despreciables que huian, sin saludarla siquiera, como si su contacto quemara, tomó un continente majestuosísimo, imponentísimo, se revistió de todo su orgullo, y miró con soberano desprecio cómo se condensaba y se apiñaba aquella grande y pavorosa tormenta.

Los salones lucian esplendorosamente iluminados; la

música hacía rodar sus ondas armoniosas en aquella atmósfera; los pebeteros despedian sus aromas, las flores de los jarrones su esencia; las estatuas se sonreian y mostraban su olímpica serenidad; brillaban los cuadros, y sin embargo, en aquellos salones ántes cuajados de gente, no habia un alma; parecia un castillo, cuyos dueños han muerto; un jardin hermosísimo en medio del desierto. Decimos mal; habia algunos personajes. Estaba Margarita, poseida de una rabia inmensa, arrojada en un divan, con su corona de desposada á los piés, y un mar de lágrimas en los ojos; Eduardo meditabundo, indiferente, sosteniendo con una mano la agitada cabeza de Margarita y descomponiendo con la otra su cabello, como para alejar una idea; y al pié de este grupo, consolándolos como un ángel, recogiendo las lágrimas y los suspiros de Margarita, alentándola, desvaneciendo sus temores, llevando la esperanza á su corazon, la pobre cantora que, desde el instante mismo en que vió aquella desgracia, se olvidó de todo, y solo se curó de los doloridos, miéntras su madre, en un rincon de la estancia, preparaba cuidadosamente algunos líquidos preciosos para calmar la penosa ansiedad y el terrible anhelar de Margarita.

¡Oh! Mira, Eduardo, lo que es la corte. Todos, todos

nos abandonan. Desde hoy seremos blanco del odio universal. ¡Infames! ¡infames! Creen que pueden pisar impunemente la cabeza de la víbora. Creen que yo estoy desarmada. No lo estoy, no lo estoy. En mis manos hay aun grandes corrosivos que arrojar sobre todos mis enemigos, sobre todos. No importa que levanten muy alta su frente, no importa que reunan mucho poder; lucharemos á brazo partido, y triunfaré ó sabré morir en la demanda. ¡Oh! luchar tanto, necesitar para vivir la lucha, es muy triste, sí muy triste. Pero todos mis enemigos caerán abrasados por mi mirada de odio, por la maldicion que sobre ellos arrojarán mis labios.

— Apartad de vuestra imaginacion esos tristes pensamientos, le decia Ángela. No aborrezcáis á nadie. Vale mas olvidar, perdonar, que vivir siempre quemándose en el odio. No merece ningun crímen la venganza. El que falta á su deber, el que desprecia la voz de la conciencia, solo merece compasion.

— ¡Compasion, compasion! No entiendo ese lenguaje, no puedo comprenderlo. Compasion del que goza, caridad hácia el criminal... ¡Oh! no; la mala yerba se arranca, se extirpa.

— ¡Margarita! dijo Eduardo. Con esos excesos de furor, solo alcanzarás quebrantar tu naturaleza.

— ¡Oh! No, no. El odio me reanima, me da nueva vida, siento que la sangre circula por mis venas. Cortaré el crímen con el crímen; ahogaré el mal con el mal.

— No, no digáis eso, Margarita. El espectáculo que ofrece el crímen es repugnante. Nunca debéis recordar tan oportunamente como hoy ese gran precepto evangélico: lo que no quieras para ti, no lo quieras para nadie, dijo Ángela.

— Haber perdido yo mi poder, que parecia eterno, incontrastable. Verme abandonada, burlada, por esa nobleza napolitana, que ántes me adoraba rendida, idolátricamente.

Ya no me temen, ya no me respetan. Yo les mostraré que no he perdido mi poder, ese poder que era un hermoso talisman que los seducia...

Margarita no oia razon alguna; solo escuchaba el acento de su venganza y de su ira. Es decir, ¡pensamiento que parecia incomprensible! Margarita habia pensado en vengarse, sí, en vengarse de un rey absoluto y poderoso. Era una empresa titánica, impropia de una mujer; pero era digna de una alma fuerte, vigorosa y tenaz. Cuando todos

los horizontes se cerraban, Margarita los veia colorear, tiñéndolos de color de sangre, con su pensamiento, con su idea. Era la leona herida, acorralada, que siente hervir su sangre, y cuyos ojos centellean de rabia, á medida que se aumentan sus dolores. Así, se levantó, paseó una mirada de desprecio por aquel salon abandonado, solitario y frio, y riéndose despues convulsivamente, como si llegara su ánimo al fin de una gran crísis, dijo :

— ¡Oh! Sí, sí, la venganza...

— Soñáis, Margarita, soñáis, dijo Ángela, y os podéis perder.

— ¡Perderme! No. Yo perderé á mis enemigos.

— Vuestro enemigo es el rey.

— Pues bien; perderé al rey.

— Es omnipotente.

— No hay omnipotencia que resista á la tenacidad de un gran sentimiento de venganza.

— ¡Infeliz!

— ¡Yo infeliz, Ángela! ¡Yo infeliz! Eso creen los miserables que me abandonan. Y no saben que yo gozo en estos momentos supremos de la vida, que yo acaricio estas grandes peripecias de la fortuna.

Ángela lloraba; se aparecian á sus ojos todas las des-

gracias que iban á rodar sobre la frente de Eduardo.

— ¿Lloráis? le decia Margarita. ¿Lloráis por nosotros?

— ¡Oh, Ángela! exclamó Eduardo cogiéndola las manos en un arrebato de entusiasmo.

Ángela se desasió de Eduardo, y fué á desahogar su dolor abrazándose á su madre.

— Eduardo, decia Margarita. Tú no has nacido para los grandes combates.

— Mírala, mírala, decia Eduardo, olvidado de todo, y señalando á Ángela. Mira, llora por nosotros.

— No es hora de suspiros y de lágrimas. Es la hora de la venganza.

— ¡Por piedad! exclamó Ángela juntando las manos en actitud suplicante. ¡Por piedad! Vais á ser víctimas de vuestras pasiones. Esa venganza que Margarita acaricia, puede ser el cuchillo de vuestra garganta. Huid á ser felices. Yo protegeré vuestra fuga. Huid juntos. En una isla, en otro país mas venturoso, allí, amándoos mucho, podéis gustar una felicidad, que aquí puede trocarse en una gran desgracia. Os lo pido por vuestro amor. Huid, huid léjos de aquí. Imaginad lo que en este instante se tramará contra vosotros. Imaginad la gran desgracia que atraéis sobre vuestras jóvenes frentes. ¡Oh! Solo mirarla me horroriza.

Y Ángela se cubrió el rostro con las manos, llorando amargamente.

— ¿Y no la merecemos? dijo Eduardo fuera de sí, arrojándose á los piés de Ángela. ¿No la merecemos? Los que hemos faltado á todos los juramentos, los que hemos olvidado todo cuanto habia de santo, de sagrado en la vida, los que hemos vertido en el lodo el sagrado licor de la felicidad, que Dios nos enviaba, ofreciéndolo á los secos labios por la mano de un ángel, los malvados, los perversos que hemos hecho eso, merecemos, sí, el castigo. ¡Que vengan! ¡Que vengan! No me quejo. Aquí está pronta mi vida, mi corazon, á recibirlos.

— ¿Qué oigo? dijo Margarita, cogiendo del brazo fuertemente á Eduardo. ¿Qué oigo? ¿Olvidas que soy tu esposa? ¿Olvidas que me has jurado amor eterno? ¿Qué significan esas palabras? ¡Oh! En este instante supremo todos me abandonan.

— Tenéis razon, Margarita, dijo Ángela. Esas palabras solo han podido ser inspiradas á Eduardo por la demencia que inspiran estos amargos y supremos trances. Eduardo no es merecedor de ese gran castigo, y Eduardo seguirá vuestra misma suerte, sí, la suerte de la mujer que ha escogido por inclinacion y por amor, por libre voluntad,

sin que ninguna otra idea empañase su corazon y su conciencia.

— Sí, yo acepto el castigo, dijo Eduardo mirando frente á frente á Margarita; pero yo conozco lo que conoce mi mujer; yo conozco que es merecido mi castigo.

— No digáis eso, Eduardo. ¿En qué habéis faltado? preguntó Ángela.

— ¿Y vos me lo preguntáis?

— Yo os lo pregunto, porque yo nada sé ya, nada de vuestra vida. Vámonos, madre, vámonos, dijo Ángela, volviéndose á su madre con gran anhelo.

— Sí, sí, idos, Ángela, idos, dijo Margarita, que comenzaba á sentir el torcedor de los remordimientos y de los celos.

— Me voy, sí, pero no para abandonaros. En la hora de la desgracia yo no os abandono, yo no puedo abandonaros, sin saber qué va a ser de vosotros; yo no puedo consentir que os perdáis miserablemente.

— Mujer celestial, exclamó Eduardo, la tierra no te merece.

— Deja que nos perdamos, Ángela. Deja á la piedra que caiga al abismo. No te precipites á detenerla, porque caerás rodando con ella, dijo Margarita.

— Prefiero correr vuestra misma triste suerte, á compadeceros con estéril compasion.

— Nuestra suerte, despues de todo, dijo Margarita, será la victoria.

— Entónces os abandonaré, añadió Ángela; pero velaré por vosotros en la hora del combate.

— Pues bien, esa hora ha sonado ya. ¿No es verdad, Eduardo?

— Ligado con fuertes lazos que no puedo romper, te seguiré adónde me lleves, te accompañaré, si necesario fuese, hasta el infierno.

Ángela no pudo dejar de lanzar un agudo grito, un grito desgarrador, que partia desde el fondo de aquel corazon comprimido y atenaceado, de aquel corazon que daba rienda suelta á todos sus dolores.

— Habéis decidido vuestra suerte. ¡Que os proteja Dios! Pero yo velaré por vosotros. Quiero ser vuestra providencia. Sed felices, sí, felices. Yo en mis oraciones le pediré al cielo; yo misma os seguiré, cuando vea que la desgracia os amenaza. Y no descansaré, no, hasta veros tranquilos, virtuosos, felices, en el seno de vuestro hogar, rodeados de todo lo que pueda halagar la vida en la tierra.

Cada una de aquellas palabras caia como una centella sobre el alma de Eduardo, consumiéndola, abrasándola. Margarita, fria como una estatua, indiferente, sin embargo, al calor de aquella alma, al brillo de aquellos ojos, se habia entusiasmado, y admiraba tan heróica abnegacion, tan extraordinaria virtud. Ángela había padecido mucho, su corazon habia necesitado hacer supremos esfuerzos; aquellas palabras no habian salido naturalmente de sus labios, no; habia pasado por una grande, por una tremenda lucha. Así, despues de esto, se apercibió para dejarlos y volverse á su vivienda, llevando su pecho desgarrado por la desventura y por los celos.

En el momento de irse, Ángela se despidió de Margarita, la cual se quedó, como poseida de un pensamiento que la abrumaba, sentada y distraida. Eduardo acompañó á Ángela, pudiéndole decir estas palabras:

— Aun te amo

— Eso no debe ser.

— ¡Ángela!

— Caballero, no os conozco.

— Ángela, ¿te has olvidado de mí?

— Sí, sí.

— No me has amado nunca.

— De todo cuanto ha pasado en mi vida, de todo estoy ya completamente olvidada. Todo se lo ha llevado el tiempo. Ese Eduardo de que habláis, le he enterrado ya en mi memoria.

— Maldicion sobre mí, dijo Eduardo al dejarla, me aborrece.

— ¡ Dios mio ! exclamó Ángela bajando la escalera. Tú sabes que he mentido. Tú conoces mi corazon, mi alma. Perdóname, perdóname. Á los agudos golpes de estos crueles dolores perderé la vida. Pero no borres nunca esta pasion que es el alma de mi vida.

## XX.

Retirada en su estancia, Ángela padecia dolores horribles. Una gran lucha se habia empeñado en su corazon. Tenia necesidad de sacrificarse, de ser víctima de alguna gran idea, de alguna gran pasion. Su alma era juguete de la tempestad; su imaginacion presa del delirio. Pero sola en el mundo, sin mas apoyo que su madre, necesitaba de algun sér á quien confiar sus penas. Entónces se acordó de un hombre que gozaba fama universal en Nápoles.

Á las orillas del mar, en la hermosa playa, en medio de un bosque de cipreses, alzaba su pequeña torre una ermita. Algunos sauces plantados alrededor de aquel retiro, le daban cierta melancolía indefinible. Aves, como los ruiseñores, las palomas, los jilgueros, no perseguidos allí, anidaban en la copa de sus árboles, y pagaban con armoniosos cantares, como agradecidos, tan dulce hospitalidad. De vez en cuando las gaviotas, las aves marinas, cansadas de cernerse sobre las ondas, ó no teniendo un mástil donde

apoyarse, ó arrojadas por la tempestad, iban allí á descansar de sus fatigas y á plegar sus blancas alas. Toda aquella naturaleza sourcia con una paz semejante á la de un alma que no conociendo remordimientos resplandece siempre iluminada por la virtud, que por inmortal, no conoce ni eclipse ni ocaso. Era aquella una ermita, donde se adoraba una Madona en un retablo, representando á la Divina Pastora, que alimentaba con rosas á sus corderos Al pié del retablo se veian flores cogidas en aquellos campos, perlas sacadas de todos aquellos mares, signos infalibles de la union amorosa del espíritu con la naturaleza. Bajo las bóvedas de aquella ermita, por las noches, ardia constantemente, sin apagarse nunca, una lámpara, cuyos resplandores, merced á una pequeña reja, se veian desde fuera; lámpara que parecia una estrella errante, perdida, que se habia posado delante de la Vírgen. Así, el campesino cuando en la callada noche iba á rezar ó á cuidar en el establo de la comida de sus bueyes, volvia los ojos á la reja y al ver los resplandores de la luz, creia que por él velaba la Vírgen. Y el marinero en las playas ó en el mar, al ir ó al volver de sus expediciones, cuando en la callada noche veia relucir aquella lámpara, se acordaba de que Dios es el punto luminoso y fijo en el rumbo de la vida, como la estrella

Norte en el rumbo por los mares. En aquel recinto, respiraba todo amor y paz. Allí la naturaleza se habia hermoseado, y el hombre podia encontrar esa tranquilidad uniforme, pero serena y mística, que se parece á la idea de la bienaventuranza. Las húmedas brisas del mar; el aroma de las flores; las puras emanaciones de los árboles: el arrullo de la paloma; el dulce gorjeo del ruiseñor en la umbría enramada; la cruz, santificándolo todo; el cipres, que asciende al acielo; todo ofrecia ese cuadro deslumbrador y hermoso, por el cual vaga el alma como la mariposa entre los aromas del campo.

Y allí habia buscado asilo un filósofo que, despues de recorrer todas las esferas de la ciencia, habia caido en la duda, y despues de gustar todos los placeres de la vida, habia caido en la desesperacion. Su alma seca, esterilizada, buscaba una gota de rocío que la humedeciera, un rayo de luz que sacara algun color á su pálida y desmayada corola. Este hombre, que habia caido por su desgracia en la negacion, en el hastío, despues de buscar inútilmente á Dios en la ciencia, habia huido al retiro solitario de un campo. Allí poco á poco, su alma, roida ántes por los gusanos de todos los vicios, fué abriendo sus hojas á las auras benditas descendidas del cielo

Aquel hombre, encerrado en aquel retiro, solo con su conciencia y con la naturaleza, se habia despertado á la vida, habia conocido y adoraba á Dios. Inmediatamente que esta idea religiosa penetró en su conciencia, la caridad, el amor, la fe, penetraron en su corazon. Y así que la caridad le poseyó y el amor de sus semejantes inundó su alma, fué todo bien para los que le rodeaban; la providencia del pobre, la salud del enfermo, el consuelo del afligido. No acudia nadie en la comarca á verle, á visitarle, que no saliera con el corazon descansado y la inteligencia mas clara. Así como con su cuidado habia hermoseado un desierto, habia convertido un terreno árido, seco, en hermosísimo jardin; con sus virtudes, con su exaltada caridad, habia convertido su alma en una fuente de aguas vivas, que manaba el bien y el consuelo. Desprendiéndose de los lazos de la tierra, levantándose de este bajo mundo, olvidado de sí, hecho todo amor, todo fe, todo esperanza, su alma vigorosa descomponia la luz del cielo. Su vida estaba repartida entre la oracion y el trabajo, entre Dios y el hombre. Se levantaba muy temprano, veia amanecer, adoraba á Dios, benediciéndole por los primeros reflejos de la dulce alborada; llamaba á los campesinos con los acentos de la campana, y preparaba despues con sus propias ma-

nos el desayuno para los trabajadores. Despues trabajaba él tambien. Se encorvaba sobre la tierra y la regaba con el sudor de su rostro, y le repartia, como cada hombre, parte de su vida. Encerrábase mas tarde en su aposento, y allí, oyendo á lo léjos los murmullos de la naturaleza, recibiendo la luz, al traves de las verdes hojas de los árboles en verano y de las desnudas ramas en invierno, leia ó meditaba la ciencia. Despues comia, acompañado de su pequeña grey de trabajadores. Acabada la comida, oraba en señal de gracias, manteniendo perpetuamente su alma en comunicacion con Dios. Tomaba despues el camino de las chozas, de las casas del pobre, entraba allí, llevando en unas alforjas el fruto de sus campos, y repartia el pan entre los necesitados. Pero, como no solo de pan vive el hombre, sino tambien del espíritu divino, necesario á su existencia, de la verdad, de la idea, de ese pan espiritual, mas sabroso, reunia á los pequeñuelos, les hablabla de Dios, de la virtud; les hacía comprender las maravillas de la naturaleza, y leyéndoles algunos versos de los grandes poetas, algunos párrafos del Evangelio, abria sus tiernas almas á las grandes impresiones, como el rocío de la mañana abre los hermosos pétalos de las flores.

Cuando los niños le veian ir, salian corriendo á recibirlo, como los polluelos aletean en el nido cuando ven volar á su madre; y cuando se despedian, lloraban lágrimas, que eran el premio de sus afanes, y la ventura de su vida. Así no habia en la comarca sér alguno que no le acatase, que no le bendijera. Él, despues que habia pasado de esta suerte toda la tarde, cuando el sol se ocultaba, y venia la noche, iba á la ermita, volvia á tocar la campana para congregar á sus trabajadores y para saludar á la Vírgen, y rezaba el Ave María. En las noches de estío se paseaba solo por las orillas del mar; algunas veces se detenia en un peñasco, y entónces, inspirado por su propia alma, bendecia en hermosos versos á Dios, ó al hombre. En las noches de invierno se encerraba en su casa, en su ermita, y allí escribia. Sus libros no se perdian en el seno de un estéril misticismo; amando sinceramente al hombre, creyendo que su verdadera atmósfera es la sociedad, deseando como toda alma generosa y recta el bien, y creyendo que el bien no puede encontrarse sino por la libertad, y que cada siglo va resolviendo ó anunciando alguna de las grandes contradicciones sociales, se curaba de la reforma de la sociedad, de propagar, de extender entre las gentes la grande, la santa idea del derecho y del deber.

Al fin, ¿de qué sirve la vida, si la vida se esteriliza y se evapora? ¿De qué sirve la virtud, si se encierra dentro del duro egoísmo? Nuestra vida, como la lluvia del cielo, refrigera la vida de nuestros semejantes. Nuestra virtud, como el rayo del sol, debe hacer brotar virtudes en el corazon de todos los hombres. Nuestro pensamiento no se ha de perder pasando rápidamente por nuestra conciencia; duradero ó fugaz, lo debemos á nuestros hermanos. ¡Maldito sea el que solo nace para sí! Es como la lluvia que absorben las arenas del desierto, como el aerólito que se desprende, muerto y frio, de la atmósfera; como el fugaz relámpago que cruza un instante el horizonte. La verdadera virtud es fecunda y expansiva. Desciende como el maná sobre todas las gentes. No pasa al lado del pobre, sin socorrerlo, ó sin tomar cuando ménos por la compasion parte en sus aflicciones. Bendice todos los instantes que de hacer bien le depara la Providencia, y cuenta sus dias por las lágrimas que ha enjugado, por los pobres que ha socorrido, por las almas que hácia el bien ha alentado, por las conciencias oscurecidas que ha esclarecido; y así, mas duradera que todo cuanto la rodea, sabe que ha de vivir mas que la tierra y el sol, y las estrellas y el universo entero.

Á interrogar á este hombre extraordinario se dirigió Ángela. Su cabeza ardia; el corazon le saltaba del pecho. Conocia que necesitaba algun calmante á su acerbo dolor, ver alguna esperanza en su desolada vida. Cuando el sér que ama el alma, huye para siempre, parece que el alma cae en espesa noche. Y como si viera, y respirara, y sintiera para el amor tan solo, apénas acierta á desear nada que no sea la muerte. Parécele que el mundo está vacío; que los astros toman su luz en los ojos del sér amado; que los campos no tienen flores, que todo muere, que todo languidece como el corazon herido. Si el alma continuara de esta suerte por largo espacio de tiempo, iria, por último, la intensidad de su ardor consumiendo, devorando el cuerpo. Y la palidez de Ángela, su vaga mirada, su respiracion fatigosísima, las punzadas que sentia en el corazon, el desden que le inspiraba todo lo que no fuese su pensamiento, la indiferencia con que oia los aplausos del público y miraba las coronas caidas á sus plantas, la fiebre que consumia sus sentidos, el eterno delirio de amor que se apoderaba de todo su sér, decian muy claramente que aquella organizacion tierna, delicada, iba á descomponerse, á aniquilarse bajo el inmenso peso de su grande é inmerecida desgracia. En aquella tarde, que iba en pos del

solitario, sus plantas pisaban las orillas del mar. A cada paso que daba, se volvia con una ternura indefinible á mirar las ondas. Recordaba allá en el silencio de su pensamiento, cómo le sonreian cuando impulsaban la barca de Eduardo. Y le parecia imposible que aquellas ondas murmuraran aun; que no estuvieran apagadas como su corazon, inmóviles como su pensamiento; que sonrieran, iluminadas por el sol, como sonreian en las dichosas tardes ya pasadas de su felicidad. Se acercaba con temor á la ermita, y con respeto al ermitaño. Sin embargo, jóven, educada en el campo, amante como toda artista de lo maravilloso, volviendo siempre sobre los pasos y las huellas de la pasada vida, y recordando los tiempos en que le confiaba todas sus dudas al único sacerdote que habia en su pueblo, deseaba descargar su conciencia y su corazon en un alma alejada del mundo; porque conocida ya en toda Italia, temia mucho que sus pesares fueran pasto de la general conversacion, y pasaran acaso despues á las columnas de algun periódico. Así, el sentirse débil para sobrellevar sola el peso de su dolor y de sus pensamientos, la obligó á recurrir á este retiro. Los sauces, que á la puerta de la ermita se alzaban, le recordaban los sauces plantados en torno de la fuente, donde aguardaba á su

amado. Todo estaba en silencio. Solo se oia el rumor del viento en la enramada, y el canto de las aves. El sol se ocultaba en el mar. La tarde estaba hermosísima. Parecia que todos los séres. inundados por mares de luz, se movian y pronunciaban una religiosa plegaria. El alma de Ángela oró, y la oracion calmó un poco su dolor. Pero no parecia nadie. Despues de algunos instantes, apareció á la puerta de la ermita un rubio y hermosísimo niño como de ocho años.

— Díme, niño, ¿y el ermitaño? preguntó Angela.

— No está.

— ¡ Ay ! ¿ Y no volverá ?

— Volverá pronto. Ha ido adonde va todas las tardes.

— ¿ Y adónde va ?

— Dice que á buscar á Dios.

— ¿ Á buscar á Dios? ¡ Oh Dios mio ! añadió Ángela á média voz, yo tambien te necesito. ¿ Y no sabes dónde va á buscar á Dios?

— Va á las casas de los pobrecitos. Como iba á mi casa...

— ¿ No es tu casa esta ?

— No.

— ¿ Pues dónde vives ?

— No tengo casa.

— ¡Pobrecito!

— Se me ha muerto ayer mi madre.

Y el niño, que llevaba un jilguerillo en la mano, y que estaba empolvadillo, como en señal de haber jugado mucho, comenzó á hacer pucheros, y concluyó por prorumpir en amargo llanto.

— ¡Pobre niño! No te aflijas, no te aflijas, hijo mio.

— Y el señor ermitaño me ha traido aquí.

— ¿Y le quieres?

— Mucho. Y le querria mas, si no me hiciera aprender la doctrina.

Ángela se echó á reir involuntariamente al oir la ingenuidad del niño.

— ¿Y te has quedado solito?

— Tengo un hermanillo.

— ¿Mayor que tú?

— No; aun mama.

— ¿Y tambien está aquí?

— Tambien. Le ha comprado nuestro señor una cabra.

Ángela comprendió que aquel niño era el testigo mas verídico de la virtud del solitario.

— Mirad, señora, dijo el niño, mirad, por allí baja.

Bajaba en efecto por una colina. Un hábito blanco le en

volvia. Una barba tan blanca como su hábito le bajaba hasta la mitad del pecho. Apoyábase en un báculo; traia en sus brazos un niño, y llevaba tras sí una cabra, que iba saltando por todos los despeñaderos y montecillos. De sus hombros colgaban unas alforjas vacías. Sus ojos relumbraban en el fondo de la capucha, como esos fragmentos de cielo azul y sereno, que algunas veces aparecen límpidos y claros entre las nubes. Su frente arrugada dejaba ver de una manera indudable los profundos surcos de una grande y profundísima idea. Su continente era severo, majestuoso, é indicaban su apostura y sus maneras, á pesar del disfraz, todas las trazas de un hombre de muy distinguida educacion.

— Ya viene, ya viene, decia el niño saltando y palmoteando alegre con sus tiernas manecitas...

— Peppinno, Peppinno... decia alegremente el ermitaño.

— ¿Traes á mi hermanito?

— Sí, le traigo.

— ¿Llora?

— No. Está dormido.

— ¿Y mi madre? dijo el niño olvidado de que su madre habia muerto.

— Ya sabes que está en el cielo, y que alguna vez bajará.

— No, no bajará, decia el niño moviendo incrédulamente la cabeza y casi llorando.

— Toma, dijo el anciano. Y le arrojó en una pequeña pradera una hermosa naranja.

— ¡Qué hermosa, qué hermosa! exclamó el niño, y echó á correr alegre y contento tras ella, dejando en libertad al jilguerillo, que comenzó á cantar al extender sus ligeras alas en el cielo.

— Mira, ha venido una señora, dijo el niño.

— ¡Ah! Ya la veo.

— Se parece á la Vírgen.

— ¡Picaruelo!

Y el ermitaño, despues de besar al niño, se dirigió á Ángela,

— Dios os guarde, señorita.

— Venia á buscaros.

— Estoy á vuestras órdenes. Esperad un instante. Se ha muerto la madre de estos niños; se han quedado en el mundo pobres y desamparados; pero Dios, que no abandona al pajarillo, no abandona tampoco al pequeñuelo. Mirad,

Y como el niño llorase, gritó el anciano :

— ¡ Flor ! ¡ Flor!

No bien hubo gritado, cuando se apareció brincando la cabra. Se habia entrado en un bosque, y traia entre su blanco pelo algunas hojas de rosa, y entrelazada entre sus cuernos una verde y brillante rama de hiedra. Aquel animal tan móvil, salton y ligero, que al pasar de un lado aotro, de un montecillo á otro montecillo, de un precipicio á otro precipicio, parecia que volaba, tal era su agilidad, así que le mostró el ermitaño el pobre niño, se quedó plantada, sin moverse, balando dulcemente, como si quisiera acariciarlo, y el niño, á su vez, cogió instintivamente las cargadas tetas del pobre animal, y poco á poco se quedó tranquilo y dormido con ese sueño dulce y hermoso, que solo conocen la niñez y la inocencia.

Luego que se quedó tranquilo y dormido, dijo el ermitaño :

— Véte.

Y la cabra volvió á saltar y á retozar por el campo.

— Dispensadme, señorita. Voy á dejar en su cuna al niño.

— Sí, sí. No os incomedéis por mí.

— Señora, los pobrecitos no tienen madre.

— Pero la han vuelto á encontrar en vuestro amor.

— Peppínno.

— ¿Qué? dijo el niño, que apénas podia contestar, pues se estaba comiendo á dos carrillos su naranja.

— Vén, vén conmigo.

— Y el ermitaño y los dos niños entraron en la ermita.

Despues de cortos instantes, salió el buen ermitaño, é inclinando profundamente la cabeza, le dijo :

— Señorita, ¿qué tenéis que mandarme?

— Dispensad á una desgraciada que acuda á vos; el dolor tiene eco en vuestro corazon, y el dolor os busca, y sobre todo, el dolor moral, que es el mas triste de todos los dolores.

— Señorita : he consagrado mi vida al hombre. Convencido de que no debemos vivir para nosotros mismos, sino para nuestros hermanos, he abandonado cuanto pudiera halagarme, y he seguido esta senda que empecé con repugnancia y concluiré con amor, porque está sembrada de flores.

— Por eso, yo he venido á veros, señor, á veros. El mundo no quiere presenciar el dolor; le da asco. Quiere que se oculten los males del alma, como se ocultan las llagas del leproso.

— Y sin embargo, hija mia, el dolor es la fuente mas pura de la ciencia, del arte, de todo lo que engrandece la humanidad. Todas las notas de esos cánticos divinos que han suspendido á los hombres, que repiten las generaciones, son lágrimas, suspiros, quejidos del corazon.

— Mi dolor es tan grande, que temo llegue algun dia á secar mi vida.

— No lo temáis. Acordaos de que el dolor suele ser el signo de la eleccion que Dios hace de un alma. Los espíritus superficiales ó pequeños, que han nacido para vivir apegados á la tierra, se contentan con el espectáculo que á sus ojos ofrece la naturaleza, la sociedad, el hombre; pero las almas grandes, las que sueñan con ideas superiores á la realidad, las que anhelan por otro mundo mejor que este mundo, por otra humanidad mas elevada, mas hermosa, las almas que tienen sed y hambre de justicia, de verdad, padecen mucho en el mundo, y viven esta pasajera vida entre dolores, aguardando la santa hora de otra vida mas en armonía con su pensamiento, vida que llene el abismo de sus purísimos deseos.

—Y sin embargo, no es ese mi dolor. Yo, padre mio, yo ra feliz cuando un lazo me ataba al mundo, cuando... perdonadme, dijo Ángela balbuciente y sonrojándose;

cuando el amor de un hombre lucia en mi vida; y desde que ese amor me falta, ¡ay! señor, soy muy desgraciada.

— Os oponiais á mi pensamiento, y lo estáis sin embargo, confirmando. Erais feliz cuando un objeto pequeño llenaba todo vuestro corazon, y desde que ese objeto pequeño os falta, sois desdichada, y á pesar de eso no os conozco y lo digo, sois mas grande, sois mas virtuosa.

— Señor, señor. Es verdad: pienso mas en Dios, pienso mas en mis hermanos.

— ¿No os lo decia yo? ¿Creéis vos que solo se puede amar á un sér? No. El que limita su vida á sí mismo, el que se contenta solo con la felicidad propia, el que no sale de su concha como el pólipo, como los séres inferiores de la creacion, ese no vive; pasa sus dias pegado á la materia, es inútil en la vida, y muere sin dejar en el mundo ni una huella de su alma.

— Pues hé ahí, señor, el deseo que ha sobrecogido mi alma. Sola, aislada, me ahogo en esta vida triste. Pasa un dia, pasa otro dia, y me pregunto: ¿de qué sirvo en e mundo? ¿Qué sér me necesita? La vida inútil se corta. Yo respiro con aire que pertenece á otro sér; yo ocupo un lugar en el espacio, que otro sér debe ocupar.

— ¡Desgraciada! Esas ideas son hijas de la enfermedad

de vuestra alma. El grano de arena perdido en el desierto sirve á toda la creacion, ¿y no ha de servir el hombre libre que quiere emplear su vida en provecho de sus semejantes, no ha de servir á toda la humanidad? Esas ideas son delirios que pasan, como la tempestad pasa rápida por la atmósfera. Algun dia, sola con vuestra conciencia, os avergonzaréis de haber tenido esas ideas.

— ¡Vivir sin amar! exclamó con acento desgarrador Ángela, cubriéndose el rostro con las manos.

— ¡Vivir sin amar! ¿Y quién os ha dicho que vais á vivir sin amar? Pues qué, ¿no hay ya humanidad? ¿No hay ya mundo? El alma exaltada finge un sér, y ama á ese sér; y cuando le falta, cree que todo falta, y se engaña.

— ¡Amar otra vez! Oh! No, padre mio, no.

— Seguramente no me habéis comprendido. He querido decir: aun hay desgraciados á quien consolar, enfermos que curar, séres que proteger, almas desgraciadas que salvar, inteligencias oscurecidas que esclarecer; aun puede vivir en vuestro corazon un amor mas grande, mas intenso, mas divino que el amor que habéis perdido.

Ángela movió la cabeza como con incredulidad y con dolor.

— Mirad este espectáculo maravilloso que os rodea. Esa

onda que palpita y se estrella mansamente, con su ruido alaba al Creador. Esa estrella, que aparece entre los arreboles del cielo, alaba á Dios. Esa flor que abre sus pétalos al húmedo beso de la noche, aguardando una gota de rocío, tiene en sus hojas, en su tallo, algo de amor á Dios. Ese ruiseñor, que á la luz de la luna, cuando reina el misterioso silencio en la creacion lo interrumpe con arpados cánticos de amor, que suben como una oracion á los aires, alaba sin conciencia á Dios, como el sol cuando se levanta por el Oriente; como la moriposa, cuando rompe su larva; como toda la creacion, que entona siempre en sus ecos, en sus rumores, un cántico al Eterno.

— Sí, sí, decia Ángela entusiasmada con aquella mística elocuencia.

— Y el alma del hombre, Ángela, el alma del hombre mas intensa que el universo, mas luminosa que el sol, mas llena de ideas, de pensamientos. que la naturaleza de séres; el alma del hombre, mas duradera que todos esos mundos, los cuales morirán, se apagarán como las luciérnagas, miéntras nuestra alma vivirá siempre eternamente. ¡Ah! el alma del hombre, creacion en que Dios estrenó su poder, ¿no unirá su voz al concierto de tantas alabanzas?

— Sí, sí, decia Ángela transfigurada; Ángela que no se

atrevia á respirar por no perder una de las palabras del ermitaño.

— Y entónces, ¿cómo decís que os falta amor? ¡Amor! ¡Cuántas veces el sentido lo profana! ¡Cuántas veces el beso impuro de los impuros labios lo mancha! Pero ese amor divino, que se convierte en una fuente de bien para los hombres, es la única verdad de su vida. Todos los demas amores son fantasmas, sombras, nada.

— Tenéis razon, padre mio, yo he faltado á Dios, yo me he faltado á mí misma. El hombre que yo amé con amor puro, intensísimo, no merecia, no, ese amor. Y mi grave falta, la falta de que yo no me puedo, no, absolver, es haberle amado; ¿qué digo haberle amado? amarle aun con toda mi alma. Algunas veces, atenaceado el corazon por el dolor y la conciencia por el remordimiento, me he dicho á mí misma : Ángela, si te amara, ¿le amarias así? Y he creido que este amor tan grande, tan profundo, era un castigo tal vez de mi orgullo, sí, de mi orgullo; porque yo, allá, cuando tenia ménos edad, en mis ensueños, en mis delirios, me habia imaginado tan perfecta y superior á los hombres, que creia que estaba destinada acaso á amar á un ángel. ¡Horrible orgullo, que Dios ha herido. despeñándome en un infierno!

— No lloréis tanto, hija mia Conviene tener la fuente del bien. Importa poco que hayáis despreciado grandes tesoros. El arroyo que nace en una peña, corre largo espacio entre piedras, purifica su linfa, y cuando llega al llano es mas cristalino y mas puro, y templa la sed del hombre y de las aves del cielo. El amor que vuestro corazon posee ha podido ser hasta aquí estéril, desgraciado; pero desde hoy, convirtiéndolo en bien de vuestros semejantes, derramándolo como un bautismo sobre la frente de los que lloran y padecen, podéis prometeros que será eterno manantial de puros goces para vuestra alma, que sin duda Dios destina á que alumbre su gloria allá en el cielo.

— Vuestra voz me anima para el combate. Me parece que cobro aliento, que puedo ya batallar contra el mal, que voy á desvanecer todos estos velos que encubren mi destino, y voy á ser feliz.

— Siempre al fin de la vida el alma grande alaba á Dios, porque Dios ha comprendido mejor que ella misma su destino. Suele la Providencia abrir grandes heridas á esas almas, privarlas de goces, sin los cuales no se concibe la vida; aislarlas en la soledad, sin amor, sin esperanza; y entónces esas liras divinas producen sus mas admirables

sonidos, sus mas hermosos cantares. No os dejéis llevar en la corriente que arrastra á los demas hombres. La onda del rio, que llega hasta el mar, confunde sus dulces caudales con las amargas aguas del Océano; al paso que la gota que se prende á los juncos y á las espadañas de la orilla, y que parece perdida, se evapora en el cielo.

— Habladme mas, padre mio, habladme. No podéis imaginar el bien que derraman vuestras palabras en mi alma, el aliento que dan al corazon.

— No os conozco, y en vuestros ojos he visto pasar vuestra alma. No os conozco, y en vuestra palabra he oido latir el corazon. Os sobra alma; os sobra vida. Y cuando sobra alma, no debe guardarse en el cerebro, donde rebota y estalla; y cuando sobra vida, no debe encerrarse en el corazon, donde rebosa y se pierde; esa alma, esa vida pertenece al mundo, pertenece al que está falto de ella; que Dios por la comunicacion de las almas grandes con las pequeñas, ha establecido el equilibrio de su justicia.

Ángela, en un rapto de entusiasmo, exclamó:

— Yo lucharé; yo me venceré. Esta idea que turba mi cerebro, huirá; este dolor, que esteriliza mi corazon, me alentará á la lucha; será el aguijon de mi conciencia y de

mi vida. Yo pensaré que hay muchos séres que me necesitan. Yo creeré que cada dia de mi vida es necesario para algo, para álguien. Este amor es el egoísmo del sentido; yo necesito el amor del alma, el amor ideal, que encienda mi alma como una llama pura, donde se pierdan todas las debilidades, donde huyan y desaparezcan todas mis manchas. ¡ Oh Dios mio, piedad, Dios mio, piedad!

— Sí, levantad á Dios el alma, que Dios no desoye jamas á su criatura. Al ave le da alas para que corte los aires; al pez le da escamas para que viva en las aguas: y ¿no le ha de dar tambien al espíritu, al corazon, lo necesario á su vida?

— Yo necesito paz.

— La tendréis. Cuando vuestro pensamiento se haya levantado de la esfera en que hoy se agita á otra mas luminosa, veréis cómo cesa esa gran batalla en que os halláis empeñada; la vida, léjos de ser una lucha, será una divina armonía.

— Yo creí que el arte podria calmar mi angustia.

— ¿Sois artista? preguntó el ermitaño.

— Lo soy.

— Lo habia adivinado.

— No sé si hasta aquí habrán llegado los ecos de mi nombre.

— ¡Ángela! os habéis llamado ántes...

— Sí.

— Ya os conozco.

— ¿Me conocéis?

— Ya hasta aquí ha venido el eco de vuestra voz.

— ¡Hasta aquí!

— Ó mejor dicho : os he oido, sí, os he oido con arrobamiento.

— ¡Padre ! dijo Ángela ruborizada.

— Recordad una tarde que cantasteis en una iglesia.

— Es cierto.

— Yo estaba allí.

— Es verdad.

— Yo os vi.

— Por cierto, padre, que allí tuve noticias de vos.

— Dejemos eso, que importa poco.

— ¡Ah!

— Yo os oí, y dije : Ese es un ángel destinado para el cielo.

— ¡Si os oyera Dios!

— No se da nunca ese poder inútilmente en la tierra. Cuando Dios elige á uno de esos séres, y le da esa voz divina, esa inspiracion, es sin duda para que derrame mucho bien, mucho, en las almas.

— Me aleníáis, me alentáis mucho.

— ¡No habéis meditado lo que es el arte?

— No.

— Pues meditadlo bien.

— Habladme del arte, padre mio.

— Tú, hija mia, posees en tu corazon un tesoro inmenso de bienes. Dios, comprendiendo cuán larga y escabrosa es la vida del hombre, ha hecho levantar en el espacio algunos séres que hermoseen su camino, que le alienten, para que no caiga en el abatimiento y en la desesperacion. La llama que Dios quiere conservar en el fondo de nuestra vida, la pura llama, que todo lo purifica es la esperanza, sin la cual nos sería imposible atravesar este desierto. ¿Cómo habíamos de sufrir esta sed de amor, este anhelo inmenso, infinito, de verdad, de bien, que un dia y otro dia nos aqueja, nos posee, si allá al fin de nuestra peligrosa senda no alcanzáramos á ver la fuente de agua viva?

— Nunca he perdido la esperanza en Dios.

— Pues bien, hija mia, ese es el destino del arte. Para

que el hombre no desfallezca, paraque no se cierre su corazon á todo gran sentimento, Dios ha puesto en el fondo de todos los hechos, en el seno de la sociedad, una armonía divina que se llama arte. Esta armonía es un reclamo del cielo; es como el aura bendecida de la patria, que el navegante respira y recoge ántes de volver á su ribera; es como ese albor de luz que centellea en los astros, y que nos hace entrever todos los resplandores de la mansion divina.

— Así lo he comprendido yo siempre.

— Pues bien; mira, hija mia, el artista, que debe ejercer en el mundo un gran sacerdocio; que debe abrir á la esperanza las almas cerradas á todo sentimiento; que debe alentar al bien los corazones indecisos; el artista debe ser puro, debe ser inmaculado, debe ser virtuoso. Yo he conocido muchos artistas aquí en esta tierra del arte; he conocido á muchos. Dios les habia dado alas para que volaran por el horizonte, y ellos se empeñaban en pegar esas alas por el lodo; Dios los habia hecho para estrellas de su cielo, y ellos querian ser piedras del abismo; y Dios los castigó; y aquella fuente, que solo brota pura cuando la mágica vara de la virtud la hiere, esa fuente se agotó en sus corazones, y dejó de regar sus ideas y su vida.

— Es cierto, es cierto. Yo por eso, porque hay mil asechanzas, he pensado en dejar mi vida de artista.

— No hagáis tal, hija mia, no hagáis tal. Puede parecer á veces que esa vida está rodeada de abismos. Pero nada hay tan bello como salvar los peligros. Ademas, no cerréis vuestros labios, no apaguéis vuestra voz. Dios os ha dado una voz para el hombre. ¿Os pareceria bien que el ruiseñor se meciera tranquilo en la rama del árbol, mirara impasible su nido, y no regalara el viento con las dulces armonías de sus cánticos?

— No.

— Pues lo mismo que Dios ha dado el canto al ruiseñor para hermosear la naturaleza, os ha dado la voz para hermosear el espíritu. No os creáis, pues, desgraciada. ¡Desgraciada una jóven que posee ese tesoro de consuelos! ¡Oh! no lo creo, porque no puedo creerlo. Cuando el mal os persiga sañudo, cuando la duda se deslice en vuestra conciencia, cuando sintáis que se suspenden los latidos de vuestro corazon, volved á Dios los ojos, pedidle que os consienta realizar el bien, el amor verdadero, la virtud en la tierra, y salid á la calle en pos de alguna desgracia, consoladla, y os quedaréis tan serena y tranquila como si ningun dolor os atenaceare el alma.

—Lo haré, padre mio.

En esto la campana de la ermita llamó al anciano. Ángela se despidió de él con tristeza, pero con el corazon mas aliviado. El ermitaño la bendijo con toda la efusion de su alma, y entró en la ermita. Ángela se acereó á la rejilla en que lucia la pequeña lámpara, y de rodillas rezó un Ave María. La luna comenzó á levantarse en el horizonte; su hermoso disco inundó de luz la campiña, y reflejándose en las claras y celestes aguas del Mediterráneo, les daba un color tan suave y tan hermoso que no parecia sino que el cielo mismo se habia reclinado en el seno de la tierra.

## XXI.

Eran las altas horas de la noche. Todas las ventanas de Nápoles estaban cerradas. Nápoles dormia. Por aquellas calles no pasaba un alma viviente. Solo de vez en cuando se oia rodar algun coche de algun gran señor que volvia de sus bailes, de sus fiestas, de sus tertulias. El único bulto que pasaba por las calles, era el celoso y receloso centinela del poder del rey; el agente de la policía napolitana, que cuidaba del sueño de la ciudad. En el palacio de Margarita, sin embargo, habia una ventana abierta. Detras de la ventana, dos séres atisbaban la calle, como esperando á álguien con gran anhelo y cuidado. Eran Eduardo y Margarita.

— ¿No viene? perguntaba con anhelo Margarita.

— No viene, decia con indiferencia Eduardo.

— ¡Qué anhelar!

— Tú lo has querido.

— Y no me arrepiento.

— Lo creo sin que lo jures.

— ¡ Cuánto tarda !

— Lo habrán cogido en alguna encrucijida.

— Tienes razon. Mala noche hemos escogído.

— La noche que tú designaste.

— ¡ Ay Eduardo, no puedo sufrirte!

— Lo creo tambien.

— No puedo sufrirte.

— Tú me has querido.

— ¡ Oh, qué hombre !

Eduardo se encogió de hombros.

— Á nada te opones.

— Pues casualmente ese debia ser el ideal de tu felicidad.

— Nada de eso.

— Pues no te entiendo.

— Yo necesito de oposicion, de lucha.

— ¿ Aun te parecen pocas las luchas que te rodean ?

— Necesito mas, necesito que te opongas á lo que yo deseo.

— Pues no lo verás.

— ¡ Dios mio, qué hombre !

— El mejor, el mas á propósito de los nacidos.

— Eduardo, me indignas.

— Yo tambien me indigno.

— No te conozco.

— Yo no me conozco tempoco.

— No debes ser así.

— ¿ Qué quieres ?

— Despierta esa alma.

— Cuando se empiezan á bajar los escalones de la degradacion, lo que cuesta es bajar los primeros, despues se arroja yá uno de cabeza al fondo del abismo.

— ¡ Eduardo !

— ¡ Margarita!

— Me horrorizas.

— Es verdad. ¿ Pero no sientes nada?

— No, no siento nada.

— Imbécil.

— Sí; el que no tiene corazon es un imbécil.

— Mira ; no viene.

— ¿ Qué quieres que yo le remedie ?

— Le habrán preso.

— Será lo mas probable.

— Estamos perdidos.

— Me alegraré.

— No digas eso.

— Me alegraré.

— ¿ Por qué, Eduardo?

— Porque así se interrumpirá la monotonía de esta vida.

— En verdad te digo, Eduardo, que tambien á mí me va cansando. ¡ Qué soledad !

— ¡ Pero qué merecida soledad!

— ¡ Oh! No digas eso.

— Es lo que siento.

— ¡ Todos nos han abandonado!

— Todos.

— Me cansa tu salmodia.

— ¿ Qué quières que diga?

— ¿ Te he de decir yo hasta lo que has de decir ?

— Hija, tengo una pereza... hasta de hablar... me voy olvidando, ¡ Qué vida !

— ¡ Qué vida! Tienes razon.

— Pero no echemos de ello á nadie la culpa.

— ¡ Oh ! Álguien la tiene.

— Nosotros.

— Y otro.

— Nadie, nadie, nosotros.

— ¡ Cuánto tarda ! decia Margarita volviendo al tema favorito de su manía.

— ¡ Te has empeñado; no hay mas remedio que hacer tu voluntad!

— ¿Querias tú que yo me quedara sin venganza?

Eduardo volvió á encogerse de hombros con señalada indiferencia.

— Yo no puedo vivir sin vengarme. Cada hora, cada instante que pasa y veo á mi gran enemigo sonreirse, vivir, ¡oh! es un puñal que me atraviesa el pecho.

— Muy alto está el objeto de tu venganza.

— No importa. Escalaré el cielo; pondré un monte sobre otro monte.

— Para que te suceda lo que á los gigantes de la fábula.

— ¿ Y tú eres hombre, y tienes corazon en el pecho ?...

Eduardo lanzó una carcajada agudísima.

— ¡ Oh ! Cuando te ves despreciado y abandonado de toda la sociedad de Nápoles, herida tu reputacion, amenazados tus dias, espiada tu conducta, próxima á desaparecer tal vez en la confiscacion tu hacienda, expuesto á ir de puerta en puerta por extrañas tierras á pedir una limosna, cuando acaso cualquier dia te cruce la cara el látigo de uno de esos hombres que nos celan, ¿ te atreves á reir?

— ¿ Y qué quieres que haga?

— Que me imites.

— ¿En qué? Parece imposible que digas eso, cuando soy tu autómata. ¿En qué he de imitarte?

— En este odio que arde en mi corazon; en estas desencadenadas pasiones, que llevan mi alma de un punto á otro como las ráfagas de una tempestad; en esta sed de venganza.

— ¿Qué quieres? Yo no puedo tener tu alma.

— Y al ménos la patria; la patria...

— Calla, Margarita, calla. Todo me es indiferente.

— ¡Indiferente la patria, gran Dios!

— ¿Te maravillas?

— ¿Pues no he de maravillarme de ese duro corazon?

— Desconoces tu obra.

— ¡Mi obra!

— Sí; porque el corazon no se seca solo en una parte; no se corrompe solo por un lado; se seca ó se corrompe todo entero.

Margarita dejó escapar de su pecho un hondo suspiro.

— Tú me has dicho un dia y otro dia, una hora y otra hora, un minuto y otro minuto, que todas esas pasiones poéticas eran pura mentira.

— Es verdad.

— Yo lo he creido; yo, alma flexible y débil, que como la cera me presto á todas las formas. Yo lo he creido.

— ¿ Y qué?

— Y he tomado por pura ficcion la justicia, la verdad, todas las grandes pasiones, todas las grandes ideas.

— Calla, calla.

— Y cuando quiero á este corazon seco, pedirle amor para la patria, amor para la libertad, amor paro algo grande y sublime, este corazon se rie de mí, y solo me da por respuesta el torcedor de mi remordimiento.

— ¡ Eduardo !

— Vosotras las mujeres amáis ó aborrecéis siempre. Por grande que sea vuestra degradacion, en el fondo de la vida, en sus heces, hay siempre algunas pasiones.

— Es verdad,

— Pero nosotros, miserables, nosotros que no poseemos tanto corazon; nosostros, pobres de espíritu, cuando nos degradamos, lo primero que perdemos es el sentimiento.

— ¿ Y se puede vivir sin sentimiento ?

— ¿ Se puede vivir vida horrible, fria, como la vida de la piedra.

— Yo podria vivir sin amar, pero no puedo vivir sin aborrecer, dijo Margarita entusiasmada.

— Eres feliz; aborreces y sientes.

— ¡Oh! Si pudiera vengarme...

Y rechinaba los dientes de rabia.

— Mira. Aun me queda, allá en lo mas recóndito, en lo mas oscuro, en lo mas hondo de mi sér, aun me queda algo, sí, algo de conciencia; y cuando á veces el remordimiento no oprime, bendigo el remordimiento.

— ¿Por qué?

— Porque al fin padezco.

— ¿Deseas padecer?

— Sí, lo deseo, lo deseo.

— Pues si deseas padecer, sigueme.

— Te sigo.

— Pero sígueme, no con esa indiferencia glacial, que es la muerte, sino con fe, con ardor.

— ¡Ah, con ardor! Tanto valdria pedir agua á las piedras.

— Yo necesito que aborrezcas como yo aborezco.

— Estoy como Satanás imposibilitado de amar.

— Pero no de aborrecer.

— Y como el cuerpo frio y muerto, imposibilitado tambien de aborrecer.

— ¡Qué hombre, qué hombre!

— ¿Qué quieres, Margarita? En la edad en que la vida brota flores, he secado la vida. En la edad en que todos los sentimientos manan del corazon, he secado el corazon. Ahora, aunque quisiera amar, no podria, porque no reverdece, no, el sentimiento marchito. Necesitaria que cayera sobre mí un diluvio de lágrimas, para que se borrara este cáncer que ya se ha comido toda mi vida.

— Mas al ménos tendrás fuerza, nervio bastante para arrostrar los peligros.

— Creo tenerlo. Te sigo como sigue un satélite á su planeta. Te sigo sin conciencia.

— ¿Tú sabes lo que intento?

— Lo sé.

— Tengo sangre corza en mis venas.

— No lo ocultas.

— Soy muy vengativa,

— Yo no soy vengativo.

— Ver á mi enemigo, herido por mis propias manos, caer á mis plantas, revolcándose en el dolor y en la sangre, exhalando quejidos de rabia, exánime, mirándome al espirar con su mirada torva y fria; ver al enemigo, tendido á mis piés, respirar el vapor de sangre que sube

hasta mis narices y calienta mis sienes, y patear sus entrañas, ¡oh! es un gozo supremo.

— Calla. Me haces temblar.

— ¡Oh! Y este gozo supremo se retardará... No viene.

— Mira, te pareces á la leona.

— Respiro odio y venganza.

— Estás hermosa, así tan torva y tan airada.

— Es porque se trasparenta en mis ojos el alma.

— ¡Alma perdida!

— No, alma de fuego.

— Pero de ese fuego que consume y esteriliza la vida.

— Y tú alma de hielo.

— Pero este hielo, por petrificado que parezca, puede al rayo del sol derretirse y fecundar algun campo; miéntras tu fuego...

— Mi fuego puede abrasar á muchos malvados; puede acrisolar tambien un alma.

— Tarde es.

— Mas se puede esperar de mi ardor que de tu indiferencia.

— No trato yo de lo contrário. Me he convencido de que para mí no hay salvacion posible.

— Mira, dejemos esto; siempre reconviniéndonos.

— Nos hemos unido, Margarita, y el alma de los dos es una negra sombra, un cruel remordimiento.

— Nunca me punza á mí el corazon ni la conciencia.

— Serás de piedra.

— Ahora lo único que me preocupa es la tardanza de ese hombre.

— Calla; se desliza una sombra.

— ¿Estará Pedro aguardando?

— Una sombra que entra sigilosamente en casa.

— ¡Es él!

— Sí, es él.

— Respiro.

En esto se abrió la puerta de la sala, y entró un hombre vestido de marinero.

— ¿Sois vos, Rafael? dijo Eduardo.

— Yo soy.

— ¡Cuánto habéis tardado! exclamó Margarita.

— ¿La sesion ha sido larga? preguntó Eduardo.

— Muy larga.

— ¿Y qué?

— Estáis admitidos.

— ¡La venganza! ¡La venganza! exclamó Margarita levantando los brazos al cielo.

Rafael, volviéndose á Eduardo, le dijo :

— El ángel caido fué diablo. La mujer que cae es mucho mas perversa que el hombre.

— Calla, dijo Eduardo temblando como si tuviera frio.

— ¿Seré admitida? preguntó la jóven Margarita.

— Seréis admitida.

— ¿Cómo habéis vencido la dificultad?

— He dicho que sois hombre.

Margarita lanzó una carcajada.

— Te vestiremos de hombre, dijo Eduardo.

— ¿Los dos en una noche? preguntó Eduardo.

— Sí y no.

— ¿Pues cómo?

— Uno entrará ántes y otro mas tarde.

— Bien, dijo Margarita.

— Pero por Dios... Margarita, dijo Rafael.

— No tengáis cuidado.

— Va en ello la vida.

— Lo sabemos.

— ¿Y tiene grandes ramificaciones? preguntó.

— Las tiene muy grandes.

— Yo, con tal de vengarme, llevo al acervo comun todo mi oro, dijo Margarita.

— Bien, muy bien.

— ¿Gente grande?

— Toda.

— ¿Despreciados por el rey?

— Despreciados.

— ¡Oh!

— Me voy.

— Sal por la puerta falsa.

— No tengo inconveniente en salir por la puerta falsa.

— Con mucho sigilo, dijo Eduardo.

— ¡Oh! Si nos cogieran... exclamó Margarita.

— Seríamos perdidos, añadió Eduardo.

— No lo sentiria por mí, dijo Margarita.

— Quizá lo sentiria por ti, exclamó Rafael mirando socarronamente á Eduardo.

— No, lo sentiria por mi venganza.

— Tienes una verdadera manía, dijo Eduardo.

— Solo Dios sabe el odio que guardo en el pecho.

— Guíame, Eduardo.

— Te guiaré, Rafael.

— Á Dios, dijo el jóven saludando con indiferencia á Margarita.

—Me voy á vengar. Caerán mis enemigos abrasados

por mi odio, por mi ira. ¡Infames! Creyeron que podian arrancarme el poder y la fuerza. Aun me queda vida. Miéntras yo respire, seré su torcedor, su tormento, su martirio. Sí, yo gozo, sí, yo vivo en esta atmósfera venenosa. Me parece que late mas mi corazon, que corre con mas libertad mi sangre por las venas desde que soy despreciada y perseguida. He nacido para luchar : lucharé y venceré; lucharé, y mis enemigos caerán á mis plantas. ¡Infames!

En esto volvia Eduardo de acompañar á Rafael.

— Á prepararlo todo, Eduardo.

— Espera, mujer, espera.

— No puedo.

— ¿Te falta tiempo?

— Sí; tardo en vengarme.

— Si fuese para hacer bien.

— ¡Bien! Tiene mi alma demasiada ponzoña para pretender hacer bien.

— Margarita, Margarita,

— ¿Qué?

— Estás al borde del abismo.

— Lo sé.

— Estás al borde del abismo.

— ¿Y qué?

— Sálvate; aun es hora.

— Tienes miedo, dijo Margarita á Eduardo con desprecio.

— Tengo miedo por ti.

— ¡ Mentira !

— Margarita.

— Déjame.

— Nos perderemos.

— ¿Y por qué no hemos de triunfar?

— Siempre estamos perdidos.

— ¿Por qué?

— Porque si triunfas haces un mal á otro; y si pierdes, te haces un gran mal á ti misma.

— Bien.

— Y de todos modos vas al mal.

— ¡ Qué sermonear ! Tienes miedo.

— Ya no te digo una palabra.

— Iré yo sola.

— Nunca. Soy tu esposo.

— Me abandonas.

— Nos perderemos juntos.

Eduardo tomó una luz, se fué y se dejó á Margarita. Despues que Eduardo abandonó á Margarita, se encaminó

á su gabinete, entró en su cuarto y se puso á reflexionar sobre su triste suerte. Cuando mas sumergido en sus reflexiones se encontraba, oyó que llamaban á su puerta.

— ¿Quién es? preguntó.

— Soy yo, le contestó una voz muy parecida á la de Rafael.

Eduardo abrió instantáneamente la puerta. Rafael entró azoradísimo.

— ¿Qué te sucede?

— Me he escapado de manos de unos esbirros.

— ¡Dios mio! ¿Y te habrán visto entrar?

— No, no me han visto.

— Descansa, descansa.

— No he dormido en dos noches.

— Ya lo alcanzo.

— ¡Qué vida esta!

— Muy triste.

— Y díme, Eduardo, ¿te has decidido por fin?

— Me he decidido.

¿Vas á entrar en esa sociedad secreta?

— No tiene remedio.

— ¿Tú sabes los peligros que cercan esas sociedades?

— Los sé y los acepto.

— Y todo, ¿por qué?

— Porque se ha empeñado en ello Margarita.

— ¡Oh mujeres, mujeres!

— No creas que yo entro con gran entusiamo. Si al fin se tratara de la libertad de la patria... Ya sabes que he arrostrado muchos peligros allá, cuando yo no era autómata, por esa causa.

— No hay un alma que ame aquí verdaderamente la libertad.

— ¿Qué quieres, Rafael? La esclavitud envilece y degrada, y solo puede dar de sí, en último fin, el embrutecimiento.

— Estas sociedades secretas, son de la peor índole posible. Se reune la camarilla vencida para destronar á la camarilla vencedora.

— Justamente los que han sido despreciados por el rey; los que han salido mal en sus intentos; los que no han alcanzado los destinos que anhelaban; los que han querido, como mi Margarita, un poder omnímodo; todos esos se reunen tranquilamente en una sociedad para perseguir á sus contrarios. ¡Qué alteza de sentimientos!

— ¿Y qué quieres, Eduardo? Eso trae consigo el despreciar las leyes fundamentales de nuestra naturaleza; los principios eternos de la razon y de la ciencia. En estas

sociedades, donde manda un hombre á su sabor, no se quiere la libertad, y se tiene la guerra sorda. No quieren que las ideas luchen noblemente á la clara luz del dia, y luchan las pasiones de una manera cruel en las tinieblas. No se consiente la asociacion pública, que reune las inteligencias dispersas, y disciplina las voluntades, y se tienen las sociedades secretas. No quieren que el espíritu se desahogue, y el espíritu, encerrándose en el seno de la sociedad, hierve y estalla en grandes terremotos, como estalla ese volcan en ardiente lava y en terribles sacudimientos.

— Es verdad; embrutecen al pueblo, y despues le piden virtudes; le hacen confundir la autoridad con la violencia, y luego no quieren que él confunda la libertad con la revolucion; le encierran en una jaula, é intentan detenerle la primera vez que va á tomar carrera. Le niegan todos los manantiales donde pudieran templar su sed de justicia, y luego extrañan que no sea justo.

— ¡Oh Eduardo! ¡Cuánto absurdo vemos en el mundo!

— Pero el absurdo mayor, Rafael, es mi vida. Yo amaba á una mujer pura y divina, y me he casado con una mujer á quien nunca amé. Yo fuí un dia amante de la libertad, y hoy debo ser cortesano, y cortesano despreciado y caido.

Yo deseo siempre combatir á la luz del dia, y voy á entrar, por sed de venganza, en una sociedad secreta, donde se trata de echar abajo, no un sistema, no un gobierno, sino una pandilla cortesana. Yo soy el mas desgraciado, sí, de los hombres.

— Y en verdad, no se eligen las posiciones, se aceptan.

— No lo creas. En el camino del mal todo es empezar. Yo creo que el hombre es libre. Pero creo tambien que que cuando baja por una pendiente por su propio impulso, se despeña en el mal. La lógica de los hechos es rigurosa, como la lógica de las ideas. Cada premisa que sentamos, encierra una larga cadena, larguísima, de consecuencias fatales é inevitables. Yo no he aceptado el mal; yo lo he elegido. Por eso creo que merezco un gran castigo.

— Pero tú puedes desandar lo andado.

— Ya no puedo. Ya no tengo mas remedio que aceptar mi papel, y representarlo bien. Esto de la degradacion tiene algo de la pereza. Cuesta mucho trabajo sacudirla. Sigue uno en su camino, por falta de actividad, por sobra de indolencia. No hay remedio.

— ¡Oh! ¡Qué infelicidad, qué infelicidad! Y Rafael, que se habia sentado en un sillon, se quedó dormido, miéntras que Eduardo reflexionaba en sus males.

## XXII.

Era una noche oscurísima, lóbrega. El cielo estaba cargado de tempestades. Rozaban las nubes con sus orlas oscuras y sombrías la tierra. El relámpago rasgaba las nubes y hacía ver un cielo triste y oscuro como un abismo. El mar, azotado por la tempestad, rugia y encrespaba sus olas como si quisiera desbordarse audaz, y espumoso, y soberbio sobre los campos. El viento, al estrellarse en los árboles, producia un sonido fúnebre, semejante á las quejas de un corazon desgarrado por el dolor. Levantaba con tanto ímpetu y con tan fuerte empuje las piedras y las arenas, que herian los rostros de los infelices que en aquellos instantes cruzaban por los campos y las calles. Hervia el volcan, y su lava, como nube encendida y ardiente, se dibujaba en los horizontes, dándoles colores sangrientos y y rojizos. De vez en cuando el viento repetia los ecos de voces humanas, voces doloridas, pero fuertes; angustiadas, pero firmes. Eran los gritos de los marinos

que hacian esfuerzos sobrehumanos para conjurar la espantosa tormenta. De vez en cuando, se veia cruzar por el horizonte, seguido de un tremendo choque y de redoblados estallidos, una culebra de fuego, un rayo, que traspasaba algun árbol, ó encendia alguna pobre cabaña. Las campanas de las iglesias acompañaban con su estruendo el estruendo atronador de la tempestad. Las aves nocturnas, lanzando agudos quejidos, heridas en sus pupilas por el reflejo del relámpago, iban á bandadas á buscar sus madrigueras, á librarse del azote de la tempestad. Todo era espanto. El bramar del viento, el estruendoso y retumbante trueno, el ronco rugir de las encrespadas ondas, el hervidero del volcan, semejante á aullido ronco de gigante fiera; las ramas de los árboles tronchándose; las voces angustiadas de los marineros que herian las nubes; el lúgubre sonar de las campanas; las estridentes quejas de las nocturnas aves; todo este horrible temblar y retemblar de la naturaleza, derramaba horror en la inteligencia y miedo en el corazon. ¡Oh naturaleza! Aun no ha averiguado el hombre, ni acaso averiguará nunca, las relaciones misteriosas que con el alma te unen; pero lo cierto es, que tu dolor es nuestro dolor; que tu alegría es nuestra alegría; que no podemos oir tus alterados vientos y el bra-

mar en tus mares, sin sentir tambien la horrible tempestad desencadenarse en el alma. Y en medio de aquel gigante estruendo de la naturaleza, entre las ráfagas del huracan, en lo mas solitario de la playa, se encontraban dos séres perdidos. Eran dos mancebos por su traje. Andaban, y el viento los detenia; se detenian, y el viento los arrastraba. Sordos gemidos salian de sus enronquecidas gargantas. Las piedras azotaban sus rostros, las arenas cegaban sus ojos, y uno de ellos callaba, y el otro, con voz desmayada, voz femenil, se quejaba en son doliente y tristísimo. Cuando algun relámpago corria de extremo á extremo del horizonte, aquellos dos séres se abrazaban y se confundian como esperando que juntos los abrasase el amenazante rayo. Alguna vez, cansado, especialmente el mas bajo, de luchar y reluchar contra las ráfagas asoladoras y tempestuosas, se detenia, y se arrojaba contra el suelo. Otras veces se paraba, un gran lamento salia de su pecho, cruzaba las manos, ponia las rodillas en tierra, los ojos en el cielo, temblaba como la caña; é invocando el nombre de Dios, entrecortado por hondos y amarguísimos suspiros, mostraba á la luz del relámgo el rostro bañado en lágrimas. El compañero, con indiferencia, con frialdad, levantaba al pobre cuitado, que así temia los furores de la

tempestad, que así temblaba al ronco sonar del trueno; lo sostenia en sus brazos, le ceñia el cuello cuando el infeliz le abrazaba, y le sostenia con amistoso cuidado.

Creemos que nuestros lectores habrán adivinado quiénes eran aquellos dos jóvenes perdidos en tan deshecha borrasca. Eran Eduardo y Margarita, aquellas dos almas, presa de tempestades todavía mas terribles que la grande y pavorosa que azotaba sus doloridos cuerpos. Habian salido de Nápoles merced á las sombras de la noche y á otros mil recursos de su industria, y se encaminaban al campo para no despertar sospechas ni recelos, é iban en pos del sitio donde debian celebrarse sus tenebrosas conjuraciones. La noche de antemano designada, la noche que ellos no podian ya mudar, se habia mostrado inclemente y espantosa. La tempestad, siempre terrible en las regiones meridionales, donde el calor parece que enciende mas su furia, sobre el mar, que la acompaña en sus aullidos, y en sus sacudimientos, y en su estruendo, deslizándose al lado de un hirviente volcan, que muestra dos grandes tormentas, una en el horizonte, otra en las entrañas de la tierra, no ménos pavorosa; la tempestad, sacudiendo con sus gigantes alas, innumerables objetos; los bosques, las arenas de la orilla, las barcas y los buques

diseminados en las aguas, quemando con sus exhalaciones las cabañas; repetida de monte en monte, y de hueco en hueco; exaltada cada vez por el resonar de sus terribles ecos, la tempestad de esta suerte toma un aspecto tan terrible y tan solemne, que no parece sino que va á desquiciarse todo el universo.

Eduardo y su esposa no habian podido esquivar las inclemencias de aquella noche. Cuando salieron de su palacio, ya muy espesas las sombras y muy entrada la noche. disfrazados, por una puerta falsa, la misma espesura de de aquellas tinieblas palpables protegia su misteriosa excursion. Llegados á uno de los barrios mas solitarios de Nápoles, un agente del gobierno los detuvo. Aquella fué su primer desventura. Por fin, Eduardo, que iba muy bien disfrazado, apeló á un conciso expediente, para salir de aquel apuro.

— Se trata de un amor desgraciado, dijo.

El agente no pudo ménos de reirse y contestar :

— Sí, amor entre dos mancebos, vaya una excusa.

— Es una mujer, contestó Eduardo.

Así que el buen agente se cercioró de que en afecto era una mujer el compañero de Eduardo, les dejó partirse en buen hora, diciendo : « Dios proteja vuestro amores. »

En efecto, á un policía de Nápoles, con tal que no se conspire contra el rey, le importan poco el amor y la naturaleza del amor. Sin embargo, aquel maldito incidente habia detenido mas de lo necesario á los dos jóvenes en su carrera. Tomaron un paso mas acelerado. Margarita se cansaba. No podian ir en coche, porque en coche fuera propio fuera prestado, fuera de alquiler, iban vendidos, materialmente vendidos. Por fin, despues de mil angustias, salieron fuera de la ciudad. Al salir, dijo Eduardo :

— Hemos empedrado de oro nuestro camino.

— ¿Por aquí ya debe esperarnos un coche? preguntó Margarita.

— No. Se dudó si traerlo ó no; pero luego convinimos en que era un gran peligro.

— Muy cansada estoy, pero no importa. Prosigamos nuestro camino.

— Calla, que voy á tomar direccion.

En esto, un lívido relámpago, seguido de un pavoroso trueno, interrumpió la conversacion de los dos jóvenes.

— Dios mio, exclamó Margarita, cogiendo el brazo de Eduardo. Dios mio, un trueno, un trueno; un relámpago. ¡Oh! estamos perdidos. Y la jóven temblaba como azogada.

— ¿Y qué vamos á hacer, dí, Margarita, qué vamos á hacer?

— Santo cielo; yo tengo un miedo horrible á la tempestad.

— Parece imposible. Contrasta mucho ese miedo con tu fuerte naturaleza.

— Yo no he podido remediarlo nunca. Yo me muero. El rayo va á herirnos. Dios mio, Dios mio. Somos muy criminales.

— ¿Ahora te acuerdas? dijo Eduardo lanzando una horrible carcajada.

— ¿No sientes á Dios? Volvamos, volvamos.

La nube se acercaba rugiendo como una fiera hambrienta. El relámpago crecia con un fulgor parecido al que despide una lámpara próxima á extinguirse. Margarita cerraba los ojos, se tapaba los oídos y exclamaba:

— Volvámonos.

— Ya no es posible; no es posible volver; tú lo has querido.

— Sí, tienes razon. Andemos. Vamos por dónde tú quieras.

— Por aquí, por aquí, dijo Eduardo, sosteniendo á Margarita, que se habia abrazado á su cuello.

— ¿Tú has estudiado física, Eduardo?

— Sí, la he estudiado, dijo Eduardo con indiferencia.

— ¿Y no es verdad que aquí estamos muy expuestos?

— No sé dónde nos hallamos. Si hay objetos muy altos, no estamos expuestos; pero si no los hay, no tiene remedio, el rayo viene á nuestras cabezas.

En esto, un relámpago iluminó la escena.

— Dios mio, dijo Margarita con un acento de desesperacion terrible. Estamos en una llanura solos. No hay nada que abrase el rayo mas que nuestras cabezas. Estamos perdidos. Si al ménos hubiera un confesor...

— ¿Y eres tú la mujer fuerte?

— ¡Ay Eduardo! No lo puedo remediar. Desde niña he tenido este miedo impropio de mi naturaleza mi de y carácter. No puedo. Mira; toca mi frente. Está helada con el hielo de la muerte. Tiemblo, tiemblo. Señor, Señor, perdon, perdon; soy muy criminal. Y Margarita se arrodilló plegando convulsivamente las manos.

Eduardo cogió á Margarita entre sus brazos, y como si fuera una pluma la llevó corriendo algun tiempo; pero pronto se rindió al peso, y se asentó fatigado. El viento que levantaba las piedras, heria los ojos de Margarita. Al sentarse en un monton de ramas, salió de entre ellas una

lechuza dando un grito horrible. Margarita dió un aullido de triste desesperacion tambien. El horror de la noche, el acento de la tempestad, le habian devuelto por un instante su naturaleza de mujer. Ella, que no temblaba nunca, parecia que iba á morir de angustia, de dolor. Lo peor del caso era que andando ó corriendo, desorientados, sin brújula, porque Nápoles yacia en tinieblas, se habian perdido; Margarita no habia echado de ver esta última desgracia; solo se preocupaba de rezar á todas las advocaciones de la Vírgen, á todos los santos del cielo, y muy especialmente al patron de Nápoles, cuya sangre se liquida todos los años. Margarita, que no aceptaba la religion de la virtud y del amor, tenia que aceptar la religion del terror. Horrible castigo en verdad el de esas almas, que solo ven á Dios cuando Dios está airado. Como todas las graves faltas, la falta de Margarita llevaba en sí misma su expiacion. No lo olvides nunca, lector. El castigo es una consecuencia indeclinable del crímen.

— Pero... no llegamos. Al ménos bajo techado, decia Margarita, yo no veria estas nubes. Cierro los ojos, y sin embargo, al traves de los párpados cerrados, veo el relámpago. ¡Qué ruido tan terrible! ¡Qué nubes! Parecen monstruos. ¡Piedad, madre de Dios, piedad!... Eduardo,

Eduardo. ¡Dios, Vírgen santa, qué ruido! Se enciende el cielo. Yo me voy á volver loca. Mira cómo tiemblo. Huyamos.

— ¿Dónde vamos? decia Eduardo desesperado ya, no por la tempestad, sino por la desesperacion de Margarita.

— Pero díme: ¿no sabes dónde estamos?

— No lo sé. Todo se conjura para desorientarme.

La angustia de Margarita crecia á medida que la tempestad crecia tambien. Eduardo estaba mas indiferente. Dios los perseguia como á Cain. Iban á una logia, no por ningun fin político ni social, sino por satisfacer una ruin pasion. No hay nada mas grande que amar mucho una gran causa; no hay nada mas torpe y miserable que tomar la política ó la religion por medio de medro ó de venganza. Cuando lo que deben ser fines, y grandes fines de la vida, se convierten solo en medios, el hombre se prostituye y degrada hasta el envilecimiento. En la vida debemos buscar la virtud, sin ninguna preocupacion, debemos buscar la verdad, con toda nuestra alma. Y despues de buscar la verdad, debemos hacer el bien; pero no por recompensa ó por interes, sino por amor puro, ideal, divino al bien; porque así descansa la conciencia y reposa el corazon, y realizamos la ley de la vida y cumplimos

nuestro deber. ¡Maldito sea el que toma la política por instrumento de su engrandecimiento ó de su vanidad! ¡Maldito sea el que toma la religion por instrumento de su política!

Invocar una causa política para conseguir medro, celebridad, es un horrible sacrilegio.

Y este sacrilegio cometia por cálculo Margarita; por indiferencia Eduardo. Y Dios, que se manifiesta siempre justo, que castiga todas las grandes iniquidades, que hace que la expiacion siga al delito, Dios parecia que los acusaba de su crímen por la voz de sus torrentes, de sus ondas, de sus volcanes, de sus encendidas nubes, de su tempestad; lenguaje sublime, que resonaba en el corazon y en la conciencia de Margarita, como el estruendo pavoroso de todos sus remordimientos conjurados en su daño y en su castigo.

Pero volvamos á ver el estado de los dos infelices jóvenes. Á la luz de un relámpago vió Margarita una cabaña, y exclamó:

— Vamos, vamos allí, Eduardo.

— ¿Y qué quieres que allí hagamos?

— Refugiarnos, refugiarnos por Dios.

— Margarita, yo creo que hay algo que tú temes mucho mas que la tempestad.

— Nada hay en el mundo, nada, ni la muerte.

— No. Tú temes, mas que el ruido de la tempestad, el grito atronador de tu conciencia.

— Tambien, tambien ahora me martirizas.

— Es verdad. Soy, lo confieso, implacable.

— Mira, mira, me muero de miedo.

Los dos jóvenes se fueron acercando poco á poco á la cabaña. Algunas veces, en lugar de seguir el camino derecho y recto, tomaban mil tortuosas sendas. Chocaban contra un árbol, se herian el rostro y las manos, sobre todo las de Margarita chorreaban sangre. La tempestuosa nube pesaba ya sobre su cabeza. Parecia un cuervo inmenso graznando, acometiendo á un inocente pajarillo que, trémulo, aguarda á ser despedazado, y no puede volar, pues no le deja la horrible fascinacion que sobre él pesa; parecia, que aquella nube gigantesca y negra iba á devorar á aquellos dos séres.

— ¡Ay! Ya hemos llegado.

— Entremos.

Margarita se apresuró á correr para tomar la puerta de la cabaña; pero en aquel instante, un relámpago mas vivo,

aunque mas amarillento que la luz de la luna, cruzó los horizontes, cegó á Margarita, la arrojó contra el suelo; una detonacion espantosa, semejante á una descarga de artillería, atronó el sentido, y al punto comenzó á arder la cabaña por todos cuatro costados como un inmenso hachon. Habia caido un rayo. Eduardo fué tambien derribado. Margarita habia perdido el conocimiento y el sentido. Eduardo se levantó. No sabía dónde estaba. No tenia á su lado á Margarita.

— Margarita, Margarita, comenzó á gritar.

Solo le contestaba el ruido del trueno, y el estruendo de las olas.

— ¿Dónde estas, Margarita?

El mismo ruido respondia á sus afligidas palabras.

— ¡Oh! ¡La he perdido, la he perdido!

Por fin, andando por allí como desesperado, tropezó con un cuerpo y cayó en el suelo. Era el cuerpo de Margarita.

— ¡Dios mio! ¿Estará muerta? Respira. Y aplicaba el oído á su pecho. ¿Palpita su corazon? Y ponia la mano sobre su pecho. La luz del relámpago le mostraba un rostro lívido como el rostro de la muerte.

Por fin aquellas nubes se desataron en grandes torren-

tes. Parecia que se iba á anegar la tierra. Esto fué todavía mayor afliccion para el infeliz Eduardo. Teniendo entre sus brazos el cuerpo inanimado de Margarita, sin fuerzas para moverlo de allí, azotado por una lluvia impetuosa que amenazaba anegar todos aquellos campos, le faltaba hasta la respiracion como si hubiese caido en el fondo del mar. Pero la humedad, refrescando las sienes de Margarita, la devolvió el sentido y el conocimiento.

— ¿Dónde estoy?

— Conmigo, conmigo, hija mia.

— ¡Qué angustia! Me muero, me muero.

— Llora.

— No puedo. ¡Ay! Nos ahogamos.

— Levántate, Margarita, ó esta es la última hora de nuestra vida.

El cielo parecia que se desplomaba sobre la tierra. Tal era el estruendo del trueno y el furor de la lluvia.

— ¡Oh, compasion, Dios mio! exclamaba Margarita.

— Corramos. corramos.

Por fin Margarita pudo incorporarse.

Anduvieron mucho tiempo azotados por el huracan y por la lluvia, hasta que al fin llegaron á encontrar una cabaña, donde pudieron guarecerse.

— ¿Y aquí vamos á pasar la noche?

— Aquí; no tiene remedio.

— ¡Qué de angustias!

— ¿Y nuestro regreso á Nápoles?

— Es imposible.

— ¡Dios mio! Y nos van á prender, decia Margarita.

— No iremos á Nápoles.

— Amanecerá.

— ¿Y qué?

— Y nos verán en este traje.

— Tienes razon. Es necesario salvarnos de esta nueva tempestad.

— Pero mira, el agua entra por todas partes. ¡Ay, Eduardo, qué horror! Nos vamos á ahogar.

En efecto, el agua entraba por el pequeño agujero que servia de entrada á aquella abandonada cabaña de pescadores. El campo estaba anegado. Los dos jóvenes no podian quedarse allí, porque rebasando mucho el agua temian ahogarse. No podian salir, porque ignoraban todo camino. Habian sido conducidos por el huracan y la tempestad, como leves plumas. Despues el dia, á pesar de la oscuridad, estaba próximo, y quizá sin las nubes, la luz de la aurora inundaria ya los horizontes. Si el dia los ai-

canzaba, estaban aun mas perdidos. Y la razon es muy obvia. Podian ser descubiertos. ¿Qué iba á ser de ellos? En la corte solo se esperaba un momento propicio para perderlos. Querian encontrar una ocasion, y solo una ocasion, para cebarse en ellos y castigarlos. ¿Qué ocasion mejor que encontrarlos en medio del campo disfrazados? No habia remedio. La prision, la confiscacion de sus bienes, tal vez la muerte. Tal era el estado de aquellos dos séres, que solo adoraron en el mundo el placer. Á tal extremo los habian conducido sus pasiones y su ardor de venganza.

No es para contado todo lo que en aquella triste noche padecieron los dos jóvenes. Remordimientos agudos, temores, dudas, peligros inminentes de muerte, todo lo que puede afligir á una criatura humana, todo cayó sobre aquellas dos almas, anegándolas en dolores morales, mas terribles cien veces que la tempestad, de que eran triste juguete. Pero la noche tan tremenda no era nada en comparacion del dia, del terrible dia que les aguardaba. Ya se sabe en qué consiste el gobierno de Nápoles. Ya se sabe que hoy la autoridad absoluta de los reyes no se funda en aquella mutua confianza que era la felicidad de nuestros padres, y es hoy el desideratum de nuestros políti-

cos rancios. Ya se sabe que el rey de Nápoles, aunque, segun el comun decir de las gentes, muy amado de sus pueblos, tiene un inmenso ejército, muy buenos y muy avisores polizontes, que suelen muchas veces propinar á los vasalluelos que se propasan algunos cuantos garrotazos para recordarles sin duda el refran de sus antiguos señores los españoles : « Quien bien te quiera, te hará llorar. »

Por consiguiente, la angustia de Margarita era grande; si bien desde que cesó el trueno, y la tempestad se deshizo, como avergonzada de su miedo y de sí misma, comenzó á cobrar su antigua fiereza.

— ¿Qué haremos, preguntó, cuando venga el nuevo dia que ya asoma?

— Debemos intentar un medio de huir de las redes de la policía.

— La desafío yo.

Pues yo la temo tanto como tú los truenos, que es mucho, muchísimo encarecer.

— Nuestro vigía, ganado á toda costa, ya no estará en su puesto.

— Es verdad. Y tú, Margarita, con ese traje precisamente has de llamar la atencion.

— ¡Qué noche hemos pasado, qué noche tan horrible!

— Y todo nuestro proyecto ha caido por tierra. Ya ves cómo Dios se interpone muchas veces en nuestro camino, acaso para avisarnos del peligro que corremos.

Margarita lanzó una carcajada epiléptica.

— ¡Ay Margarita! Bien quisiera que ahora asomara una nube tronando, para que te trajese en su seno, con su electricidad, alguna emanacion del sentimiento religioso.

— Te vas haciendo muy sarcástico.

— Es lo único ya que me resta.

— Eduardo, pensemos en salvarnos.

— ¡Qué estado el nuestro! Empapados en agua, molidos, los ojos secos, saltándose de las órbitas por el insomnio; el corazon desgarrado; el alma herida; encenegados en este lodo, imágen fiel del lodazal en que vivimos...

— ¿Y á estas horas y con estos apuros te pones á moralizar? ¡Parece imposible!

— Ahora tienes razon.

— Te vas haciendo viejo.

— ¿Por qué?

— Porque te has dado mucho á predicar moral.

Eduardo se sonrió ligeramente, y salió al campo á bus-

car alguna traza de salvacion. El alba relucia al traves de las opacas nubes. El campo presentaba un cuadro terrible de tristeza y desolacion.

Por todas partes se veian árboles tronchados, cabañas incendiadas, restos horribles de una gran tempestad. Habian seguido una direccion contrária de la que debian seguir. En vez de tomar el camino designado, habian tomado el camino que los acercaba al mar.

Eduardo no sabía qué medio de salvacion escoger, ni cómo huir del inminente, gravísimo peligro. Pero allí, á la orilla, vió una de esas grandes barcas, que con la vela ligerísima latina recorren á manera de grandes aves marinas las orillas del Mediterráneo. Eduardo pensó que llevaran á él y á Margarita á algun punto lejano de la playa, donde pudiera conseguir un vestido de mujer pera su esposa y otro para él, y volver así á Nápoles. Acercóse á la barca, y vió en ella á un jóven tendido.

— ¡Eh! marinero.

El jóven se despertó frotándose los ojos.

— ¿Quieres llevarnos á cualquier punto?

— ¡Oh! He estado á pique de ahogarme.

— No, no te digo eso. ¿Quieres llevarnos á cualquier punto?

— Dónde queráis.

— No, dónde tú quieras.

— ¡Qué extraña demanda!

Y el jóven levantó los ojos.

— ¡Oh! Sois vos, vos... dijo espantado.

— ¡Genaro, Genaro! exclamó Eduardo. ¿Y habrá quien dude, ¡oh Dios mio! de la Providencia? Llévanos allá.

— Margarita, Margarita, comenzó á gritar Eduardo entre alegre y pesaroso, yendo á la pequeña gruta. Margarita, sígueme.

La jóven salió; estaba entumecida; apénas podia andar.

— Vámonos á tu aldea, á tu aldea, le dijo Eduardo al muchacho. Margarita le siguió maquinalmente, y entró maquinalmente en el pequeño barco.

— Extiende tu vela. Vamos.

## XXIII.

El barquichuelo comenzó á cortar las ondas. Eduardo manifestaba una alegría extraordinaria. El cielo comenzaba á despejarse. Su azul tomaba una claridad mas hermosa despues de la tempestad. Las nubes huian como manadas de blancas águilas. El sol inflamaba ya con su color sonrosado, con sus matices de ópalo y grana los bordes del horizonte. Las aves, como alabando á Dios por haberlas salvado, gorjeaban, y sus acentos eran repetidos por las brisas que henchian la blanca vela. El campo, á pesar de la tempestad y en medio de la gran inundacion, monstraba sus árboles mas verdes, mas hermosos. El mar se apaciguaba, gemia un poco á manera de un niño que se duerme y lucha con el sueño, y reflejaba el cielo, que es tambien el amor de los mares. Estaba tan claro, tan hermoso, tan trasparente el fondo, que al mirarlo se veian las algas, las conchas marinas, los helechos y los peces de mil colores, que en sus líquidos cristales jugueteaban; todos esos mi-

llares de séres, que muestran cuán fecunda, cuán hermosa es la vida; la vida, cuya eterna fuente es Dios.

Cuando la vista se abisma en estos grandiosos espectáculos; cuando el sentido recoge esos átomos de luz; cuando se respira esa humedad que parece un beso de la naturaleza; cuando se ve latir la vida en las hojas de los árboles, en las palpitaciones de las ondas, en las aves, en los peces, en tantas y tantas miriadas de miriadas de séres; sí, cuando se ve latir la vida como late la sangre en el corazon, el alma se pierde en la creacion, y parece que quiere gustar la esencia de aquella vida, perderse en su seno, como el águila se pierde en el éter de los cielos.

Suspensa un momento Margarita por aquel espectáculo, y mucho mas despues del tremendo que acababa de presenciar, se olvidó de preguntar adónde iban. Mas despues de algunos instantes salió de este estado de arrobamiento, y preguntó:

— ¿Dónde vamos?

— Vamos á un punto que tú no puedes imaginar.

— ¿Dónde es ese punto?

— No lo quiero decir hasta que no te encuentres en él.

— Haces muy mal.

— No lo creas.

— Haces muy mal, porque ahora me empeño yo en saber dónde vamos.

— Vamos á los campos donde aprendió á cantar nuestro hermoso ruiseñor.

— ¿Qué ruiseñor?

— Ángela.

— ¡Oh, qué oigo!

— ¿Te duele?

— Sí.

— No te entiendo.

— Me duele, porque eso te falta solamente para acabar de hacerte moralista.

— ¿Solo por eso?

— Solo por eso.

— Creí que no.

— ¿Te habias imaginado que iba á tener celos? No mereces tanto.

— Mas ya no hay remedio.

— ¡Cómo ha de ser! Lo contaré por uno de esos dias nefastos de mi vida.

Eduardo estaba muy conmovido. Todos los espectáculos que á sus ojos ofrecia naturaleza, le recordaban los tranquilos dias de su juventud. Entónces el amor perfumaba

todo su corazon; entónces volaban mil ilusiones por su mente: entónces tenia fe en la humanidad, fe en la libertad, fe en la Providencia, fe en Dios, Entónces su alma conservaba toda su blancura; su alma ya ennegrecida, viciada y enferma. Entónces no era autómata, conservaba toda su libertad.

Eduardo refrescaba su imaginacion en las hermosas playas donde habia sido feliz. Allí recordaba que el deseo burlado anda en pos de la felicidad tras engañosas fantasmas, y despues desanda toda la vida para volver á la edad primera, á la felicidad que habia, por ilusoria, menospreciado. Allí, bajo el sauce, á orillas de la fuente que aun corria mansa y argentina, respiraba, ensanchándose sus pulmones con aquel purísimo aire, y veia vagar el recuerdo de su amor, la imágen purísima de su alma, jóven y exaltada. Y allí recogió nuevo aliento para continuar su carrera; pero tambien veia recuerdos, dolores, horas pasadas en el amor, que habian sido su felicidad, y eran ya su triste desventura. Por fin, Margarita y Eduardo se separaron de aquella casa, y volvieron á Nápoles sanos y salvos.

---

## XXIV.

Creia Eduardo que Margarita habia ya abandonado sus ideas de venganza. Mas nada estaba mas léjos del pensamiento de aquella infeliz y porfiada mujer, nada. Su casa, centro ántes de todo Nápoles, era un desierto. Solo se oian los pasos de sus criados. Ni un alma llamaba nunca á la puerta. Cuando Margarita iba á un teatro, nadie la saludaba. Celebrábanse mil fiestas en la ciudad, y á ninguna era convidada. Su frente llevaba una marca de ignominia; sus bienes la señal de una próxima confiscacion; toda su persona la sombra fatídica de la desgracia. Vivir así era imposible, sí, imposible para su alma, acostumbrada al placer, á respirar el aliento de la adulacion, á ver el brillo de la lisonja.

Y este estado tan triste, tan aflictivo; esta soledad tan espantosa, podria trocarse mágicamente en una fuente de felicidad, si Margarita reconquistaba su perdida influencia, su desvanecido poder. Por eso, por venganza primero,

por utilidad y provecho despues, acaso y sin acaso por ambas cosas, Margarita pasaba maquinando conspiraciones. Habia en la corte un conde, que era la pesadilla de Margarita. No sabemos si el lector recordará cierta escena que referimos al principio de esta nuestra narracion. Recordará sin duda el lector aquel hombre á quien Margarita queria asesinar, y que Eduardo hubiera asesinado, sin duda, á no ser por la mágica voz de Ángela.

Pues bien, aquel hombre, era la pesadilla de Margarita. Y la jóven tenia razon. Ella habia amado á ese hombre, y ese hombre, despues de haberla perdido, la habia abandonado. Ella se consoló de la desgracia de su amor con la fortuna de su poder, y aquel hombre, interponiéndose en su camino, la habia tambien robado el poder. Era necesario aniquilar aquel hombre.

Pero su enemigo era todo un poder. Habia recibido grandes honores, grandes distinciones en palacio, y gozaba de la omnímoda confianza del rey. Poco á poco habia desalojado de su alrededor casi toda la parte de la aristocracia que le podia hacer sombra. Por sus manos pasaban casi todos los negocios; su consejo era decisivo, su influencia poderosa. Era preciso derrocar aquel hombre. Los nobles, á quien sin duda alguna no repugnaba el

sistema de Nápoles, repugnaba la privanza de aquel hombre, y le aborrecian, no por odio á la tiranía, sino porque ellos eran tiranizados y no tiranos. Todo el mundo sabe la gran tendencia de Italia á las sociedades secretas; tendencia nacida sin duda de sus grandes y dolorosas desgracias. Los enemigos del conde, los caidos por su causa de la real privanza, se reunian en una inmensa sociedad secreta. Todos los medios de burlar su poder se habian inventado allí. Aquella sociedad se llamaba « De los enemigos del tirano. » Soledad, oscuridad, sigilo, fórmulas sibilinas, misterios solemnes, juramentos terribles, pruebas tremendas, todo lo que puede constituir una sociedad secreta, todo se celebraba allí. Margarita y Eduardo no habian podido entrar en aquella sociedad, hasta que les sirvió de intercesor su amigo Rafael. El rey odia y persigue estas sociedades de muerte, y sin embargo, las sociedades mas extravagantes, mas populares, existen en el fondo de esta Italia, llena de terribles dolores como sus volcanes de lava.

No necesitamos decir que tenemos por grave daño las sociedades secretas. Partidarios acérrimos de la libérrima asociacion, creemos que esas sociedades que se esconden profundamente en la oscuridad, son un mal. Pero ese

mal nace muy principalmente de la naturaleza de ciertos gobiernos, de la organizacion de ciertas sociedades. Los pueblos donde no hay libertad, ese bien descendido del cielo, sufren desgraciadamente todas las consecuencias de las sociedades secretas. No hay nada que sea tan armónico, tan grande y tan pacífico como la libertad.

Los mas enemigos de las sociedades secretas, no podrán negar nunca que esas sociedades pueden tener grandes objetos. Las catacumbas de los primeros cristianos, donde se inició nuestra divina religion, eran una gran sociedad secreta. Las reuniones de los pitagóricos, de los neoplatónicos en la antigüedad, eran tambien una gran sociedad secreta. La misma Italia las tiene y las ha tenido para libertar su país del extranjero yugo. Estas sociedades tienen un fin, y se concibe que en ellas el hombre arriesgue su libertad y su vida.

Pero una sociedad secreta para derribar un favorito, para contrastar el transitorio poder de un hombre, para deshacer las tramas de una íntriga de corte; una sociedad secreta de esta naturaleza, con este objeto, es sin duda uno de los frutos mas raquíticos, mas amargos que puede dar de sí el absolutismo. Y esta era la sociedad secreta en que iban á entrar Eduardo y Margarita. Este era el centro

donde se reunian todos los descontentos; esta era la única esperanza de aquellos dos jóvenes, perdidos en el intrincado laberinto del mundo.

Para Eduardo y Margarita habia sido un gran contratiempo la tempestad de aquella noche. Era mal principio entrar en una sociedad y faltar la primera noche. Ademas, su ausencia habia incitado sospechas en sus domésticos. Y en estos pueblos, fundados sobre la desconfianza, en que el poder tiene cien ojos y cien manos y cien piés; en estos pueblos infelices, el recelo, la sospecha, se introduce hasta el sagrado é inviolable seno del hogar doméstico.

El jóven, pues, objeto de saña aristocrática, era individuo de la mas alta aristocracia. Era el conde Asthur, que gozaba gran privanza en palacio. Enamorado un tiempo de Margarita, gustó en realidad todas las amarguras de su infeliz amor. Un dia la pasion llegó á su colmo, rebosó su pecho, y tomó de Margarita una venganza. Desde aquel punto la guerra entre los dos jóvenes fué sin reposo, sin tregua; Margarita pensó en asesinar á aquel hombre, y aquel hombre, que era muy astuto, asesinó con mas certero golpe á Margarita; es decir, le robó toda su privanza, toda su influencia, toda su fuerza, todo su poder en palacio.

El conde Asthur se habia ganado la privanza del rey. Su padre habia sido sacrificado en las calles de Milan por una de las sangrientas revoluciones de Italia. Aunque educado en ideas muy liberales, desde aquel instante juró el jóven odio á la revolucion, y prometió tomar de ella toda la posible venganza. Así, al lado del rey de Nápoles, aconsejándole, hacía que recelara de todo cuanto le rodeaba, y sobre todo, de las familias nobles. Estas familias, que no se atrevian en su esclavitud á odiar al rey, odiaban á su privado. Todo se volvia hacer votos al cielo por su muerte, cuando no andaba mezclado á tales votos el puñal y el veneno, que tanto aplican y manejan los italianos. El conde Asthur poseia el corazon del rey, y se burlaba de sus enemigos. Conocia todos sus pasos, y estaba seguro de cogerlos á todos en sus redes. Enemigo irreconciliable de Margarita. él fué apartando al rey y á la reina de la inclinacion que tenian por el talento jugueton de la jóven. Y es fuerza decirlo; para dar la señal de guerra, como buen italiano habia escogido el conde, sin duda, el instante mas ruidoso y mas propicio.

Aunque muchas familias habian caido en la misma desgracia, ninguna habia sido tan inesperada, tan ruidosa como la de Margarita. La jóven la esperó durante mucho

tiempo, desde que vió el ascendiente que tomaba el conde sobre el rey. Mas como habian pasado tantos dias y tantos acontecimientos, llegó á persuadirse á sí misma que sus temores eran infundados, y se ahuyentó su miedo. Recelaba del peligro; pero nada mas. Al fin su desgracia, la no temida desgracia, se cumplió. El conde Asthur eligió el momento supremo de herirla en el corazon. El golpe habia sido en verdad doble, por su intensidad y por el instante escogido para asestarlo. Desde aquel punto se organizó contra el tirano, contra el favorito, contra el hechicero una vasta conspiracion, una sociedad secreta. No habia remedio; era necesario cazarlo. Pero el conde Asthur, con esa perspicacia italiana, con esa habilidad en intrigas que todos le reconocian, habia cogido en sus manos los hilos de aquella gran conspiracion. Para aplastarlos á todos, solo esperaba un instante, el instante en que Margarita y Eduardo entran á formar parte de aquella conjuracion.

Pero el conde de Asthur era muy desgraciado. El amor, pero un amor extraordinario le habia traspasado el pecho. Esta pasion, grande, exaltada, le habia sumido en una profunda tristeza. Desesperaba, y en nada tenia la vida. La pasion del conde Asthur era pura y profunda. Habia

sido inspirada ¿por quién? ¡oh! habia sido inspirada por Ángela. Una noche en que la jóven cantaba la *Sonámbula*, Asthur se sintió mas cautivado por aquella voz; se sintió profundamente dolorido. La música de Bellini será siempre el cántico mas sublime del amor. Nunca, en ningun tiempo se podrá expresar el sentimiento, la tristeza, el amor, de una manera tan viva, tan profunda, tan grande; nunca. Aquellas notas son lágrimas, aquellas armonías latidos del corazon, aquel canto el eco de la tristeza profundísima, que produce una profundísima pasion. El conde Asthur conocia toda la profundidad de aquel sentimiento, y desde tal punto la imágen de Ángela, sí, de Ángela llorosa y enamorada, se grabó en su corazon y en su conciencia. Ya no tuvo tranquilidad su vida; ya no tuvo paz su corazon.

Un dia se encontró á la jóven cantora en una reunion de confianza. El conde se acercó á hablarla con timidez. Ángela le contestó con su natural amabilidad. El conde la dirigió algunas palabras, que Ángela tomó por meras galanterías. Pero bien pronto la conversacion tomó otro giro. El conde fué poco á poco descubriendo su corazon. Ángela se ocultaba como para no verlo. El conde quiso leer el corazon de Ángela, y la jóven le manifestó de una

manera delicadísima, que ella de ninguna suerte podia amar ya en el mundo. Aquellas palabras alimentaron el amor del conde. Cuando volvió á encontrarse solo, la imágen de aquella mujer le perseguia, le atormentaba. En sueños se aparecia á sus ojos; despierto, involuntariamente pronunciaba su nombre. Mil veces, en los salones, se acercaba maquinalmente al piano, y lo heria preludiando el rondó final de la *Sonámbula*. En las noches en que cantaba Ángela, se sumia solo en lo mas hondo de su palco, y allí lloraba al oir su voz. Su amor habia tomado de esta manera una intensidad infinita, y de tal suerte, que le distraia de todo otro pensamiento.

Un dia, no pudiendo ya ocultar su pasion, tomó la pluma y escribió estas líneas:

« Yo os amo, Ángela, os amo. Mi corazon, que yo creí superaria á esta pasion, está herido, está enfermo. El mundo entero me parece un infierno sin vos. No me castiguéis, Ángela. Si no me amáis, callaos. Dejadme al ménos por largo tiempo en esta incertidumbre. Es muy triste; mas la prefiero á la desesperacion. »

Ángela rasgó la carta. Nada contestó. Una tarde al anochecer paseaba por las orillas del mar, y se le acercó el conde respetuosamente.

— Ángela...

— Señor conde...

— Debo hablaros.

— Hablad.

— Habéis recibido una carta.

— Sí, señor conde. Y no os he contestado por motivos que fácilmente alcanzaréis.

— Contestadme ahora.

— Señor conde, si yo pudiera amar... os amaria; pero no quiero engañaros; no os amaré ni ahora ni nunca.

— Ángela, me habéis asesinado.

— Señor conde, he creido sinceras vuestras palabras, y os doy esta contestacion.

— ¿Vos amáis á otro sér?

— ¡Oh! No, no, no; ya os he dicho que yo no puedo, que yo no debo amar.

— ¡No debo! ¡Un sér como vos condenado á no amar!

Ángela movió la cabeza afirmativamente.

— Eso no puede ser

— No podéis penetrar los secretos de mi corazon.

— Me condenáis á un eterno martirio.

— Sí, lo meditaréis mejor. Os hago un gran favor.

— ¿Creéis por ventura, Ángela, que no digo lo que siento?

— Ved si soy orgullosa. Creo sinceras vuestras palabras.

— ¿Y me despreciais?

— No; pero en el corazon la voluntad no manda.

Desde aquel instante los esfuerzos del conde se redoblaron. Era la sombra de Ángela. Doquier iba la jóven, allí se aparecia el conde. Ángela llegó á mostrarse adusta; su rendido amador llevó su amor al extremo. Una especie de delirio le habia sobrecogido. La pobre jóven contaba entre sus grandes desgracias haber inspirado esa pasion insensata, y lloraba amargamente esa desgracia. La crueldad del conde se habia acrecentado en esta triste situacion.

## XXV.

El conde Asthur estaba en su gabinete agrupando números, cuando entró un sér pequeñuelo y grotesco.

— Hola, mi buen amigo, adelante.

— Grandes noticias, dijo aquella figura saltando y frotándose las manos.

— ¿De véras? Mucho me complace.

— Están perdidos.

— ¿Sí?

— Están perdidos, señor.

— Vamos, habla.

— Ya van al abismo.

— ¡Oh! Ese era mi deseo, mi gran deseo.

— Pues lo tenéis cumplido.

— Casi casi no lo creo.

— Se han concertado con vuestros enemigos.

— Mejor.

— Van á una sociedad secreta á que yo pertenezco.

— ¡ La célebre sociedad !

— La célebre.

— ¿ De suerte que allí los cogeremos?

— Sí; caerán en nuestras manos.

— Ya veo que en realidad traes buenas noticias.

— No hubiera venido yo aquí sin ellas.

— Dejémostos ántes que se ceben bien; que traguen el anzuelo.

— Y cuando ya lo hayan tragado...

— Entónces morirán con bien poco esfuerzo.

— ¿ Morirán ?

— Tal es mi pensamiento.

— Pues vos pertinecéis al número de los que cumplen lo que á sí mismos se prometen, saltando por todo.

— ¡ Oh ! Y sin embargo, no he podido saltar por cima del poder de una mujer.

— ¿ Del poder de Margarita ?

El conde lanzó una carcajada.

— No, no, dijo, no seas tan mal intencionado. Compadécelos al verlos cómo se dirigen por sus propios pasos á las fauces del lobo.

— Tengo curiosidad, verdadera curiosidad de saber qué muro es ese que habéis encontrado á vuestro deseo.

— Ya os lo he dicho, el corazon de una mujer.

— ¡ De una mujer ! Parece imposible.

— Mira ; amo.

— ¿ Vos ?

— Yo amo, sí.

— ¡ Oh ! Se va á concluir el mundo.

— ¿ Qué quieres ?

— Ese corazon... tan duro.

— Está sin embargo traspasado.

— ¿ Y se puede saber ?...

— No tengo inconviente en decírtelo.

— ¿ Alguna gran señora ?

— No por cierto.

— No adivino.

— Es Ángela.

— · Ah ! la cantora.

— Sí, la cantora.

— ¡Santo cielo!

— ¿ Te maravillas ?

— Me maravillo.

— ¿ Qué quieres? El corazon está sujeto á influencias de que no puede libertarse.

— ¿ Y habéis pensado seriamente?...

— Muy seriamente. Y no quiero que me hables mas de esto.

— Os hablaré de vuestra venganza.

— Justo.

— Pues van á la sociedad secreta.

— Tanto mejor.

— ¿ Estáis apercibido ?

— Los aplastaré bajo mis plantas.

— Pues mañana á la noche van.

— Está bien, véte.

## XXVI.

Es de noche, una lámpara ilumina una estancia subterránea. La luz de la pequeña lámpara no llega al suelo, sirve solo para aumentar mas la oscura lobreguez de aquel abismo. La estancia parece una cárcel. Son sus paredes gruesas. Los sillares que la componen, unidos por el tiempo, y despojados de la cal, parecen sobrepuestos sin trabazon alguna unos sobre otros, y entrelazados solo y sostenidos por la accion inevitable del tiempo. La bóveda es bizantina, pesada. Parece que aquellas inmensas piedras que la componen van á caer sobre el pavimento, que está húmedo. No se oye en esta pequeña estancia nada que indique habitarla un sér humano. Solo la triste lámpara da indicios de que por allí ha pasado la huella del hombre. De vez en cuando algun mochuelo, proyectando con sus negras alas una triste sombra, cruza al rededor de la luz; otras veces una siniestra lechuza aletea fuertemente para apagar aquellos moribundos resplandores. El

silencio, la oscuridad, el cruzar ligero y rápido de algunas aves nocturnas, el frio húmedo que allí se siente, todo, todo es horrible, todo es espantoso. En aquella mansion la noche debe ser eterna; parece mas bien un inmenso sepulcro, que humana vivienda. Y sin embargo, se oyen algunos golpes; parece un martillo. Una de las piedras del techo se abre. Aparece una tabla que va muy despacio bajando del techo. En la tabla hay un sér humano envuelto en un largo capuchon negro, con un negro y horrorosa antifaz. La tabla baja hasta tocar el mismo suelo. El sér que venia tendido se levanta. Es bajo. Sus dientes rechinan de frio, tiembla y da un grito espantoso. Algunos ratones gordísimos han corrido bajo sus piés; algunos mochuelos han tocado, con las frias membranas de sus alas, su frente. No se atreve á andar. A poco que le miremos conoceremos que es una mujer. Es Margarita. Allí se queda de pié la infeliz, sin atreverse á andar ni un paso. Tiembla como azogada; pero el fuego de su pasion y de su venganza la anima y la sostiene. El frio de la atmósfera la hace temblar. De pronto se apaga la lámpara, lo único que esclarecia la estancia. El miedo de Margarita se acrecienta. No puede sostenerse, y entónces se sienta en el frio suelo. En aquel mismo instante, en las negras piedras de la te-

chumbre, resaltando en medio de la negra y espesa oscuridad, se ven unas fosfóricas letras que dicen : « Muera, muera, muera el tirano. » Aquellas letras, que parecen escritas en el aire por la mano invisible de algun genio, sorprenden á Margarita. Sin embargo, un quejido ronco sale de su pecho, y exclama con voz entera y firme y robusta : « Morirá. »

La oscuridad vuelve á caer sobre la terrible estancia. Parece que la noche es allí mas tremenda y mas espesa. De pronto se siente retemblar el suelo, Margarita quiere acogerse á la pared ; pero no llega á tocarla. Un sudor frio baña su frente. Cuando las fuerzas le faltan, se acuerda de su venganza. Este recuerdo la sostiene, la anima. El temblor crece ; de pronto se abre una gran sima. Por aquella sima sale un fuego rojizo, color de sangre, que tiñe de este color todos los ámbitos de aquel subterráneo. Margarita ve cruzar murciélagos, aves nocturnas al reflejo de aquel resplandor parecido al fuego con que Miguel Angel pintó el infierno. De pronto se apagó el fuego; se quedó otra vez la estancia oscura; pero la sima quedó abierta, y un opaco resplandor iluminaba su terrible boca, que parecia las fauces de un monstruo mitológico. Un ruido inmenso de cascabeles, de campanillas, de fuertes

detonaciones se oyó entónces, y una voz que decia: «Pasa, pasa, pasa contra el tirano.» Margarita se dirigió á la sima, púsose con planta firme al borde, y desapreció como si se la hubiera tragado la tierra.

Entónces se encontró en una estancia mejor. Estaba iluminada por dos velas que habia sobre una mesa. Las paredes se hallaban cubiertas de negro. El suelo alfombrado de negro y muy mullido. Margarita cerró los ojos al acercarse á la sima, vió que caia de alto; pero muy tardamente, y se encontró en aquella negra estancia. Algunas notas de un miserere, cantado á lo léjos, se oian. Las paredes estaban cubiertas de negro, el techo tambien, el pavimento, la mesa, todo, hasta una silla que junto á la mesa habia. Margarita se acercó á la mesa y vió un papel, donde se encontraban escritas estas palabras: «Escribe del sacrificio.» La jóven cogió la pluma y escribió estas palabras: «El hombre debe sacrificarse por el hombre. Hay sacrificios tristes y cruentos; pero necesarios. Lo primero que debemos sacrificar en pro de una buena causa, es nuestro instinto de virtud. Este, sí, este y no otro, es el grande, el verdadero, el honroso sacrificio. Yo vengo aquí superando todos los instintos de mi naturaleza. Vengo por sacrificio. Pero creo que debo hacerlo por acabar con el tirano que tiene he-

chizado al rey, oprimido al pueblo. Decid que sacrifique todo cuanto hay de honrado y virtuoso en el corazon, lo sacrificaré. Dadme el puñal. Lo afilaré, prepararé el golpe y se lo asestaré; golpe certero en mitad del corazon. » Basta, basta, dijo en este instante una voz oscura y misteriosa.

Margarita se levantó. Una de aquellas paredes se abrió como si fuera una inmensa puerta. La jóven no vió nada al traves de las anchas, inmensas puertas. Las dos luces no penetraban en aquella pavorosa oscuridad. La jóven, aunque con gran repugnancia, entró en las tinieblas. La pared se cerró á su espalda, y quedó sumida en un profundo silencio, sin ver nada, sin acertar á distinguir dónde se encontraba. Sintió un ruido como de unas gigantescas alas que se desplegaron. Mas abriendo los ojos con intensidad, nada, nada veia. El aire estaba agitado, temblaba, tenia frio. La jóven no pensaba si aquel frio era hijo del terror ó hijo de la atmósfera. Una luz fosfórica cruzó entónces por el suelo. Margarita se cubrió el rostro con las manos. Habia visto en el suelo huesos amontonados, calaveras, cadáveres, sepulcros entreabiertos, de donde salian sombras gigantescas, cenizas, copas rotas manchadas de sangre, largas cabelleras, esqueletos, mortajas rotas, mil puñales. Por el aire cruzaban tambien esos fuegos en vá-

rias direcciones, fuegos de mil colores, y por el techo arañas gigantescas, murciélagos, lechuzas, esqueletos montados en cañas de escobas, brujas, horrores sin cuento. Aquel mundo tenia una inmensa realidad. Parecia que era la naturaleza en el dia del juicio, abrasada por el fuego del cielo; descompuesta, sacada de quicio, pulverizada y destruida; la naturaleza convertida en un inmenso cadáver, sumida, devorada por todas las fuerzas de muerte, de exterminio, de triste y horrorosa descomposicion que hay en su seno. Y así como la vida es tan grata, como el espíritu se recrea en ver las frutas, las flores, el verdor del campo; el espíritu padece y se anonada delante de la descomposicon, de las ruinas del mundo orgánico, de la triste y pavorosa muerte. Así es que Margarita no osaba andar. « Pisa, pisa, decia una voz; pisa, pisa el polvo, los huesos, las entrañas de las víctimas. » La jóven andaba, los huesos humanos se rompian bajo sus plantas, como los huesos de las aves entre los dientes del sabueso. Aquel ruido era horrible. Al mismo tiempo largos ayes, profundos quejidos poblaban los aires. Del fondo de los sepulcros salia una llama pálida, amarillenta, y caian las piedras de los sepulcros, formando un ruido espantoso, que era á los oídos de Margarita como un triste y pavoroso eco de la triste y pavorosa eternidad.

Margarita temblaba como si una epilepsia sacudiera sus nervios, y desgarrase su corazon y sus carnes.

— ¿Quién eres? decia una voz.

— Soy uno de vosotros; soy tambien víctima de la injusticia.

— ¿Tienes valor?

— Tengo valor.

— ¿Te asusta la muerte?

— No, cuando la muerte viene por la causa de la justicia.

— Mírala, mírala bien.

Y una luz amarillenta se extiende sobre todos aquellos tristísimos y aglomerados objetos, sobre todos, y les daba una palidez horrible, muy horrible. Parecia la palidez de la muerte.

— La veo, la veo, dijo Margarita.

— Entra.

Y se abrió un sepulcro.

La jóven penetró en el sepulcro. No podia estar de pié. Se tendió, y la losa cayó sobre ella, y se quedó encerrada Margarita, allí, dentro del sepulcro, falta de respiracion, pues creia que iba á ser el último instante de su vida. Dentro de aquel triste y reducido espacio le asaltaban mil

terribles pensamientos. Parecíale que probaba de antemano todos los horrores de la muerte. Allí, sin luz, casi sin aire, tendida como un cadáver, sola, sin saber nada de sí, y sin oir nada, Margarita sintió un terror inmensamente mas intenso que todos los terrores que la acompañaban en aquella terrible y espantosísima noche.

Despues que estuvo por largo espacio de tiempo encerrada en aquel gran sepulcro, sintió Margarita como que el fondo bajaba muy pausadamente á un abismo. Abrió los ojos, y se encontró en un largo pasadizo, donde se movian, como las langüetas de una rueda de molino, infinitas espadas. Una voz cavernosa, le dijo : « Adelante, » y Margarita, con un valor heróico, fué separando las espadas y siguiendo los pálidos resplandores de una pálida moribunda luz, que relucia en el último término del húmedo pasadizo. Por fin llegó, y vió una puerta gótica. La traspuso y entró en un salon. Era inmenso y estaba tapizado de negro. Tres filas de bancos subian unas sobre otras del pavimento. Los asientos estaban ocupados por fantasmas vestidos de blanco, que parecian horrorosas sombras. Llevaban los séres allí sentados una larga túnica blanca, un cucurucho inmenso, que agrandaba de una manera extraordinaria su estatura. En el fondo del salon,

al lado de una mesa cubierta de negro, se levantaban unos altos sillones coronados por unos buhos de talla gigantesca. En aquellos sillones se veian tres enmascarados vestidos con largos ropajes de color de sangre. Cuando Margarita entraba, el que parecia jefe de aquella misteriosa diabólica reunion, tenia estrechado contra su pecho á un sér vestido, como ella, de negro. Margarita reconoció en aquel sér á Eduardo.

Apénas habia entrado, cuando, miéntras el conjurado en quien Margarita reconoció á Eduardo se retiraba á uno de los rincones de la estancia, el presidente decia:

— Acercaos, jóven.

Margarita se acercó.

— Poned la mano sobre ese negro bulto que veis á vuestras plantas.

Margarita se inclinó para ver el bulto designado, y reconoció un cadáver. Un horror insuperable la retenia; pero su voluntad, superior en ella al instinto, se dominó pronto, é hincándose, puso la mano sobre el pecho del cadáver.

— ¿Veis ese hombre?

— Sí.

— Pues fué un traidor.

— Entónces...

— Debéis jurar que deseáis estar como él, si alguna vez faltáis á vuestras promesas.

— Lo juro.

— Levantaos.

Margarita se incorporó, irguiendo la cabeza con altivez y con gracia.

— ¿Á qué venís aquí?

— Á perseguir á los tiranos.

— ¿Quién es el tirano?

— El conde de Asthur.

— ¿Qué crees que debe hacerse con él?

Margarita vió relucir sobre la mesa un puñal; le cogió. y lo blandió en el aire, en ademan de dar puñaladas á un objeto. Un sordo rumor de aprobacion corrió por toda aquella inmóvil asamblea.

— Habéis adivinado, dijo el presidente, el pensamiento de todos. ¿No es verdad, nobles conjurados? ¿No es verdad?

En este instante, infinidad de voces de los conjurados, unas oscuras, otras atipladas; unas serenas, otras turbadas; unas fuertes, otras débiles, comenzaron á decir, pero una tras otra: « Sí, sí, sí, » y aquellos horribles síes, se

perdian como otras tantas maldiciones en la bóveda del salon.

— Pues bien, dijo el presidente, todo el tiempo que demoréis vuestra decision, es tiempo perdido; tiempo de que os pedirá estrechísima cuenta el severo juicio del Eterno.

— Ahora mismo, ahora mismo, en este instante, dijeron las voces á una.

— Proponed, exclamó el presidente; proponed vos, conjurado nuevo, los medios.

— Yo creo, dijo Margarita con voz serena y entera, creo que deben caer todos nuestros nombres en una urna. Que despues debe ponerse junto con esos nombres, uno que diga : « Vengador, » y aquel detras de cuyo nombre salga este, aquel será el encargado de hundir ese agudísimo puñal en el infame pecho del tirano.

Las mismas voces y las mismas exclamaciones, acogieron las palabras de Margarita.

Despues dos conjurados trajeron una urna, y todos fueron uno á uno arrojando su nombre en la urna. El presidente removió aquellos nombres, y le rogó á Margarita que se acercara. Á la pálida luz de los hachones se comenzó á celebrar aquella horrible, espantosa lotería del crímen,

Margarita, despues de haber prestado infinitos juramentos, que no son para contados, comenzó á sacar los nombres.

Entre nombre y nombre habia un silencio profundo, horrible. Todos esperaban que les tocase la triste suerte, ó mejor dicho, todos lo temian. Por fin, salió el nombre de Eduardo. Margarita introdujo con una especie de locura la mano en la urna, y el presidente dijo despues con voz grave y pausada : « Vengador, vengador, vengador. » Basta.

Un murmullo sordo de satisfaccion en unos, de temor en otros, sacudió la asamblea. Eduardo se adelantó en medio del salon con paso lento, pero seguro, mostrando su fria serenidad. El presidente bendecia el puñal, y se lo entregaba diciendo estas palabras :

— Ántes que se cumplan cuarenta dias, este puñal se ha de hundir en el corazon del privado. ¿Lo juráis?

— Lo juro.

— Pues bien, si no lo hicierais, mirad lo que pende sobre vuestra cabeza.

Y el presidente hizo una señal, y los conjurados hicieron relucir á la luz de los hachones mil puñales.

— ¿Ves, ves los puñales?

— Sí.

— Pues todos se cebarán en tu corazon si llegas á faltar.

— No faltaré; mi mano le asestará el golpe mortal.

Entónces, de en medio de aquellas apiñadas sombras, se destacó una, se paró en medio del salon, se detuvo un instante con general asombro, se desciñó de la blanca túnica, y mostrándose una distinguida figura, dijo :

— Asesta tu puñal en mi pecho; soy el conde, soy el conde.

En efecto, era el conde de Asthur. Su cara estaba pálida, como cubierta por la lividez del odio. Sus ojos centelleaban extraña luz. Su labio inferior, ceñido con desprecio y trémulo, no podia ocultar la rabia que sacudia sus nervios. Su pecho altivo respiraba con fuerza, como indicando y señalando con la respiracion el blanco, donde la mano armada de Eduardo debia asestar su agudo, su acerado puñal. Sus brazos estaban caidos como en la actitud de quien espera el golpe.

Al ver aquella figura, los conjurados abandonaron corriendo sus asientos, dando aullidos feroces como los de las fieras perseguidas, y el presidente se hundió como los actores en un teatro, y todo quedó solo, completamente solo; y á la luz de aquellos hachones no se veia sino al

conde Asthur, impasible y fiero, mirando con un desden soberano á sus dos asesinos, á Eduardo y Margarita.

Margarita, como fuera de sí, daba vueltas por el salon, buscando sin duda una puerta, queriendo saber por dónde se habian huido sus compañeros, llamando á las paredes, pisando con fuerza el pavimento, sobre las tablas, sobre los bancos, sobre todo, para ver si podia huir; no de otra suerte que el ave que en su jaula picotea todos los hierros y agita con sus alas el aire, para recobrar la perdida, la gozosa libertad, la libertad, que es la gran necesidad de nuestra existencia.

Pero todo era en vano. Ni las paredes ni el suelo ofrecian una salida. El instinto de la conservacion, ese instinto tan superior á todos los movimientos, á todos los impulsos, á todos los afectos de nuestra vida; el instinto de conservacion hablaba con su poderosa é incontestable elocuencia en el ánimo agitado y dolorido de la desgraciada Margarita. Pero allí no habia salvacion, no habia posibilidad de fuga. Todo, todo estaba cerrado, y todo estaba en silencio. Nada se oia, absolutamente nada. Ni aun los pasos de séres humanos se oian, nada mas que la respiracion fatigosa del conde Asthur, parecida á la respiracion de una fiera encerrada, acorralada por sus perseguidores.

Por lo mismo, Margarita, en aquellos instantes supremos, sentíase como herida por una fuerza superior, por ese espanto, por ese temor á la muerte, que tanto puede en los corazones.

¿Por dónde habian desaparecido aquellos séres? ¿Qué se habian hecho aquellos conjurados, reunidos, congregados en un salon? ¿Qué habia sido de todos aquellos hombres? Nada, nada se veia. Todo era silencio, todo era oscuridad. La muerte, la muerte se pintaba á los ojos de Margarita, secos, áridos, á su corazon rebosando en aquellos instantes pasiones ardorosas; la muerte se dibujaba sobre su frente.

Eduardo, al reves de Margarita, estaba inmóvil. No sabía qué pensar de aquella súbita aparicion, de aquel fantasma. Su brazo no tenia valor bastante para asestar el golpe, como su pecho no habia tenido fuerza para arrostrar el crímen. Dejábase impulsar del genio de Margarita, y le seguia. Era el alma de Eduardo una de esas almas en que no hay voluntad, la voluntad que es la fuerza y la potencia verdadera del alma. Así es que cuando se dejaba llevar de la corriente de sus deseos, caia en ese abatimiento, en esa negacion de sí mismo, en esa dolorosa atonía, que eran verdaderas leyes de su carácter moral.

Margarita, cuando vió que todo estaba perdido, se acercó, con el ademan irritado de la leona, adonde estaba Eduardo, y con aire de fiera, le dijo :

— ¡Aun no le has herido!

— Aun no, señora, dijo el conde.

— ¡Ah! Nos han vendido, exclamó Margarita, llevándose la mano á la frente, como si todo aquello le pareciera un sueño.

– Vuestra venganza os ha vendido.

— Eduardo, dijo Margarita gritando y cogiendo el brazo á su marido ; Eduardo, hiérele.

— Señora, añadió el conde, mas vale que pensarais en lo que os va á suceder dentro de pocos instantes.

— ¿Qué me va á suceder? ¿qué? decidlo.

— Oidme, exclamó el conde, cogiendo fuertemente del brazo á Margarita. Los asesinos, ¿qué merecen? Los que han premeditado un crímen horrible con frialdad inaudita, ¿qué castigo deben tener por las leyes divinas y humanas?

— La muerte, dijo Eduardo entónces, saliendo de su profundo abatimiento, solo la muerte.

— Vos lo habéis dicho, caballero ; vos lo habéis, dicho, exclamó el conde.

— Pues si merecen la muerte, exclamó Margarita, desasiéndose con fuerza del brazo del conde, si merecen la muerte, ¿qué haces, Eduardo, que no matas á ese asesino?

— ¡Ah, señora! dijo el conde. Aun no he logrado acallar mi conciencia; aun felizmente en las horas mas solemnes de la vida, cuanto de malo he podido hacer, suena y resuena en lo mas profundo de mi alma. Yo os puedo asegurar que ningun asesinato, ninguno, me remuerde la conciencia. Sobre mi frente no ha caido ni una gota de sangre. ¿Podéis vos, Margarita, decir lo mismo?

— Ya sé yo que existen hombres en el mundo predestinados al mal, y que se creen buenos porque no han robado á nadie, porque no han cometido ningun asesinato, dijo en solemne tono Margarita; ya lo sé. Mas robar á un alma el objeto legítimo de sus ambiciones, arrancarle parte de la vida, pisotear las entrañas de un desgraciado, interponerse en su camino, es un crímen, sí, es un crímen nefando, cien mil veces mas triste que el asesinato, y ese crímen, vos, señor conde, vos, omnipotente, lo habéis cometido en mí; sí, miradme bien, yo os diré lo que os callan vuestros remordimientos, yo soy vuestra víctima.

— ¡Mi víctima! Bien tratabais, Margarita, de volveros contra el sacrificador. Bien espiabais al pié del ara el instante propicio para clavarle vuestro aguijon de víbora.

— Señor conde, es mi esposa. dijo Eduardo, levantando la voz con rabia.

— No tengo yo la culpa de que vos hayáis elegido á una víbora por esposa.

— ¿Qué decís? exclamó Eduardo, montando en cólera.

— ¿Qué os puedo yo decir, cuitado, que no os diga el lugar donde estáis, el puñal asesino en vuestra mano, y el cadalso, levantándose ya en la plaza de Nápoles para recibir vuestra cabeza? dijo el conde en ademan terrible y severo.

— ¡Ay, Eduardo, Eduardo! exclamó Margarita, arroándose en los brazos del jóven.

— ¿El cadalso decís? gritó Eduardo.

— No lo digo yo, lo dice vuestra conciencia.

En esto el conde dió algunos pasos hácia la mesa, donde ardian los hachones.

— ¿Lo oyes, Eduardo, lo oyes? somos perdidos, decia Margarita en voz muy baja, ¿lo oyes? Estamos perdidos, completamente perdidos. ¡Qué desdichados! Mátale,

Eduardo, mátale, y nos salvamos, y si no nos vengamos. Sí. Eduardo, nos vengamos. Vénte, vénte conmigo, y le clavaremos el puñal en el pecho. Mira, va á mandar quizá que nos asesinen.

— No, no lo hará, decia Eduardo.

— ¡Oh! No le conoces, no le conoces. Por Dios, Eduardo, por Dios, mátale. Salva tu vida.

— Me es indiferente.

— Mira, está escribiendo otra vez nuestra sentencia de muerte.

— Déjalo.

— Salva tu vida.

— Ya te he dicho que me es indiferente.

— Salva la vida de tu esposa.

Á estas palabras, Eduardo, embriagado por el aliento, por la palabra de Margaríta, como siempre, se dirigió al conde acariciando el puñal, y cuando le tuvo cerca, le alzó con rabia y lo quiso clavar en su pecho. Entónces el conde produjo un fuerte sonido con un instrumento particular que habia sobre la mesa, muy parecido á una campana china. Y aun no se habia comunicado el sonido al aire, cuando Margarita dió un grito espantoso, y Eduardo clavó el puñal en el pecho del conde, que le cogió el

brazo con fuerza, si bien palideciendo, sin duda, porque el puñal le habia herido.

Pero en aquel instante se abrieron unas grandes puertas en el fondo, y aparecieron un gran número de guardias, soldados, y jueces y escribanos, y otros mil personajes con gran órden. Algunas hachas iluminaban esta, por mas de un concepto, espantosa y trágica y terrible escena.

El conde, con una mano detenia la sangre que le salia de la herida, y con la otra señalaba trémulo á las dos figuras que estaban envueltas en sus capuchones negros en el fondo de la estancia.

— Mirad, mirad, decia, esos son mis asesinos; esos.

— ¡Muerto, muerto! exclamaron várias voces. ¡Muerto el conde!

— No, no, dijo este; muerto no, pero sí herido.

Una de las infinitas personas agrupadas á la puerta, se destacó del grupo y se dirigió con solicitud á la silla donde se encontraba medio desmayado el conde. Era sin duda un médico.

— Aquí, aquí debe haber vendas, dijo, y tiró de un cajon de la mesa, y se puso en el mismo instante á curar la herida.

Miéntras tanto, uno de los que por su traje parecian jueces, pronunciando con voz solemne los nombres de Eduardo y Margarita, exclamó :

— En nombre del rey, sí, ¿lo oís? en nombre del rey, daos presos.

Margarita lanzó un gemido agudísimo, y se abrazó á Eduardo. Eduardo dejó caer la cabeza sobre el pecho.

— Presos, dijo Margarita, retorciéndose las manos con dolor, presos.

— ¡Resignacion, Margarita! Esta es nuestra suerte. Dios lo quiere.

— Mi libertad, mi libertad perdida.

Eduardo, acercándose al oído de Margarita, le dijo

— Lo merecemos.

— Eduardo, dijo Margarita, tus pronósticos, tu incertidumbre, tu duda, nos han traido todas estas desgracias.

Eran tantas las emociones que habian agitado el pecho de Margarita, que la infeliz se sentó diciendo :

— No puedo ya sufrir mas.

— Pues ahora comenzamos, exclamó Eduardo.

— ¡Una cárcel!

— Un cadalso, dijeras mejor.

— ¡Dios mio! un cadalso; eso no, eso no pueder ser, eso no será.

— Calla, Margarita, calla.

La jóven, que llevaba aun su antifaz, se lo arrancó de la cara, se quitó el negro capuchon, y dejó ver su faz hermosa, sus rubios cabellos, que le caian en desórden sobre la espalda.

— Señores, señores, dijo dirigiéndose á los jueces, á las guardias; señores, ¡ejadme dejadme que me vaya. Por caridad; necesito luz, necesito aire; me ahogo. No martiricéis á una infeliz mujer; no queráis quitarme la libertad; ¡oh! la libertad, que es el mayor bien del mundo. Apiadaos de mi corazon herido y enfermo. Por Dios, dejadme, dejadme salir.

Aquellos hombres estaban impasibles. Solo se oia el ruido de la pluma de uno de los magistrados, que corria sobre el papel, y las preguntas del médico al conde, que iba recobrando las perdidas fuerzas.

— Por Dios, señores, por Dios, continuaba Margarita. Una mujer no puede hacer daño á nadie; no lo ha hecho nunca. Yo os lo pido; yo os lo juro. Salvarme, salvarme; sacadme de aquí, sí sacadme. Caballeros, lo pide una dama. Y cayó de rodillas

Entónces Eduardo se levantó, cogió dulcemente á Margarita del brazo, y se la llevó á su lado con gran fuerza y con gran valor, por mas que Margarita procuraba desasirse y ver de cautivar el ánimo de sus carceleros, de sus guardias y de sus jueces.

Miéntras esto pasaba, el conde se habia restablecido un poco, merced á los cuidados del médico, y salia apoyado en su brazo de la estancia, diciendo á los dos jóvenes :

— Mirad, es mi sangre. Así correrá la vuestra en un cadalso.

Se apagaron las velas, huyeron todos los que habian aparecido á la puerta; cerráronse las puertas, y Margarita en aquel instante dió un grito, y cayó desmayada en el pavimento.

---

## XXVII.

El conde Asthur está tendido en su lecho, postrado por el dolor y por la fiebre. Sus ojos centellean fuego; su frente arde; sus labios secos, áridos, modulan esta palabra : Ángela, Ángela, Ángela, constantemente. Un servidor fiel le cuida, vela por él, quiere arrancarle aquel nombre de los labios, aquel recuerdo de la mente, aquella imágen de los ojos. Le habla, le distrae, pero todo en vano. El conde no atiende á nadie; no atiende mas que á la pasion en que se abrasa; á la idea de que está poseida su mente. El fuego de su pasion es toda su vida. Sueña que está en un bosque delicioso. Los árboles, entrelazándose dejan entrever pliegues del cielo, y dejan penetrar rayos del sol, que se quiebran en sus ramas, y forman con las sombras mil caprichosos juegos en la menuda y dorada arena. Un arroyo, desatándose en mil corrientes, serpentea entre el césped, arrastrando en sus ondas hojas caidas de las rosas, y azucenas que en sus cristales se miran. El monótono

chirrido de la cigarra se mezcla con el canto de mil parleras aves entre la verde enramada escondidas, aves que huyen de vez en cuando á beber y á lavarse sus plumas en el trasparente arroyo. El conde, de rodillas, está cogiendo rosas, jazmines, lirios, azucenas, y tejiendo una hermosísima corona. Es para Ángela, que juega en el césped, teniendo en una mano un manojo de rosas que da á un corderillo, y en el hueco de la otra mano un sorbo de agua que bebe una paloma; sus labios sonríen, y sus ojos se pierden, como arrobados por un éxtasis, en el cielo, que se descubre mas claro, mas azul, y mas hermoso, entre las ramas de los árboles. El conde, tendido en la yerba, no mira, ni el cielo, ni el arroyo, ni los árboles; mira á Ángela. Sus ojos le parecen mas hermosos que el cielo; sus labios mas fragantes y puros que la rosa; sus cabellos esparcidos y dulcemente mecidos por las auras, le parece que exhalan un aroma mucho mas suave que el nardo. Cuadro hermosísimo, que finge á sus ojos secos la horrible calentura.

— Ángela, Ángela, murmuró. Ángela, tengo sed; pero es de verte, sí, de verte mas.

— Señor, por Dios, dice el criado al conde.

— ¡ Ángela, te estoy mirando!

— Volved en vos, conde.

— Tus cabellos, tu aliento, tus labios.....

— Señor conde.

— ¡ Qué feliz soy ! Solo quiero estar contigo ; ya no me duele la herida.¡ Ah ! Te amo. Cada vez que te veo, se renueva mi sangre. Sin tu aliento no puedo respirar No hay en el mundo para mí mas aire que tu aliento. Cuando cierras los ojos, me quedo á oscuras. Son tus ojos mi luz, toda mi luz. El cielo no es cielo, el cielo es tu alma ; por eso es tan azul. Baja la paloma á beber en tu mano, porque en tu mano solo quiere beber. Eres la vida, toda la vida. ¡ Qué frescura ! ¡ Ah! Ya, ya. Has suspirado, y has embalsamado todo el aire. Bien mio, bien mio. ¿ Te vas? No me importa; aunque te vayas de ahí, de aquí, del corazon no te has de ir. Áquí estás, aquí en mi alma, conmigo, sí, conmigo ya.

Y el conde quedó dormido en un tranquilo sueño. Una sonrisa placentera se dibujaba en sus labios. En esto entró un nuevo criado de la casa.

— ¿ Comó está, Frank? preguntó.

— Se ha dormido.

— ¿ Ha dejado su manía?

— Pronunciando el mismo nombre se ha dormido.

— ¡ Qué constancia !

— Salgamos á la pieza inmediata ahora que duerme.

Y en efecto, los dos mozos salieron.

— Pero ¿ qué te parece, Frank, de nuestro amo?

— Dicen los médicos que está mejor.

— ¿ Pero esa manía ?

— Es un amor desesperante por esa artista.

— ¿ No podria casarse? Ya que es una jóven de tan puras costumbres....

— Eso le han aconsejado; mas ella no quiere.

— ¡ Qué desgracia !

— El rey, que tanto quiere al conde, se lo ha rogado á Ángela.

— ¿ Qué?

— Que se casara con el conde.

— ¡ Y ella !

— No ha querido.

— ¡ Qué aberracion ! Un favorito de un rey, un jóven de tan altas prendas, el caballero mas poderoso del reino.

— Pues ahí verás. ¡ Caprichos de las mujeres ! Una noche, la noche que dió la señora condesa, la madre del señor conde, un baile, fué convidada, y asistió al baile. Sus

numerosos amigos le pidieron que cantara. Cantó un aria de la *Sonámbula*. Esa música le produjo al conde una enajenacion tal, que parecia que se iba á volver loco. Bien es verdad que canta como un serafin. ¡Qué voz, qué expresion, qué dulzura! Vamos, cuando te digo que yo estaba loco .... Esa música que oyes en todos los pianos de Nápoles, que tocan las arpas de los saboyanos y los mil organillos que llenan nuestras calles, esa música, que nuestros lazzaronis talarean, parecia en sus labios el canto de un serafin bajado del cielo. Nadie respiraba; nadie se movia. Todos escuchaban como si les faltaran oídos para oir, alma para atender. ¡Qué delicia! Cuando se concluyeron aquellas dulces armonías, el conde se acercó y la cogió del brazo. Apoyáronse en una ventana cerca de donde yo estaba. El conde le habló con toda el alma. ¡Cuántas ternezas le dijo! ¡Qué manera de retratarle su pasion, su amor! No se puede ya decir mas. Ángela lloraba. El conde, cuando la vió llorar, le dijo : « ¡Oh! ¿Me amáis? » « No : os creo; y siento que los dos seamos tan desgraciados. Yo no puedo, yo no debo amar; yo nunca os amaré; pero no creáis que es por vos, no, es porque yo no puedo amar. Si pudiera amar, os lo diria; yo os amaria solo á vos, solo á vos, conde. » Y el conde al oir esto, se echó á llorar, sí, á sollozar como un

niño. Y Ángela se apartó de allí con los ojos llorosos, y se confundió en el salon, pues tambien lloraba.

Despues, segun me han contado, el rey llamó á la jóven, y le prometió ser su padrino de boda. He oido contar esta entrevista á una de las personas que la presenciaron, y conservó todas las palabras que en persona dijo.

— Ángela, le dijo el rey, de vos pende la vida de un hombre.

— No lo creo, no lo puedo creer, señor, dijo Ángela.

— Pues yo os lo digo.

— Es la primera noticia que tengo.

— No os ruboricéis, ni en medio del rubor queráis engañaros á vos misma. Todo lo sabéis.

— Pues bien, señor, dijo Ángela, cubriéndose el rostro con las manos; lo sé todo.

— ¿Y no podéis volver la vida á ese hombre?

— Señor, no puede dar la vida quien solo anida la muerte.

— ¡Ángela! tendréis una corona de condesa.

— No podria sobrallevarla mi frente.

— ¡Ricas herencias!

— Me sobra para vivir holgadamente mi canto.

— Tendréis poder.

— ¿Para qué lo quiero yo?

— Reinaréis en mi corte por el talento y la hermosura.

— No lo ambiciono.

— Ángela, despreciais el ruego de un rey.

— Mandad, señor, lo que yo pueda cumplir; pero no mandéis, por piedad, en el alma, porque el alma no es de la tierra.

— ¿No queréis amar al conde?

— No puedo.

— Pues sacrificaos. Os ruego que os caséis sin amor.

— ¡Nunca, qué horror, nunca! Léjos de mí tal pensamiento. ¡Yo proferir con los labios un juramento que rechaza el corazon! ¡Yo engañar á un hombre leal, y á un hombre que, segun dice, me ama! ¡Yo profanar con aleve mentira mi labio, y el altar, y la presencia de Dios! ¡Oh! nunca. Ántes mil veces preferiré la muerte; ántes mil veces todos los tormentos. Fingir amor, vivir al lado de un sér que nos es indiferente, engañarle, mintiéndole pasion, entusiasmo, rodear su vida de ilusiones, que no son mas que ponzoñosas víboras; eso nunca, nunca; ántes, ya lo he dicho, ántes la muerte.

— ¡Ángela!

— Perdon, señor, perdon, exclamó Ángela, arrojándose

á las plantas del rey, perdonadme. Yo quisiera poder amarle; pero, aquí, en el corazon, no hay mas que aspiraciones al cielo. Si vierais, cómo ahora, cuando la vida parece mas gozosa, es triste é indiferente la vida. Si vierais cómo deseo dejar de oir esos aplausos, esos gritos de la muchedumbre. ¡ Si lo vierais ! Perdonad; pero, ni hora, ni nunca, amaré al conde. Nunca, nunca.

Y Ángela lloraba de tal manera, que conmovió profundamente al rey.

Cuando el criado llegó á este momento de su pintoresca y verídica relacion, entró un personaje en el salon, diciendo:

— Frank, Frank.

— Señor médico.....

— Llévame á tu amo. ¿Cómo ha pasado la noche?

— Siempre lo mismo.

— ¡ Extrañísimo sueño !

— Siempre lo mismo, señor.

Entraron; el conde se habia despertado, y estaba tranquilo, aunque mirando un retrato de Ángela, que se veia en uno de los dos ángulos de su gabinete.

—¿ Cómo estáis? le preguntó el médico.

—Estoy bien.

— En efecto, ha calmado la calentura.

— Mi dolor no es físico.

— La herida está ya completamente curada.

— Mi herida está mas honda, doctor.

— Es verdad; y á esas heridas no alcanza la ciencia médica.

—¡Ah! Ninguna ciencia.

— Mas puede mucho la voluntad.

— No lo creáis, no puede nada.

— Porqne vos no os habéis empeñado.....

—¡Ah doctor! Vos veis que la materia os obedece; veis que las llagas se curan con vuestros cáusticos; veis que los males huyen con vuestros conjuros, y creéis que en el alma es lo mismo, el alma, cuyos tormentos son infinitos, y tan perdurables como su misma esencia. He querido rendirme ante otras hermosuras, todas me han parecido pálidas é inanimadas; he querido buscar todos los placeres, todos me han hastiado. Me he distraido hasta en odiar y perseguir á mis enemigos, y el odio no ha podido consumir este amor. He ofrecido el pecho á los puñales de mis enemigos, y los puñales de mis enemigos, como no han podido arrancarme su imágen del corazon no han podido arrancarme la vida. Y vedme aquí con este delirio siempre igual, siempre creciente; con esta sed abrasadora del alma, que nada puede saciar, con este combate de amor, que no atisfaria ni todo el universo.

Y el conde, que se habia incorporado sobre la cama por la fuerza de su palabra, se dejó caer sin fuerzas sobre la almohada.

— ¡Infeliz, infeliz! dijo el médico.

—¡Infeliz! No lo creáis; no lo soy. Me moriré pronto, muy pronto..... Pero no creáis..... que sufro, no sufro..... Quiero este sufrimiento; mas lo quiero que mi antigua alegría..... Aquello era falta de vida; esto es sobra de vida. Quiero que la vida me sobre..... La amo, sí, la amo.

— Pero..... señor conde, hablemos de otra cosa, de vuestros enemigos, de vuestra venganza.

— ¡Ah! tenéis razon, dijo el conde mas tranquilo. Cayeron en el lazo; están presos. Los tribunales los sentenciarán. Ese es mi único placer, la venganza. Eduardo y Margarita serán sacrificados á mi venganza. Creian los estúpidos que en Nápoles habia lugares donde no alcanzaba mi poder; creian que podian sustraerse á mi influjo, creian que iban á deslizarse entre mi manos, que iban á concluir conmigo, y se engañaron. Me hirieron, porque me dejé herir, pues meera completamente indiferente, de todo punto indiferente el alma, y la vida, y la existencia, y el poder, aunque no me era indiferente la venganza.

## XXVIII.

Dejemos al conde, y convirtamos los ojos á sus víctimas, á Eduardo y Margarita. Sacáronlos á viva fuerza de la estancia, y en un coche cerrado los condujeron por el campo, y por largas calles y callejuelas, y encrucijadas, hasta dejarlos por fin en un torreon, donde les tenian preparada una honda cárcel. Los primeros dias los pasaron juntos. La fiereza de Margarita se habia apagado. Como todas las pasiones violentas, habia perdido mucho de su fuerza. En cambio, la impasibilidad de Eduardo continuaba en su mismo ser y estado. ¡Qué cambio tan repentino en la suerte de aquellos dos desgraciados séres! Margarita, desde la altura de su posicion, reina y señora de los grandes salones, modelo de la moda de Nápoles, envidia de todas las hermosas, delicia de la corte, habia caido en su prision. ¡Pero qué prision! El suelo era húmedo, las paredes salitrosas, el techo, abovedado, estaba cubierto de telarañas; un pequeño tragaluz dejaba pasar un resplandor mortecino, que parecia

hacer mas palpables y mas terribles las frias y espesas sombras. Un monton de paja era todo su lecho. La monotonía del tiempo, el dolor de sus corazones profundamente heridos, lo asqueroso del lugar, la incertidumbre de su suerte, la ignorancia misma de los medios por que habian sido aprehendidos y conducidos á tan estrecho y augustioso lugar, todo desesperaba, afligia imponderablemnete sus corazones. Allí recordaba Margarita aquellos dias de triunfo, en que á las orillas del mar paseaba rodeada de innumerable cortejo de aduladores,amantes mas ó ménos fingidos; allí recordaba aquellas noches de estío, en que sus jardines se tornaban en un paraíso, y mil luminarias lucian entrelazadas en las ramas,y todo era contento y alegría. Allí recordaba sus paseos por el mar, á la luz de la luna, en una góndola iluminada, oyendo el cántico del gondolero, que repetia en son cadencioso y armoniosísimo algunos versos del Dante, algunas amorosas endechas de Petrarca; allí, en fin, se retrataba á sus ojos toda su vida pasada, toda su extinguida felicidad. ¿Quién le habia de decir que tan pronto la abandonaria la fortuna? ¿Quién podia creer que sus dias de felicidad se habian de deshojar como una rosa que se lleva el viento? ¿ Quién que desde sus palacios encantados habia de caer ella, tan envidiada, en el

fondo de un calabozo oscuro, y sin aire? Tremenda desgracia, acaso la mas cruel de las desgracias que puede imaginar el genio humano, tan fecundo en idear tormentos. Las primeras horas de los dos esposos fueron de asombro. Las emociones por que habian pasado, no les dejaban tiempo para pensar en el cambio de su suerte. Aquellas mil fantasmagorías, aquellas ceremonias, aquellos no imaginables peligros, aquella aparicion fantástica del conde, aquella desaparicion no ménos fantástica de los conjurados, los insultos que mediaron, la sangre vertida, los jueces, las amenazas, los malos tratamientos, su soledad por algunos instantes, los esbirros que los ataron, el negro y triste coche en que fueron encerrados, y en que temieron ahogarse; la prision, aquella prision, sin aire para respirar, sin luz para ver, todo aquello tan inexplicable, era como una pesadilla á sus ojos, como un sueño, que pretendian sacudir, que pretendian desvanecer inútilmente.

Pero despues vino la experiencia; vieron que no se abria su calabozo, que por una trampa les bajaban comida y bebida, pero que no entraba sér humano á verlos, y así por una experiencia dolorosísima, tremenda, angustiosa, se convencieron de la certeza de su desgracia; que

nada hay tan difícil de creer para el espíritu, como el angustioso y triste, y desolador, y horrible infortunio; el infortunio, que suele ser el protagonista en la tragedia de nuestra, por tantos conceptos, trabajosa existencia. Así pasaban los dias, aquellos pálidos dias sin luz: así las noches, aquellas eternas noches, en que un triste farolillo alumbraba la estancia, sin que hiciera otra cosa mas que ennegrecer y acrecentar las negras sombras. Eduardo alguna vez se sonreia, hablaba indiferentemente por con-consolar, por distraer á Margarita. Pero bien pronto caia en un silencio, en que nada hacía, nada pensaba, especie de frio letargo del alma. Así pasaba sus noches y sus dias. Habia momentos de hastío infinito, momentos de una desesperacion, en que mil veces se hubiera dado con la cabeza contra las paredes, si Dios no hubiera ántes venido, como en los grandes lances de la vida sucede casi siempre, con su inagotable justicia, con su inagotable y divina misericordia.

—¿Qué será de nosotros? preguntaban. ¿Cuándo un corazon se apiadará de nuestra suerte? ¿Cuándo oiremos una voz humana, que nos consuele, un corazon que nos aliente? ¿Va á ser esto eterno? Algunas veces la idea de una próxima muerte se aparecia á sus ojos, idea horrible,

que hacía lanzar á Margarita un grito desgarrador y agudísimo, grito de horrible miedo. Nadie, nadie teme á la muerte como el que tiene empañada la conciencia. Suelen reirse muchos de eso que llaman preocupaciones de la muerte; y sin embargo cuando la muerte se acerca, el mas despreocupado es el mas temeroso. Para el hombre que tiene fe en la inmortalidad del alma, y que posee una conciencia serena y tranquila, esa muerte tan temida no es mas que una transformacton gloriosa de la existencia, en que el espíritu irradia de su seno nueva luz, nueva y mas gloriosa vida.

Así Margarita, en este supremo instante, se sentia mas temerosa, mas débil de lo que hubiera estado otra alma, si ménos fuerte, mas limpia. Un delirio de miedo la poseia. Temblaba, temia hasta que se abriera la puerta, no fuera que al abrirse le anunciara la fatal nueva. El temor á la muerte era hasta cierto punto una compensacion á sus penas, porque le hacía amable hasta el mismo calabozo. Al reves Eduardo, su deseo era morir. Su vida le parecia insufrible. Para mayor tormento, su vida, por una reaccion espantosa sobre sí misma, se habia refugiado en el recuerdo de aquellos primeros dias en que iba á la cabaña de Ángela. Y habia instantes en que un remordi-

miento agudísimo taladraba sus sienes, como si fuera una triste y martirizadora corona de espinas.

En uno de esos dias angustiosos y largos, conversaban Eduardo y Margarita.

— ¿Quién me habia de decir lo que está por mí pasando?

— Ya lo ves, Margarita. ¡Cuántas veces lo he profetizado!

— ¡No saber nada de cuanto pasa á nuestro alrededor! ¡No tener noticia del mundo! Parece que la tierra se ha arruinado sobre nosotros, y que ningun sér ha sobrevivído en esta catástrofe mas que nosotros dos en la universal ruina.

— Es mucho padecer este.

— No comprendo martirio mayor. Me he puesto á pensar sobre todos los horrores del infierno del Dante. Allí debe padecer mucho, muchísimo el cuerpo, y sin embargo, sus horrores no son como este horror. El frio glacial, la humedad, la carencia de luz, las arañas, todo, todo me atormenta.

— Pero, ¿por qué te quejas tanto?

— ¿Y qué quieres que haga?

— Resignarte.

— No he comprendido nunca la resignacion.

— ¡Ay, Margarita! Cuando tanto sufres, la resignacion solo es un gran escudo.

— Ya se ve, no hay otro remedio. Resígneme ó no, lo mismo he de padecer.

— Lo peor es la incertitumbre.

— No, no hay, no puede haber incertidumbre. Si alguna vez se abre esa puerta, será como si se levantara la piedra del sepulcro.

— ¿Y qué?

— Todo te es indiferente. Pero no á mí, Eduardo, no á mí. Yo siento latir demasiado la vida para resignarme á morir. Yo no quiero dar ese espectáculo á la naturaleza y al pueblo de Nápoles.

— ¡Oh! ¿Y en qué se diferencia esta vida de la vida del sepulcro? Quizá, cuando muertos, descansemos; pero ahora...

— Tienes razon. Esta vida es insufrible.

— ¡Insufrible!

— Yo, muchas veces, Eduardo, he aplicado el oído á las paredes. Ni un paso, ni el ruido de las llaves, que horroriza á otros prisioneros y que podria ser, ¡tan

amarga es nuestra suerte! podria ser algun consuelo en esta tremenda, eterna noche,

— ¿Y nada has oido?

— Nada. No se oye de sér humano ni un eco. Se abre esa alta ventana como por encantamiento y desciende ese pedazo de pan que amasamos con nuestras lágrimas.

—Te oí en sueños llamar.

— Sí. Quise saber si habia álguien que se apiadara de nosotros, y dije al que abria la puerta: Apiadaos, señor, de nosotros.

— ¿Y no contestó?

— Solo me pareció que dejaba caer la horrible puerta con mas impulso, con mas fuerza que nunca. ¿Y lo querrás creer? Me alegré.

— ¿Por qué?

— Porque detras de aquel golpe dado con mas fuerza, veia yo un afecto; porque en aquel horrible ruido habia algo, aunque triste, que interrumpia el triste y monótono trascurrir de esta nuestra horrorosa vida.

— ¿Quién lo habia de creer, Margarita?

— ¡Oh, Eduardo! Muchas vecas he pensado, ¡ahora que piso arañas! en aquellos dias en que pisaba rosas. Muchas veces en esta soledad me he acordado de nuestros

bailes, en que no cabia la gente. Muchas veces, en esta negra oscuridad, me ha asaltado la idea, la triste idea de aquellas noches iluminadas por mil bujías, ó de aquellas tardes en que mirábamos al sol hundirse majestuoso en las azules ondas del golfo.

— Cuadros son que, mirados desde aquí, tienen una hermosura desesperante.

— Y cuando he oido rechinar la puerta, ó los tristes ruidos que aquí se sienten, ¿á que no sabes de qué me he acordado?

— ¿De qué?

— De la ópera, Eduardo, de aquellas noches en que Ángela cantaba sus endechas amorosas, que inundaba de plácida melancolía los aires.

— ¡Ay, Margarita!

— ¡Te quejas! Recuerdas que tú hubieras podido ser feliz con Ángela.

— No quieras aumentar mis tormentos.

— Es verdad, tienes razon. Ella hubiera llenado de encantos tu vida, yo la he llenado de dolores; ella hubiera sido tu alegría, yo soy tu tormento.

— Calla, por piedad, calla.

— Tú hubieras podido elegir entre el bien y el mal,

entre el cielo y la tierra; tú podias haber subido en brazos de Ángela al cielo, y has querido venir conmigo al infierno. Ya estás, Eduardo, en el infierno. Lo siento; me aborreces.

— Calla, Margarita, por Dios. Yo seguí la fatal lógica de mis acciones. La olvidé; te seguí. He venido hasta aquí, y he venido por mi libre voluntad. En este abismo he caido como la piedra en su centro de gravedad.

— ¡Oh! Si alguna vez pudiéramos salir de aquí yo te dejaria libertad, sí, la libertad que necesitas.

— Ya sabes que soy tu esclavo.

— Y en medio de todo, á decir verdad, el que nuestros verdugos no nos hayan separado, es una felicidad.

— ¡Oh! La soledad aquí sería espantosísima.

— No quiero pensarlo. ¡Separarnos! ¡Oh! Creo que me moriria.

— No temas eso.

— ¡Ay! ¡Me ahogo! Este aire se respira tan mal; parece que está emponzoñado. Esto de no ver la luz es insufrible. El frio me hace temblar siempre, siempre. ¡Temblor eterno! Los mil animaluchos que veo rodar por el suelo, las arañas, los escarabajos, ¡oh Dios! todo

esto es atroz. Dios mio, ¿cuándo saldré de aquí? ¿Cuando podré yo respirar mas libremente, cuándo?

— ¡Oh! Muy tarde será.

— Si al ménos pudiera andar... Tengo entumecidos todos mis miembros. Me pesa todo el cuerpo. Apénas puedo moverme. ¡Qué pena!

— No te quejes, Margarita, que me partes el pecho.

— Chist, calla, calla.

— ¿Qué, qué?

— Calla.

— ¿Pero, ¿qué te pasa?

— No te muevas.

— ¿Qué te pasa?

— Oigo ruido

— ¡Ruido

— Sí.

— Atiende.

— Me parece que oigo sonar unas llaves.

— ¿Unas llaves?

— ¡Y pasos!

— Se acercan.

— Ya no los oigo.

— Callemos.

— Ya vuelvo á oir.

— ¿Hablan, hablan?

— Se acercan.

— ¿De véras?

— Tiemblo.

— ¿Por qué?

— Porque me parece que van á ser el nuncio de una mala ventura.

— Déjate de aprehensiones.

— ¡Ay, Eduardo!

— Calla.

— Oye. Suena una llave en la puerta.

— Levantémonos.

Los dos jóvenes se levantaron; apoyáronse fuertemente uno en otro, y esperaron aquel instante. La puerta se abrió, y aparecieron tres enmascarados con tres largos chuzos y tres faroles. Inclináronse solemnemente, y uno de ellos les dijo en tono solemne:

— Queremos hablaros.

— Pues hablad.

— Ya sabéis que pesa sobre vosotros la justicia humana con todo su peso.

— Lo sabemos.

— Vosotros tramasteis la muerte del conde Asthur.

— Yo solo, dijo Eduardo.

— Y vuestra mujer tambien.

— Yo solo; yo le herí.

Margarita temblaba, cogia las manos de Eduardo, como queriendo libertarse en tan tremendo lance de contestar al interrogatorio.

— ¿Y no sabéis toda la trascendencia de vuestro crímen?

— No habléis en plural, caballero, decia Eduardo, de mi crímen.

— El peso de la justicia alcanza tambien á vuestra mujer.

Margarita exhaló un agudísimo quejido, un largo y agudísimo sollozo.

— Pero despues de todo, ¿qué sois aquí vosotros?

— No quieras saberlo.

— ¿Quiénes sois?

— Tenemos derecho sobre ti.

— ¿En nombre de qué ley?

— En nombre de Dios.

— ¡Malvados!

— No oimos, Eduardo, vuestros dicterios.

— ¡Malvados!

— Siento mncho, decia el mayor de los enmascarados, daros una noticia.

— ¿Cuál? ¿La muerte? Venga, venga la muerte.

— No, no es la muerte.

— ¿Qué es?

— Me causa pena el decirlo.

— Nunca se vió un verdugo mas plácido, contestó Eduardo riendo.

— Pues bien, será necesario decirlo.

— Pues acabad, acabad.

- Sabed...

— Adelante, dijo Eduardo impaciente.

— Sabed que la justicia manda que os separéis, que vuestra esposa vaya á un calabozo inmediato.

Apénas oyó esta terrible palabra de separacion, Margarita levantó los ojos y los brazos al cielo, dando un grito horrible, un grito de dolor, que traspasaba todos los corazones.

— ¡Separarnos! Señores, ¿hasta ese punto lleváis vuestra crueldad? dijo Eduardo. ¿No os basta nuestro martirio? ¿Queréis acibararlo todavía mas? Dejadnos, dejadnos aquí con nuestro martirio.

— Señores, decia Margarita, por Dios. Me voy á morir de miedo. En la soledad de un calabozo me moriré, ¡Ay! Este me parece ahora el paraíso, me parece la gloria.

— Nosotros no mandamos, obedecemos. Os damos las únicas órdenes que hemos recibido. Acatadlas.

— ¡Santo cielo! dijo Margarita con un acento indescifrable. ¡Separarme de él! ¡Oh! Recibiria con ménos horror la noticia de mi muerte.

— Si algun crímen hemos cometido, dijo Eduardo, lo hemos cometido juntos. La responsabilidad debe ser igual. Por consiguiente, tenednos en un mismo calabozo, sí, dejadnos aquí.

— Eso es, señores. ¡Oh! Yo conozco, decia Margarita, que mi alma se ha enaltecido con el infortunio; por lo mismo ni para gozar de libertad saldria de aquí, del lado de mi esposo.

Estas sublimes palabras de Margarita conmovieron profundamente á Eduardo. El dolor habia sido un bautismo para aquella alma enferma y oscurecida. Nunca la naturaleza humana es tan perversa, que no encuentre algun sentimiento sublime, alguna reminiscencia del cielo.

— Señores, dijo el enmascarado, acabad.

— ¿Conque no hay remedio? preguntó Margarita.

— No hay remedio, dijo el enmascarado.

— Yo no os obedezco, exclamó Margarita.

— No, no, gritaba Eduardo.

— Obedeceréis á viva fuerza.

— ¡Oh! Venid á arrancarme de sus brazos, dijo la jóven, estrechando con fuerza á Eduardo contra su corazon.

— No os empeñéis en ello, exclamó el esbirro.

— No, no me arrancaréis. ¡Oh! Tenéis mujer, tenéis hijos. Por vuestra esposa, por vuestros hijos, dejadnos aquí, dejadnos solos. No nos hagáis pasar este trance tan tremendo, tan cruel, tan amargo. ¡Por Dios, por Dios que nos oye! ¡Ah! ¿Quién sabe si alguna vez pediréis á Dios justicia y misericordia, y no encontraréis en el mundo ni misericordia ni justicia? Atendednos á nosotros que la pedimos en este instante, y os la pedimos con el corazon desgarrado y los ojos llenos de lágrimas. ¡Por Dios, por Dios, señores! No nos matéis, no nos matéis.

Y Margarita lloraba como una Magdalena.

— Señores, mucho lo sentimos, pero es imposible.

— ¡Imposible! El hacer bien nunca es imposible, dijo Eduardo.

— Esta separacion es peor que la muerte, dijo Margarita.

— Sí, matadnos, añadió Eduardo, matadnos; pero no nos separéis. Exhalaremos juntos nuestro último suspiro, y seremos felices. Pero no nos separéis, por piedad. ¿No os ablandan tantos ruegos?

— Ya os he dicho que yo no mando, que obedezco.

— ¡Oh! De aquí no habéis de sacarnos, dijo Margarita, sentándose en el suelo.

— Sacadla á viva fuerza, exclamó el esbirro.

— No á mis ojos, dijo Eduardo, apercibiéndose á defenderla.

Entónces Margarita comprendió que no habia remedio; que aquella su instancia solo sería parte á producir un gran conflicto, y tal vez á que fuera maltrado Eduardo. Así lo entendió, con ese pensamiento, con esa adivinacion que es instintivo de la mujer, y se decidió á salir.

— Eduardo, dijo, ya no hay remedio, me decido á salir. Retiraos un instante; respetad las últimas palabras, tal vez las últimas, que una esposa dirige á su esposo.

Habia tal solemnidad en las palabras de Margarita, que los esbirros se retiraron al instante, dejando la puerta entornada.

— Perdon, Eduardo, perdon, dijo Margarita, arrojándose á los piés de su marido, y abrazando sus rodillas.

— ¿ Por qué me pides perdon, Margarita?

— Yo te he perdido.

— No tú, sino mi mala suerte.

— No, te he perdido yo.

— ¡ Margarita !

— Tú no estarias aquí si no fuera por mí.

— Calla, Margarita.

— Yo soy la culpable, yo debo llevar todo el castigo.

— No, soy yo.

— Eduardo, eres demasiado generoso.

— Margarita, no me aflijas así.

— ¡ Que no te aflija !

— No.

— Eres demasiado bueno para mí.

— He cumplido con mi deber.

— No ; has hecho mas de lo que debias.

— No me lo recuerdes.

— Yo te he precipitado en el abismo.

— Por Dios, hija mia.

— Te he hecho infeliz.

— ¡ Oh !

— Te arrastraré á un cadalso, sí, á un cadalso.

¡Ay, Eduardo! añadió Margarita. Cuando la tristeza te abruma, no me maldigas; cuando en esos instantes de soledad terrible de la prision se anide en tu alma el duelo y la amargura, no me maldigas; cuando subas al cadalso que te preparan nuestros enemigos, al cadalso que yo he levantado con mis propias manos, por Dios, no te lleves á la eternidad un mal recuerdo de mí. Á tus plantas, anegada en amargo llanto, con el corazon desgarrado, y el alma llena de dolor; cuando la eternidad se abre como un abismo, cuando Dios se inclina para recoger mi alma y para juzgarme, en este último instante de nuestra vida acaso, te ruego que me perdones; pero no con ese perdon nacido del cariño, que no quiere ver el crímen, sino con el perdon justiciero, que considera cuán merecido es el castigo. Te pido esta gracia por nuestra union, Eduardo, por el juramento que sellamos al pié de los altares.

—Margarita, te perdono. Yo tambien te he hecho mucho daño. Si en ti ha habido ambicion, yo he contribuido no poco á fomentar esa ambicion; si ha habido desvaríos, yo he desvariado tambien. Te he seguido, es verdad, casi sin conciencia; pero te he seguido con voluntad. Por consiguiente, ni tú me debes pedir perdon, ni yo á ti; ambos á dos debemos pedirlo á Dios.

En este instante asomó por una puerta la cabeza el enmascarado, y dijo:

— Daos prisa.

— ¡Oh! ¡Cielo santo!

— Á Díos, Margarita.

— No me olvides, Eduardo. Aplica el oído á la pared á ver si escuchas algun suspiro. Ten por cierto que todos los dias lloraré por ti, rogaré por ti. Me voy á morir, ¡ oh ! me voy á morir. Acuérdate mucho, mucho de mí.

— Á Dios, Margarita, dijo Eduardo.

— Á Dios, exclamó Margarita, lanzando un grito agudísimo de desesperacion y de dolor, y salió del calabozo.

Eduardo se quedó sumido en la mas profunda desesperacion, en la mas triste soledad. Un dolor inmenso cayó sobre su alma. Era tal y tanta su intensidad, que no pudo ménos de lanzar un sollozo amarguísimo, que salia de lo mas profundo de su alma.

## XXIX.

Dejemos á estos desgraciados personajes de nuestra narracion, para volver los ojos á Ángela, que no hemos olvidado. Nada sabía de estos tristes acontecimientos. La soledad de su pensamiento habia exaltado su amor. El recuerdo de Eduardo no se borraba ni un instante de su memoria. Esta pasion infinita, á medida que pasaba el tiempo, á medida que se moria la esperanza, cobraba mas exaltacion, mas fuerza. ¡Constancia inaudita de aquella alma!

Habia sido abandonada, infamemente olvidada; habia visto á su amante postrado ante otra mujer, indigna de ser su rival; habia visto al escogido de su corazon, perdido en el lodo, borrada la idealidad del amor puro, de la pura virtud; habia, en fin, apurado toda suerte de desengaños, y sin embargo, el fuego de su amor no desmayaba, viviendo con la misma intensidad, con la misma pureza en el fondo de su alma.

Aquel amor era el sol de su vida, que inundaba de luz, de calor, toda su alma. Las lágrimas con que habia rociado sus recuerdos, los habian hecho crecer, en vez de ahogarlos. Vivia solo por esos recuerdos; vivia con el pensamiento en aquellos instantes de felicidad ya pasados, y sin embargo, presentes siempre, eternamente, en su conciencia, en su conciencia fija en un punto, fija en una idea.

El amor del conde Asthur era considerado por Angela como una de sus grandes, de sus tremendas desgracias. Inspirar una pasion, y no poder corresponderla, era para la jóven un gran tormento. Sabía cuánto debia padecer el conde, y su alma lloraba amargamente el ser causa de tamaños males. Así es que se habia aislado de la sociedad de Nápoles, de todos los sitios donde pudiera concurrir el conde.

Pero, á pesar de su aislamiento, bien pronto llegó á su noticia todo lo ocurrido, la catástrofe del conde, la desgracia de Margarita y Eduardo. Desde este punto ya no tuvo paz; ya no se acordó de sí misma. Todo su pensamiento fué salvar á los dos infelices. Averiguó la prision donde estaban. Era un torreon aislado, solitario, en uno de los barrios mas tristes y mas lejanos de Nápoles.

En el silencio de la noche, cuando la naturaleza y el hombre dormian, cuando mas se exponia por aquellas tortuosas calles de Nápoles, Ángela iba, llamaba á aquellas puertas, y nadie le respondia; y en vano indagaba noticias, en vano queria penetrar en aquella prision; todo estaba cerrado á sus indagaciones, todo; y su alma se anegaba, se confundia en un mar de tristeza.

No habiá mas que un remedio para Ángela, arrojarse á los piés del conde, rogarle que diera libertad á aquellos dos séres, cuya triste suerte amargaba su existencia. Al saber que era Eduardo desgraciado, la pasion de Ángela se exaltó, creció, ya no tenia diques ni valladares que la contuvieran; ya creia que podia amarle, porque el infeliz era desgraciado, y que debia amarle con su amor casto, puro, infinito.

Se consideró feliz al poder convertir todo su pensamiento á Eduardo, toda su vida á procurar su felicidad. No pensaba mas que en los medios de salvarle; en todo ménos en hablar al conde. Así su alma se encontraba en una lucha tremenda. Con dirigirse al conde, podia salvarle; pero ¿y qué exigiria en cambio el conde? ¿No podria exigirle piedad por su pasion, y correspondencia para su amor? Ángela se asustaba de esta idea.

Habia agotado todos sus recursos, y no habia podido llegar hasta Eduardo. Aquella prision era impenetrable; parecia una tumba. Ángela se habia dirigido al rey; el rey contestó que Eduardo y Margarita eran una presa que él habia arrojado al conde Asthur, y no podia hacer nada por salvarlos. Ángela se desesperaba.

Habia alquilado una pequeña casita frente por frente del torreon, donde le constaba que vivian en triste vida Eduardo y Margarita. Allí se pasaba el dia, mirando si se abria la puerta, si asomaba algun sér humano. Nada podia alcanzar, nada conseguia. La puerta no se abria nunca; ninguna guardia, ningun carcelero, nada que indicase humano sér se veia en quel solitario torreon.

Y sin embargo, á la jóven le parecia que de las entrañas de aquel torreon salian gemidos, gritos ahogados, ayes amarguísimos, y se deshacia en lágrímas, contemplando sus impías piedras, que nada le decian de su amado, é imaginando, allá en su mente, sus tristes dolores, sus profundas y amargas angustias.

Allí, en aquella casa, Ángela espiaba en vano todo cuanto podia ocurrir en el torreon. Interrogaba á los vecinos para indagar si algo sabian, si algo habian columbrado. Los vecinos le contaban solo terribles leyendas. Decian que en

aquel torreon habia estado presa una gran señora, una hija de un príncipe italiano. Esta pobre jóven habia sido allí encerrada por su padre, que la queria sustraer al amor de un galan pobre y de baja estirpe. Mas el galan una noche rondaba por allí, y fué asesinado; crímen horrendo cometido por el cruel padre de su infeliz amada. Una noche de relámpagos y truenos, de gran tempestad, se abrió una hendidura en el suelo, surgió una sombra, penetró las paredes espesísimas del torreon, llegó al calabozo donde estaba la jóven, y se la llevó consigo; y desde entónces dos grandes murciélagos, al anochecer, ruedan por aquellas cercanías, y son las almas de los dos amantes. Desde aquel tiempo no ha vuelto nadie á ser encerrado en el torreon de las brujerías, y solo por un castigo tremendo é inaudito podia imaginarse el triste encarcelamiento allí de Eduardo y Margarita.

La infeliz jóven, la infeliz Angela, daba rienda suelta á su dolor, al ver que no le quedaba ninguna esperanza de salvacion. Cuando Eduardo era feliz, ó ella imaginaba que era feliz, no se atrevia á padecer Ángela por él; se reprimia, se ocultaba á sus propios ojos el padecimiento; pero desde el punto en que le creyó infeliz, en que le vió padecer, su dolor podia rebosar en su alma con entera libertad

Miéntras esto sucedia en el ánimo de Ángela, Margarita estaba anegada en un mar de dolores. El calabozo que le habian destinado era mas hondo, mas triste, mas oscuro aun que el calabozo de Eduardo. Allí apénas se veia nada; allí se palpaban las espesas y horribles tinieblas. El miedo que la devoraba, la soledad en que yacia, la falta de luz, la falta de aire, sus ideas, sus remordimientos, sus dolores, todo era horrible en aquella su triste y aflictiva situacion.

Pasaron unos dias tras otros dias, unos momentos tras otros, parecidos á una larga sucesion de eternidades, al infierno; y allí sola, allí aquella mujer, que habia llegado al colmo del poder y de la fortuna. Un pobre traje cubria sus carnes; una palidez lívida, como la palidez de la flor que se descolora, cubria su rostro: sus ojos se habian hundido, y sus cabellos estaban lacios, y se la caian como muertos á impulsos de las ideas que secaban su cerebro. Ni siquiera el consuelo tenia en aquel aflictivo estado de quejarse, de dolerse de su triste suerte con un sér que compartiera sus penas. Allí no tenia ni un libro que leer, ni una labor con que distraerse, ni nada, absolutamente nada que la apartara de su solitario pensamiento, de la negra oscuridad, de su tristeza, de sus crueles remordimientos.

Parecia que Dios la habia destinado á padecer el mas negro, y mas tremendo, y mas pavoroso de los martirios posibles. Aquella mujer, que se aturdia en las fiestas, que pasaba sus dias entregada al torbellino de tantos y tantos placeres, aquella mujer sufria el martirio, el terror de su soledad, que era el mas triste de los castigos imaginables.

Y cuando se ponia á pensar que si aquella puerta se abria, qne si abandonaba aquel calabozo, sería tal vez para subir á un cadalso, un sudor frio bañaba su cuerpo, una angustia mortal acongojaba su dolorida alma, su alma, entregada á los embates de una negra y pavorosa, y tremenda tempestad, en aquel negro y frio calabozo.

Un dia, cuando mas entregada estaba á su solitaria meditacion, se abrió su calabozo. Unos hachones lo inundaron de luz. Margarita estaba tan poco acostumbrada á ver la luz, á recibirla en su retina, que se quedó deslumbrada y como ciega. Cubrióse el rostro con las manos, y á los pocos instantes levantó la cabéza, y vio los mismos jueces que se le aparecieron en la tremenda noche de su prision.

— Levantaos, señora, dijeron con voz lúgubre.

Despues de algunos instantes añadieron :

— Ya sabéis vuestro delito.

— ¡Mi delito! No lo sé.

— Pues el tribunal lo sabe. La justicia humana lo sabe tambien, y tambien la justicia divina.

— ¡Misericordia, misericordia! dijo Margarita.

— ¿La tuvisteis vos del sér á quien hirió vuestro puñal, víbora?

Esta palabra hirió profundamente á Margarita.

Su dignidad de mujer ofendida, se levantó en aquel momento sobre su debilidad, sobre su pavor.

— Matadme, pero no me insultéis; pero no me ofendáis. ¿Es esa la justicia humana, que insulta á la víctima? ¿Es esa la justicia divina que invocáis? Me perseguís, cuando soy débil; me perseguís, sin forma de juicio; me condenáis, sin mas ley que vuestro capricho, venís á asesinarme; no sois jueces, no, sois asesinos.

— Reportaos, señora, reportaos.

— ¿Qué mas queréis decirme? Decidlo pronto, é idos. No vengáis á insultar con vuestra sardónica risa, no vengáis.

— ¿Queréis un confesor?

— ¡Oh Dios mio, Dios mio! exclamó Margarita, cayendo de rodillas, como desplomada en el suelo, como herida de un rayo.

— ¡Sabes matar y no sabes morir! dijo el que parecia juez.

Margarita se levantó instantáneamente, contestando:

— No quiero, no quiero confesar.

— Pues precisa que preparéis vuestra alma.

— Dejadme en paz; dejadme en paz. Idos. Yo hablaré á Dios en la voz de mi dolor y de mi angustia. Idos, por piedad, por piedad. Conceded esto al ménos á la última súplica, á la última de un moribundo; todos, por Dios, idos, señores, dejadme que mi pensamiento y mi corazon se reconcilien con Dios.

Los jueces salieron, y se quedó Margarita sola. Así que oyó que caia la puerta, se dió á correr como una loca por aquel negro y horrible calabozo.

— ¡Dios mio, morir, morir tan jóven; morir en la flor de la edad; morir, cuando la vida es mas grata! ¡Qué dolor tan profundo, qué dolor tan negro y tan intenso! Y correrá mi sangre, y se apagarán mis ojos; y caerá como un negro sudario sobre mí la eternidad, la eternidad; y Dios me pedirá cuenta de esta vida infeliz; me pedirá cuenta de estos dias disipados. ¿Qué le diré, qué le contaré? Se abrirán los abismos donde arde el eterno fuego, y caeré en esos negros abismos. Y para siempre, para siem-

pre atormentada; para siempre herida, martirizada. ¡Infeliz, infeliz! ¡Qué suerte, qué suerte tan triste; y suerte eterna! Sentencia que no se levantará nunca. El plomo derretido del infierno caerá eternamente sobre mi cabeza, y la quemará como el remordimiento que ahora abrasa mi alma. ¡Oh! ¡Y Eduardo! He perdido á Eduardo, lo he perdido, lo he perdido para siempre. Yo, yo lo he perdido, yo sola. Maldicion, maldicion eterna, maldicion sobre mi alma. Y Margarita, jadeante de dolor y de desesperacion, cayó sin sentido en el duro suelo.

Eduardo recibió la nueva de su muerte con mas serenidad de espíritu. Para Eduardo la muerte era un descanso, un descanso eterno. Despues de haber malogrado su vida, nada le parecia tan natural, nada tan puesto en razon, como que se acabase pronto aquella vida estéril, aquella vida entregada al mal. Solo un pesar le atormentaba con indecibile tormento, el recuerdo de Margarita, de la infeliz Margarita, condenada á padecer, á sufrir, á morir con él. Eduardo, por un resto de generosidad, no queria recordar que en su vida habia habido dos genios; que el genio del bien, que era Ángela, le señalaba el camino del cielo, y el genio del mal, que habia sido Margarita, le señalaba el camino del abismo. Solo se acordaba que la

eleccion entre estos genios habia sido obra si no de su voluntad, al ménos de su débil naturaleza; y que por lo mismo á nadie debia culpar de sus males sino á sí mismo, puesto que esos males habian sobre él caido por libre conocimiento de su inteligencia, por libre eleccion tambien de su voluntad.

Allá en el interior de su conciencia se le aparecia el genio del bien, como él lo vió por vez primera, rodeado de las flores de la naturaleza, alumbrado por el sol, produciendo cantares dulcísimos, que él habia desoido, que él habia menospreciado, enseñándole con los ojos fijos en el cielo y en la luz los derroteros eternos por donde puede caminar el hombre á su patria inmortal, al orígen divino de su espíritu. Y él habia despreciado en Angela su propia salvacion.

De otro lado se acordaba de la primera vez que vió el genio del mal. Margarita, ricamente vestida, adornada de flores contrahechas, de diamantes, de perlas, en un perfumado salon, muellemente reclinada, iluminada por mil bujías, riéndose de todo cuanto hay de grande, de divino en el hombre, y exaltando con la copa vacía en las manos, el recuerdo del mal, el triunfo del vicio. Y al adorar á Margarita el infeliz Eduardo, habia adorado su propia perdicion.

En algunos instantes la incertidumbre reinó en su corazon, la duda en su alma. Pero bien pronto se avergonzó de aquella incertidumbre, se arrepintió de aquella duda, y abrazó con fuertes y apretados abrazos el mal, todo el mal que le habia traido á tan triste y aflictivo estado. Y en efecto, en la lógica de, los hechos el mal engendra siempre el mal, y el castigo es una consecuencia del mal. No hay accion mala que no sea castigada; no hay vicio que sea por Dios consentido largo tiempo.

Todos los vicios se despeñan, todos se arrastran á su centro verdadero de gravedad, que es el abismo. Solo el alma inmortal, el alma divina de la vida y del hombre, es la virtud. Pero con las tempestades de la vida, pasan aniquilados los vicios, y la virtud, la virtud vuelve al cielo, vuelve á Dios. ¡Oh! Cuando la virtud nos abandona, somos peores que la piedra, los mas infelices, los mas desgraciados, los mas enfermos de cuantos séres se mueven bajo el cielo.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

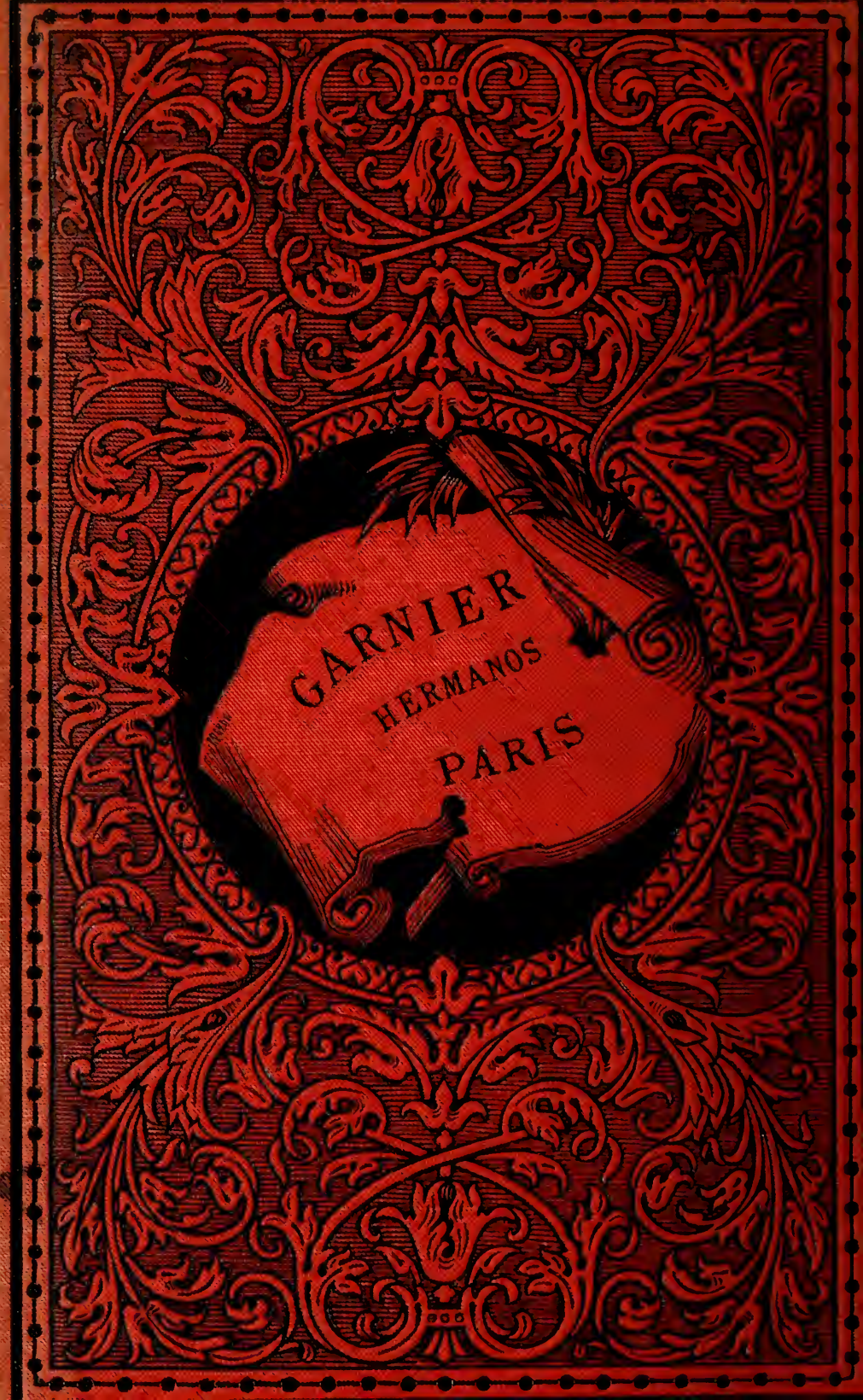
Paris. — Tip. Garnier hermanos, 6, rue des Saints-Pères.

LS.
C348h
10
Author Castelar, Emilio
Title La hermana de la Caridad

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU


GARNIER
HERMANOS
PARIS